

RAQUEL GIL ESPEJO

Un ramillete de prímulas



El legado
de los Wright 5

Selecta



Un ramillete de primulas

SERIE

El legado de los Wright 5

Raquel Gil Espejo

Selecta

Escribo para ti

Solo el amor está por encima de todo, del bien y del mal...

pues, ¿quién puede medirlo?

¿Quién asegura qué es lo correcto

y qué lo censurable cuando el que está en juego es el corazón?

Aileen Wright

Prólogo

Julio de 2023

Wendy terminaba de preparar su maleta. Tenía la mirada perdida. La idea de regresar a Mey había hecho que se le formara un nudo en el estómago. Salió de casa desfavorada, huyendo de Dougald Sinclair o, lo que era lo mismo, de su padre. El hermano del conde de Caithness no parecía querer entender que en pleno siglo XXI no se le puede imponer a alguien con quién debe relacionarse, menos aún con quién ha de darse una oportunidad en el amor.

En Madrid, junto a Emma, su mejor amiga desde que esta última formara parte de un programa de Erasmus en Escocia, se había sentido a salvo y en paz, pese a que parte de su corazón, aunque se negara a reconocerlo, se quedara en las Highlands. Los meses compartidos, mientras ambas cursaban Turismo en una de las universidades más prestigiosas de Edimburgo, las habían llevado a crear un vínculo especial. Cinco años más tarde continuaban siendo dos mosqueteras, como ellas mismas se llamaban cuando nadie las podía oír.

«¡Una para la otra, y la otra para la una!».

Ese era su grito de unión, o de guerra; y, a sabiendas de que no sonaba nada bien, les resultaba divertido.

—¿Deseosa de volver a casa?

Wendy giró la cabeza y clavó sus ojos verdemar en la enjuta silueta de Emma.

—Bien sabes que no —le respondió con desidia.

—¿Ni tan siquiera te hace ilusión volver a ver a tu Peter Pan? —inquirió mientras accedía al interior de la habitación y se sentaba sobre la cama.

—Evan no...

—No hablaba de él —la interrumpió.

—Ya... —Volvió a centrar su atención en el interior de aquella maleta de color violáceo.

—Que hayas pensado en él me lleva a la conclusión de que...

—Déjalo, Emma —le pidió.

—Sé que aún estás enamorada de él —insistió.

—No es verdad.

—Lo que tú digas, mosquetera. —Le dedicó una sibilina sonrisa.

Emma se incorporó y se sentó a su lado, sobre el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —Wendy trató de ponerse de pie, pero aquella joven de cabello castaño y rizado, con expresivos ojos marrones, se lo impidió—. Espero que...

—Sí, ya lo tengo todo listo —resopló—. No tienes nada por lo que preocuparte, ¿olvidas que voy a estar contigo?

—Solo un mes —musitó.

—Un mes que será inolvidable.

—¿Y después?

—Después seguiremos siendo las dos mejores amigas que jamás hayan existido. Nada nos podrá separar. No olvides que no vivimos en el siglo XIX, no somos los Wright...

—No vuelvas a sacarme el tema, por favor —le pidió.

—Pero... esa novela y ese hashtag... Tú formas parte de ese legado, Wendy.

—Hace tiempo que no leo novelas románticas. —Se removió. Comenzaba a incomodarse.

—¿Y qué pasa con tus antepasados?

—¿Que están muertos? —Apretó los dientes.

—Muy graciosa... —Entornó la mirada—. Eres una Wright.

—Soy una Sinclair.

—Aileen y Bruce unieron esos dos apellidos... Tú misma me has contado parte de su historia, esa que ella dejó escrita en el diario que te regaló tu abuela al cumplir los dieciocho —le recordó Emma.

—No quiero seguir hablando de esto —suspiró muy profundo.

—Está bien, me vooooy, pero... —añadió cuando se disponía a dejarla a solas—: Aquella jovencita londinense se rebeló contra todos y luchó por lo que quería... ¿Es que tú no piensas hacer lo mismo por tu Peter Pan?

—¡Lárgate! —le gritó justo antes de lanzarle una Converse que llegó a rozar una de sus mejillas.

Acababan de aterrizar en el aeropuerto de Wick. Ambas cargaban con dos pesadas maletas y sendos bolsos de mano. Por delante, tendrían alrededor de media hora en coche hasta alcanzar la vivienda familiar de Wendy, en Mey. A sus veintiocho años, aún vivía con sus padres; aunque Dougald, al formar parte de la Cámara de los Lores, viajaba con asiduidad e incluso pasaba largas temporadas en Londres para asistir a esas eternas y tediosas sesiones de las que tan orgulloso parecía sentirse. Math, su hermano, seis años mayor que ella, se había afincado definitivamente en la ciudad del Támesis, donde trabajaba como subdirector ejecutivo de la Bolsa de Londres a pesar de su juventud.

Meribeth, la madre de Wendy, se había negado a fijar su residencia en lugar alguno que no perteneciera al condado de Caithness. Dejó su Aberdeen natal para trasladarse a Mey. Lo hizo por amor, y jamás se había arrepentido; pero no estaba dispuesta a disfrutar de otras vistas que no fueran aquellas que le ofrecían las Tierras Altas.

—¿Me permite, señorita Wendoline?

—Puedo hacerlo yo, Angus... Y te he dicho millones de veces que me llames Wendy y que me tutees. —Se mostró algo molesta.

—Insisto, Wendy —le dijo antes de posar una de sus manos sobre el asa de la maleta.

—Está bieeeeeen —se resignó.

—Bienvenida, Emma —se dirigió el chofer a aquella joven española que no paraba de sonreírle.

—¿Me has echado de menos?

—No demasiado —le respondió.

—Olvidaba lo odioso que podías llegar a ser...

—Deja de picarla, ya sabes lo irascible que se pone —le llamó la atención Wendy antes de adoptar un semblante más serio—. ¿Cómo está la abuela?

—Si no me equivoco, has estado hablando con tu madre muy a menudo.

—Vamos, Angus, ella solo me dice lo que quiero escuchar; pero tú...

—No diré una sola palabra más... Venga, subid al coche, no hagamos esperar a la señora de la casa —las apremió.

—Dirás de la mansión —señaló Emma.

—O de la prisión... —musitó Wendy—. ¿Mi padre sigue en Londres? Dime que sííí —farfulló.

—Según tengo entendido, lo tendremos por Mey dentro de tres días —le hizo saber Angus.

—Vaya por Dios —se lamentó.

—También nos hará una visita tu hermano. Lo hará acompañado de su prometida.

—Joder... ¿Alguna mala noticia más que deba saber?

—Evan...

—No, no, no. —Sacudió la cabeza—. De él no quiero saber nada, absolutamente nada —sentenció.

Emma posó su mano sobre la de su amiga y la apretó fuerte.

—Mírame —le pidió.

—No quiero hacerlo —bisbiseó.

—Vamos, Wendy, no seas una cría... Mírame —insistió, y ella terminó por darle ese gusto—. Estoy a tu lado, mi valiente mosquetera. ¿Hay algo que debas temer? Noooo, rotundamente no —se respondió a sí misma.

—Si tú lo dices... —Impostó una sonrisa.

Angus, que las observaba desde el espejo retrovisor, no podía sino sonreír pese a ser muy

consciente de la encrucijada emocional por la que estaba atravesando Wendoline Sinclair, esa joven de cabello dorado, ojos verdes y aspecto angelical que se negaba a seguir las estrictas normas de su padre, y que siempre se había podido apoyar en el amor incondicional de su madre y en la complicidad de Gladis, su abuela.

Capítulo 1

—¿Piensas quedarte dentro del coche toda la tarde?

—Ha sido una idea pésima —respondió Wendy. Miraba a través de la ventanilla y sus ojos se habían posado sobre la casita de madera que su padre mandó construir para ella, siendo niña, en uno de los árboles que rodeaban la mansión.

—¿Regresar a casa? —volvió a preguntarle Emma, quien esperaba, de pie, con la puerta de aquel Rolls-Royce negro abierta.

—Ya has oído a Angus, mi padre llegará en tres días. Pensé que pasaría todo el mes de julio en Londres.

—Sabes que tarde o temprano tienes que reencontrarte con él, y también con...

—Adoro a mi hermano —la interrumpió.

—No hablo de Math, sino de Evan. —La miró con cariño.

—No hay nada entre él y yo, Emma. ¿Te recuerdo que lo dejamos el mismo día que decidí viajar a España?

—El día que huiste de... ¿cómo era que se llamaba...? ¡Ah, sí! Ronald McDonald.

—Ese es el nombre del payaso de McDonald's... No seas mala.

—Pero te he hecho sonreír... Admítelo.

Wendy se giró y clavó su mirada en Emma.

—Supongo que no puedo negarlo, y se llama Roland —añadió.

—¿Es importante?

—En absoluto, no para mí; pero mi padre... ¡Puuuuf! —suspiró—. En fin, creo que no he llegado hasta aquí para quedarme paralizada. Iremos afrontando los envites según nos vayan viniendo, porque... ¿cuento contigo, verdad?

—La duda ofende, querida. —Frunció el ceño—. Anda, sal del coche y compórtate como la mosquetera que eres. ¿Cuándo viste achantarse a Athos, Aramis, Porthos o a D'Artagnan?

—Nunca.

—Exacto, ¡nunca! —Elevó la voz—. ¿Lo va a hacer una Wright?

—Soy una Sinclair —resopló.

—Pues yo veo en ti más de Aileen que de Bruce, solo tienes que recordarlo... Te espero frente a esa monumental puerta de madera, amiga.

Wendy la observó alejarse y, sin pretenderlo, en su mente se perfiló el rostro de Evan. No había sabido nada de él en los últimos tres meses. Una fría y enrevesada conversación de Whatsapp había acabado con una relación que no siempre fue idílica, pero en la que había puesto su alma y su corazón a pesar de llevar años escuchando como su padre le decía que Roland McDonald —con quien apenas había coincidido en cuatro o cinco ocasiones— era el único hombre que estaba a su altura, que desaprovechaba todo su talento entre las paredes de un viejo castillo y que su lugar no era Mey sino Londres.

Pisó con paso firme sobre las escaleras que llevaban a la entrada principal de una mansión construida allá por el siglo XVII y que había sido sometida a continuas reformas. Lo positivo de vivir en una casa de vastas dimensiones era que podía evitar cruzarse con su padre. Claro que su juego tocaba a su fin en el momento en que la paciencia de Dougald comenzaba a agotarse y su madre le pedía que dejara de hacer el tonto.

—Veo que has entrado en razón —le dijo Emma.

—¡Qué remedio! —suspiró—. ¿Lanzamos nuestro grito de guerra?

—Pues claro. —Le sonrió al tiempo que extendía uno de sus brazos. Wendy hizo lo propio. Sus manos quedaron unidas—. ¿Vamos? —la azuzó y ella asintió.

—¡Una para la otra, y la otra para la una! —gritaron, emocionadas, antes de echarse a reír.

—Continuáis siendo dos crías. —Escucharon decir a sus espaldas.

—¡Math! —se emocionó Wendy. Tras sonreírle, se arrojó en sus brazos—. Angus nos ha dicho que vendrías en unos días.

—Quería darte una sorpresa —le respondió.

—Pues lo has hecho. —Se abrazó aún más fuerte a él—. ¿Charlize también está en casa?

—Ella vendrá dentro de una semana.

—¿En serio te has prometido con ella? —Lo miró directo a los ojos.

—Eso parece... —Carraspeó antes de elevar la mirada—. Hola, Emma.

—Hola, Math.

Emma siempre había pensado que, de no ser por esa barba de tres días que acostumbraba a llevar, su voz varonil y su imponente altura, sin olvidar las diferencias obvias que existían entre un hombre y una mujer, los hermanos Sinclair serían como dos gotas de agua: tan rubios, tan monos, y con esos ojos claros e intensos que serían capaces de conquistar al mismísimo Príncipe de las Tinieblas.

—¿Me echabas de menos, Campanilla?

—¿Yo? ¿A ti? No me hagas reír, y no me llames así, idiota. —Apretó los labios.

—Vamos a ver... Si Wendy es Wendy...

—Acaba de ganar un premio, señor lumbreras —lo interrumpió Emma.

—... Y Evan es Peter Pan... —Decidió ignorarla.

—¿Por qué tienes que nombrarlo tú también?

—Era necesario, hermanita... Disculpa... —La atrajo hacia él antes de continuar—: Entonces, tú eres Campanilla.

—¡Ja, ja, ja!... ¿Y tú quién eres, el Capitán Garfio?

—¿Te gustan los malotes? —continuó provocándola.

—¿Y a tu prometida?

—Vaya, hermanito, te ha dejado sin palabras... —Sonrió Wendy.

Emma les dio la espalda. Fue la primera en rebasar la puerta principal que daba acceso a la mansión. Apoyó la espalda sobre una de las paredes del recibidor y respiró muy profundo.

Math rodeó los hombros de su hermana y, juntos, terminaron de subir las escaleras.

—¿De verdad crees que Charlize es la mujer de tu vida?

—Nunca te ha gustado, ¿verdad?

—Es que no tiene nada que ver contigo, con nosotros... ¿Te ha presionado papá? Porque si es así, también lo hace conmigo, y no voy a ceder. —Sonó muy segura.

—Nadie me está obligando a nada. —Quiso ser tajante.

—No te creo... Emma, ¿qué haces ahí?

—Te esperaba, amiga. —Le sonrió—. Y ahora, ¿vamos a ver a las dos personas más importantes de esta casa?

—Vamos, no las hagamos esperar más.

Math las observó en silencio. Había recogido la indirecta de Emma. En ese momento, no dejaría que las palabras de Wendy lo hicieran dudar. Había tomado una decisión. Charlize Graham era una de las solteras más cotizadas de todo Londres, pertenecía a una familia de banqueros y amasaba una suculenta fortuna. Además, era preciosa; algo superficial, quizá, pero el sexo era brutal.

Meribeth y Gladis MacCarthy acababan de tomar té en uno de los salones. Gladis era la abuela materna de Wendy y de Math, y su personalidad y la de su hija eran bien parecidas: indulgentes, amables, carismáticas. Ambas amaban a su familia por encima de todo; y ambas estaban en contra de las relaciones amorosas que respondían al mero interés. En eso, chocaban con el hombre de la casa. Chad, el abuelo, había fallecido siete años atrás. No había sido nada sencillo acostumbrarse a la vida sin él. Llevaba alegría allá por donde fuera, y jamás habría permitido que Dougald pusiera entre la espada y la pared a su hija, por muy hermano de conde que este pudiera ser.

—Nuestras chicas han llegado. —Meribeth se incorporó y fue a su encuentro.

—Mamá... —Wendy buscó el calor de sus brazos.

—Te hemos extrañado muchísimo, hija.

—Yo... necesitaba...

—Lo sé... Tranquila, mi vida.

Mientras Meribeth recibía con el mismo cariño a Emma, Wendy se reunió con Gladis.

—Abuela... —Le sonrió.

—Ven a mis brazos, mi pequeña Wendoline.

—Tengo veintiocho años ya. —Volvió a desplegar sus labios.

—Cuando tengas cincuenta, también seguirás siendo mi pequeña.

—Ay, abuela... —Sacudió la cabeza antes de agacharse delante de ella y apoyar la cabeza sobre su pecho—. Te he estado necesitando.

—Lo sé, pero también era preciso poner algo de distancia... ¿Has encontrado la paz que tanto ibas buscando?

—Sí, o eso creo; pero se ha venido abajo en cuanto he puesto un pie en el aeropuerto. Este es mi hogar, y es aquí donde quiero estar. Yo... no tengo dudas al respecto. Es solo que...

—¿Que no queremos a ese tal Ronald McDonald! —gritó Emma.

—Se llama Roland...

—¿Y a ti que más te da? ¿Nos estabas espiando?

—Te recuerdo que esta es mi casa, Campanilla —le respondió Math—. Y yo pienso que es un buen partido.

—Pues quédatelo para ti —le dijo Wendy.

—No me van los tíos.

—Ya, a ti te van las pijas. —Se adelantó Emma a Wendy.

—¿Celosa?

—¿Que te den!

—Eso... ¡que te den!

—Sois testigos de que las tengo a las dos en contra mía. —Se hizo el ofendido.

—Te lo has ganado tú solito, hijo —manifestó Meribeth.

—¿Abueeeela?

—Estoy con ellas, querido.

—Aaargh... Me iré a hablar con Thor.

—Ni se te ocurra, es mi caballo —le advirtió Wendy.

—En ese caso, me refugiaré en los brazos de Angus —les dijo antes de darles la espalda y abandonar el salón.

—¿Cómo es posible que trabaje en la Bolsa de Londres con lo tonto que es?

—Es un misterio, hija; es un gran misterio —le respondió Meribeth, quien las hizo sonreír.

Wendy se dejó caer sobre su cama. Olvidaba lo cómoda que era. Clavó la mirada en el techo y

posó ambas manos sobre su pecho. Bombeaba con normalidad. Dejó de hacerlo en cuanto Evan volvió a adueñarse de sus pensamientos. Podía recordar la primera vez que se cruzaron sus caminos, en The Elephant House, un bar de Edimburgo. Cursaba su penúltimo año de carrera. Él tomaba una cerveza apoyado sobre la barra y, al verla entrar, sus ojos grises no pudieron dejar de mirarla. Esa noche no se acercó a ella, ni la siguiente. Evan viajaba a la capital de Escocia por motivos de trabajo, y transcurrió más de un año antes de que sus caminos se volvieran a cruzar. Lo hicieron en aquel mismo lugar y, en esa ocasión, él sí se atrevió a dar un paso al frente. Wendy aseguró no haberlo visto antes, pero mentía. También se fijó en él aquella noche. Intercambiaron sus números de teléfono y comenzaron a hablar con regularidad. Al recibir la noticia de que él tenía pensado afincarse en Mey, en la casa que un día perteneció a sus abuelos, sintió que el destino estaba de su parte. Quizá ese fue el verdadero motivo por el que rechazó hacer su vida en Londres y decidirse por su ciudad natal. Tras licenciarse, comenzó a trabajar en el castillo. Por ese entonces, Evan ya era dueño, junto a Ray MacAllister, de varias destilerías de whisky que, con el paso de los años, no habían hecho sino expandirse por gran parte del Reino Unido.

Ese fue el punto de partida para ambos. Nunca habían querido poner etiquetas a su relación. Era muy posible que la sombra de Dougald Sinclair fuera demasiado alargada y que su hija tuviera miedo a que todo terminara en el momento en el que su padre descubriera que se veía con un joven que no respondía al nombre de Roland. Aunque el suyo era un secreto a voces. Hasta Math sabía que su hermana salía con Evan MacLeod.

Cuando su padre comenzó a presionarla para que aceptara el cortejo —escuchar esa palabra la hizo retrotraerse como mínimo al siglo XIX— de Roland, sintió que debía poner tierra de por medio. No quería hacerle daño a Evan, y tampoco deseaba que su progenitor pusiera el punto de mira sobre él. Era poderoso, y bien podía arruinarle la vida con tan solo hacer un par de llamadas. En su lugar, optó por enviarle un mensaje de Whatsapp y propiciar una ruptura que le partía el corazón, pero que creyó necesaria.

—Mañana será otro día, Wendoline —se dijo a sí misma—. Ahora, duerme y trata de mantenerte en calma. Solo tú manejas las riendas de tu destino.

Capítulo 2

La noche fue más plácida de lo que había esperado. Tras dar varios tumbos y tratar de dejar su mente en blanco, su cuerpo se fue relajando y el sueño terminó por vencerla. Decidió quedarse en la cama un rato más, con los ojos cerrados, escuchando el trino de los pajarillos. Era un sonido reparador. Siempre lo había sido. No deseaba hacerlo, pero sabía que debía echar aquella fina sábana hacia atrás y dar la bienvenida a su primer nuevo día en casa. Se desperezó antes de quedar sentada.

—¿Qué demonios...?

Wendy sacudió la cabeza. Sobre su mesita de noche había un ramillete de primulas. No recordaba haberlo visto en la noche. No, juraría que no estaba allí. Pero entonces, eso significaba que alguien había entrado en su habitación mientras dormía. Se sintió confundida. Tampoco era un secreto que esa flor era su favorita. Todos en la casa lo sabían, incluyendo al personal del servicio. También, a Emma... Y a Evan.

Era muy posible que se hubiera decantado por ella después de leer la explicación que Bruce, cuando se hacía pasar por Philip, el tabernero de Mey, le dio a Aileen el día en el que recorrieron parte de la costa escocesa a lomos de sus caballos, alcanzando los acantilados de Scrabster, un pequeño pueblo al noroeste de Thurso. Lo había leído en su diario y las había ido a buscar a aquel mismo enclave.

No quiso darle más importancia. Su madre o la abuela debieron haberle pedido a Carys, una de las internas a quien Wendy tenía en gran estima, que las colocara allí.

En lugar de elucubrar, entró en el baño, se lavó la cara, se colocó unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes, y salió de su cuarto. Antes de dejarse ver por el salón, quiso visitar el jardín interior de la mansión.

—Sabía que te encontraría aquí, abuela.

—Te estaba esperando —le dijo Gladis.

—¿Sabías que vendría? —Pareció sorprendida.

—Pues claro. —Le sonrió—. ¿Me acompañas?

Wendy no le respondió con palabras. Se asió a su brazo y echaron a andar.

—¿Cómo estás? —Quiso saber.
—¿Acaso no lo ves? —Gladis se giró para mirarla—. Mi salud es fuerte.
—No debí marcharme sabiendo que no acababas de recuperarte.
—Tenías que hacerlo.
—Fui muy egoísta, abuela. Solo pensé en mí misma. —Agachó la mirada.
—Mírame, Wendoline Sinclair.
—Yo...
—Que me mires, cabezota —insistió—. A veces, me recuerdas a tu padre.
—No me digas eso, no quiero parecerme a él.
—Tu padre es un gran hombre.
—Lo sé, es solo que...
—¿Probaste a hablarle de Evan? ¿Le dijiste que ya estabas enamorada?
—Yo no...
—Wendy, querida, ¿a mí me vas a tratar de engañar?
—Supongo que tenía que intentarlo, abuela. —Torció el gesto—. Nunca hablé con papá de él.
No lo habría aceptado.
—No lo sabes.
—Él ya tiene sus propios planes para mí. Se le ha metido en la cabeza que me marche de Mey, y eso, al parecer, ahora también pasa por aceptar a Roland.
—¿No era Ronald?
—¿Tú también, abuela? —No pudo evitar echarse a reír. Enseguida adoptó un semblante más serio—. En cualquier caso, ya no importa. Entre él y yo ya no hay nada.
—¿Estás segura de lo que dices?
—Lo estoy, pero eso no significa que vaya a aceptar la gran apuesta que Dougald Sinclair tiene para su hija, esa que malgasta su vida entre las paredes de un castillo —lo imitó.
Y, en esa ocasión, fue Gladis quien no pudo evitar sonreír.

Emma, en cambio, apenas había conseguido pegar ojo. Ella lo achacó al cambio de colchón, pero sabía que no era sino una excusa. Se levantó antes que Wendy y se refugió en la biblioteca. Siempre había adorado esa gigantesca sala de la mansión, repleta de libros, con ejemplares originales que databan incluso de principios del siglo XVII.

Después de leer unos poemas de Gioconda Belli, decidió coger el libro *Los tres mosqueteros*, de Alexandre Dumas. Se acomodó en un sofá, abrió la novela y se adentró en ella.

—Buenos días, Campa... Emma. —Rompieron su quietud.
—«Sois muy amable, sin duda, pero seríais encantador si os fueseis».
—¿Ahora parafraseas a Milady?

—En realidad, es lo que piensa D'Artagnan que Milady está pensando de él —le aclaró sin tan siquiera mirarlo.

Math se apoyó sobre uno de los escritorios y continuó observándola.

—«Vuestros amargos recuerdos tienen tiempo de cambiarse en dulces recuerdos». —
Quebrantó su silencio.

Emma se sentó, cerró el libro y lo miró con frialdad.

—¿Ahora parafraseas a Athos? —le devolvió la pregunta—. ¿Se puede saber por qué lo has dicho?

—A veces, aún pienso en aquella noche.

—Vete a la mierda, Math.

—Hablo en serio.

—Y yo también. —Se incorporó y caminó hacia el estante del que había cogido la novela.

Después de depositarla, permaneció de pie, quieta, pensativa.

—Emma...

—No te acerques más, por favor —le pidió—. Quiero que te quede algo muy claro, y es que no estoy aquí por ti, sino por Wendy.

—Lo sé.

—Lo que pasó fue un error. Nunca debió suceder.

—¿Estás segura?

—¿Acaso no lo estás tú? —Se dio media vuelta y lo miró directo a los ojos.

—¿Se lo has contado a mi hermana? —Rehusó responderle.

—¿Habláis de mí?

Wendy acababa de poner sus pies en la biblioteca, y Emma se sintió aliviada.

—Eso mismo estábamos haciendo. —Le sonrió—. Le decía a Math lo feliz que me hace estar en Mey.

—Cierto. —La secundó—. También me ha asegurado que esta noche saldremos a tomar algo, los tres.

—No...

—Ahora no puedes echarte para atrás. Me has dado tu palabra —le dijo.

—Si se la has dado, no puedes rajarte, Emma. ¿Te apetece salir?

—¿Y a ti?

—Bueno, no hemos venido para quedarnos encerradas en casa, ¿verdad?

—Pero ¿y si...?

Math le dio un sutil codazo.

—No se lo recuerdes —farfulló.

—¿Se puede saber qué os traéis entre manos vosotros dos?

—¿Yo?, ¿con él? Nada, absolutamente nada. —Se apartó de Math—. Ea, pues... ya tenemos plan para esta noche; pero, en este momento, necesito llevarme algo al estómago o me desmayaré

aquí mismo.

—Yo te recogería y te haría el boca a boca.

—Serás gilipollas —le dijo en el mismo tono prácticamente inaudible que había empleado él.

Wendy esperaba en el recibidor. Apenas había cenado. Estaba inquieta aunque tratara de disimularlo. Emma tardaba más de lo normal, mientras que Math ya las esperaba fuera. Como la noche era agradable habían decidido caminar por las calles del pueblo.

—Al fin bajas —resopló.

—No sabía qué modelito ponerme —le respondió Emma.

—¿Estás pensando ligar con algún escocés, amiga?

—Es posible. —Le guiñó un ojo—. Vamos, no hagamos esperar más a tu hermano.

—¿Cómo sabes que Math...?

—Lo intuyo. —Salió al paso.

En realidad, Emma lo había estado observando desde la ventana de su habitación.

—Estaba a punto de marcharme sin vosotras —les dijo al verlas aparecer, aunque toda su atención se centró en la amiga de su hermana.

—Está guapa, ¿verdad?

—¿Qué...? ¿Quién...? —Lo pilló desprevenido.

—Emma, ¿quién va a ser? ¿Sabes?, pretende conocer a alguien interesante esta noche.

—Tampoco es necesario que se lo cuentes todo. —Fingió malestar.

Math, en esa ocasión, prefirió guardar silencio. Así lo haría durante los minutos que fueron paseando, sin prisa, por las calles de Mey. Tan solo escuchaba las risas de sus dos acompañantes y palabras que no llegaba a distinguir. Su mente no parecía estar allí. Tal vez echara de menos a su prometida. O quizá le estuviese dando vueltas al último comentario de Wendy.

—Math, ¡Maaaath! —Elevó el tono de voz.

—No hace falta que me grites, hermanita. —Se detuvo.

—No me estabas escuchando.

—Lo hago ahora —suspiró—. ¿Qué pasa?

—Emma quiere que entremos en este bar —le respondió.

—Por mí, bien... Me da igual uno que otro. Sé que me van a servir el mejor whisky. —Apretó una sonrisa.

Él sería el primero en acceder al local, seguido por Emma. Wendy lo haría en último lugar.

—¿Pero qué ven mis ojos...? —Se hizo escuchar Math—. ¿Esos no son Ray MacAllister y Evan MacLeod?

Los ojos verdemar de Wendy, instintivamente, siguieron la dirección que su hermano les marcaba, y su estómago se revolvió. Una mirada gris, mágica, se había detenido sobre ella. La

observaba con intensidad, pero también percibió desafecto; y no pudo mantenerla.

Capítulo 3

—Para —le pidió a su hermano al tiempo que lo sostenía por la manga de la camisa.

—Quiero saludarlos —le dijo.

Emma le hacía señales con las manos, un tanto exageradas, para que lo dejara estar, pero Math no parecía dispuesto a ceder.

—Me pones en un compromiso —bisbiseó Wendy.

—No tienes por qué acercarte a él si no quieres, ¿o es que alguien te lo está exigiendo?

—No, pero...

Dejó de ejercer presión sobre su ropa y asistió, aterrada, a su reunión con Ray, descendiente de aquellos MacAllister que un día acogieron a Aileen y le dieron un hogar, y a Evan, aquel joven que la desarmaba y a quien había dejado por medio de un frío mensaje.

—Parece que se llevan bien. —Rompió su silencio Emma.

—Sí, siempre lo han hecho.

Wendy se dio media vuelta con la intención de darles la espalda, caminó hacia la barra y se apostó sobre ella.

—Podemos largarnos de aquí. —Emma pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia ella.

—Pensará que huyo de él. —Agachó la mirada.

—¿Y acaso no es eso lo que acabas de hacer?

—¡Un whisky bien cargado, por favor! —Elevó el tono de voz al ver pasar a un camarero.

—Que sean dos cervezas. —La rectificó Emma antes de sostenerla por los hombros—. ¿Te vas a pasar el resto de tu vida evitándolo?

—Nada me gustaría más —suspiró.

—No es cierto, no es lo que quieres —afirmó.

—Lo es —bisbiseó.

—Eres una cobarde, Wendoline.

—Nunca me llamas así.

—Solo cuando me enfadas, y ahora mismo estoy muy cabreada contigo... ¿Desde cuándo eres una cobarde?

—¿Te recuerdo que hui de Mey para evitar afrontar una conversación?

—¿Con tu padre o con Evan?

—¿Importa?

—Oh, ya lo creo... Importa, y mucho.

—¿Lo hablamos mañana? No quiero arruinar tu noche, Emma. Te has puesto supermona... ¿Te has fijado en cuántos escoceses rubios y guapos hay en esta sala?

—Claro que me he fijado... Es lo primero que he hecho. —Esbozó una enorme sonrisa que acabó contagiando a Wendy—. ¿Brindamos?

—¿Por qué?

—Por un mes inolvidable, por nuestra amistad, por un amor salvable...

—Por esto último, no.

—No hablaba de ti y de Evan.

—Ah, ¿no? ¿Estás enamorada? ¿Ya?, ¿tan rápido?

—Pero qué inocente eres algunas veces, mosquetera... Tan solo bromeaba. —Reculó mientras que sus ojos marrones se detenían sobre una de esas figuras nórdicas a las que Wendy hiciera alusión.

Chocaron sus botellines y les dieron un largo trago.

—¿Será un buen mes?

—Será un mes increíble. —Subió la apuesta Emma.

Math había pedido una copa de whisky. Sus dos acompañantes tomaban lo mismo. Conocía a Ray de toda la vida. Era un MacAllister, y la unión entre estos y los Sinclair había perdurado a lo largo de los siglos. En cuanto a su relación con Evan, esta se remontaba a diez años atrás. Podía decirse que había llegado a la vida de Math bastante antes de que lo hiciera a la de Wendy. Él y Ray eran socios, y este último fue el encargado de presentarlos.

—He oído que los negocios os están yendo redondos —les dijo.

—Y nosotros hemos oído que te has prometido... ¿Es cierto?

—Eso parece —le respondió a Ray.

—Eres un tío con suerte.

—Ya lo creo. —Torció una sonrisa—. ¿Y a ti qué te pasa? No te recordaba tan serio.

—¿A mí? Nada —manifestó Evan con apatía.

—¿No será por Wendy? —inquirió Math.

—¿Acaso lo dudas? —continuó Ray.

—No es por ella, ¿vale?

—Joder, tío, no sé qué decirte... Que te dejen por Whatsapp tiene que ser una putada.

—La putada es estar prometido con una mujer estando enamorado de otra —le devolvió la

puñalada.

—¿Acabas de decir lo que creo que acabo de oír? —Ray parecía contrariado—. ¿Charlize no...?

—Charlize, sí; claro que sí... No le hagas caso a este idiota... Ver a mi hermana después de tres meses y de que lo dejara llorando a lágrima viva ha debido trastornarlo.

—No lloré, payaso.

—Seguro que alguna lagrimita sí que derramaste.

—Quieto. —Lo detuvo cuando se disponía a tocarle la cara.

—¿No quieres que te mime?

—Joder, vaya dos, ¿siempre tenéis que estar igual? ¡Qué lástima que ya no seáis cuñados!

—Di que sí, Ray, tú sigue hurgando en la herida. —Teatralizó su locución Math.

—Me marchó a casa.

—De eso nada, Evan... Acabo de llegar al pueblo y quiero pasar un buen rato con mis dos mejores amigos. Si no quieres tenerla cerca, no lo hagas. Si necesitas evitarla, hazlo. Te entiendo mejor de lo que puedas pensar.

—No tienes secretos para mí, Math Sinclair.

—Y te odio por eso —resopló.

—No sé qué rollo extraño os traéis entre manos y no sé si quiero saberlo —les dijo Ray antes de añadir—: Ahora vuelvo.

—¿Me ha mirado?

—Negativo.

—Joder, Emma, podías haberme mentido.

—Las amigas de verdad no hacen eso, y lo sabes.

—Ya... pero, por una vez, tampoco habría pasado nada. —Se encogió de hombros.

—Tenemos compañííííaaa... ¡Hola, Ray!

—Emma, Wendy...

—Hola —le dijo esta última tímidamente.

En cambio, Emma le plantó dos sonoros besos y un abrazo.

—Olvidaba lo efusiva que eras. —Se ruborizó.

—Ya, para, no lo atosigues —le pidió su amiga.

A regañadientes, se apartó de él.

—¿Me odia? —preguntó Wendy.

—Creo que no podría hacerlo ni deseándolo.

—¿Quiere odiarme? —inquirió de nuevo.

—Si fuese así, ¿no crees que estaría en todo su derecho?

—Ray, yo...

—Ya vale, grandullón... No deprimas a mi amiga. —Salió Emma en su auxilio.

Wendy no pudo evitar mirar hacia el lugar en el que Math y Evan continuaban intercambiando risas. Se lo veía bien. Pensó que esos tres meses debían haberle sido suficientes para pasar página. Tuvo la certeza cuando una joven de cabello claro y cuerpo definido —solo pudo verla de espaldas y esos glúteos no se conseguían así como así— se unió a ellos y saludó a su ex con más efusividad aún de la que Emma había empleado con Ray. Quizá no fuera tal, pero a ella, en ese momento, se lo pareció.

Comenzó a faltarle el aire y necesitó salir de allí. Se detuvo en medio de la calle y elevó la mirada al cielo. Inspiró y espiró varias veces. Se sentía culpable por haber arruinado esa relación, por las formas y por su debilidad. Aquella española atolondrada tenía razón: se había convertido en una cobarde. Debíó enfrentar a su padre, decirle, o gritarle, que estaba enamorada, que su corazón ya había elegido y que Roland McDonald se podía ir a la mismísima mierda. No lo hizo. Y tendría que vivir con las consecuencias el resto de sus días.

Una vez que se hubo serenado, un poco, al menos, y no queriendo quedar como una cría delante de nadie, se dio media vuelta. Prefería desandar el camino que la llevaría de vuelta a casa, meterse en la cama, hacerse un ovillo y compadecerse de sí misma; pero no podía. Tomó una decisión y debía ser consecuente con ella.

—E-Evan... —Se le trastabillaron las palabras. Su corazón comenzó a bombear muy deprisa.

No esperó encontrarlo allí, a tan solo unos pasos de ella, observándola bajo el cielo estrellado de Mey.

—¿Estás bien?

—¿Yo? ¿Bien? Oh, sí, ya lo creo... Es más, estoy superbién.

—No lo parece.

—No sé por qué lo dices. —Se hizo acompañar de una risilla nerviosa—. Pero a ti sí que se te ve encantado.

—¿Ah, sí?

—Síííí. —Continuó sonriendo—. Esa chica es muy guapa.

—¿Qué chica?

—La que se ha arrojado en tus brazos.

—No sé de qué me hablas.

—A ver, Evan, que yo no quiero meterme donde nadie me llama, que si has rehecho tu vida...

—Un mensaje, Wendy, ¡maldita sea! No creo que me lo mereciera.

—No, no te lo merecías. —Agachó la mirada.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Yo...

—Deja que lo recuerde: «Hola, Evan. Me he dado cuenta de que mis sentimientos hacia ti no son tan fuertes como pensaba»...

—Para —le pidió.

—... «Ya no puedo estar contigo. Me marcho a España una temporada»...

—¡Para!

—... «No me respondas, ni me llames. Esto es un adiós». —Se detuvo un instante—. ¿En serio me lo merecía?

—No, claro que no.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Me ayudas a entenderlo?

—¿Acaso importa ya? Has rehecho tu vida.

—¿Y qué si lo he hecho?

—Eso quiere decir que...

—Que me hiciste daño, a mí, que siempre aposté por ti; que jugaste conmigo; que fuiste...

—Dilo.

—Cruel —continuó.

—No quería lastimarte.

—Menos mal. —Torció una sonrisa—. Espero que con ese tal Roland te vaya mejor.

—¿Qué...? ¿Quién te ha hablado de...? ¡Dios, voy a matar a mi hermano! —Apretó los dientes.

—No lo niegas.

—No puedo negar algo que...

—¿Todo bien por aquí?

—Eres muy oportuno, hermanito... Le estaba diciendo a tu amigo, a Evan, perdón —se rectificó—, que ya me iba a casa. Cuida de Emma, por favor.

—No te puedes ir sola.

—Claro que puedo, ¿ahora tengo doce años?

—A veces, es lo que parece —le dijo Evan.

Wendy optó por guardar silencio. No quería pelear con él. No lo soportaría. En su lugar, les dio la espalda a los dos hombres de su vida y se fue alejando de ellos.

Capítulo 4

Accedió a la mansión por una de las puertas laterales, aquella que daba acceso a la zona de la piscina exterior. Durante el camino de vuelta, las lágrimas habían amenazado con humedecer sus mejillas. Había logrado mantenerlas a raya. Al fin y al cabo, no estaba recogiendo sino lo que había sembrado. Esas palabras, en la voz de Evan, habían sonado demoledoras, y habían dolido demasiado. Se maldijo por haber sido tan miserable.

Esa última frase —«Esto es un adiós»— resonaba en su cabeza una y otra vez, cual sentencia.

Había decidido por los dos, ni tan siquiera le había dado opción a réplica. Nunca tuvo dudas. No hasta que a su padre se le metió entre ceja y ceja que Roland era el mejor partido para ella —llegó a alabar su gallardía—, como si el hermano del conde de Caithness entendiera de hombres y ella fuera una jovencita pueril y sumisa a la que poder manejar. No, no lo había hecho; ni lo haría. Y, sin embargo, se había interpuesto en una relación que la hacía realmente feliz.

«¿De verdad se ha interpuesto él o has sido tú la única culpable?», asistió, muy confundida, al interrogante que había cobrado forma en su cabeza, que sacudió con vehemencia.

Verlo allí de pie, delante de ella, a solas y sintiéndolo tan lejos, le estaba haciendo más daño del que había llegado a imaginar. Pensó en cómo sería ese reencuentro, y la realidad estaba siendo aún más dura. Al parecer, Evan sí había rehecho su vida, y ella no podía evitar sentirlo como una traición.

—¿Wendy?

—Sí, mamá, soy yo —le respondió mientras se dirigía hacia uno de los salones.

Meribeth sostenía un manuscrito de la poeta norteamericana Joanna Fuchs y tenía sus enormes ojos azules posados sobre el rostro de su hija.

Wendy caminó hacia ella y se sentó a su lado, sobre uno de los sofás.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí —se limitó a responderle.

—¿Has vuelto sola?

—Sí.

—¿Por qué?

—No me apetecía estar allí, eso es todo. Emma se ha quedado con Math.

—¿Los dos solos?

—Hay más gente con ellos, pero... ¿por qué lo preguntas?

—Por nada en especial, cariño. —Se detuvo un instante—. Es solo que... bueno, no es que se lleven demasiado bien.

—En realidad, se llevan de maravilla, mamá. —Wendy se acomodó sobre su hombro—. ¿Lees algo para mí?

—¿Quieres escuchar un poema?

—Me encantaría.

Meribeth pasó algunas páginas antes de detenerse. Miró de reojo a su hija, respiró profundo y recitó unos versos para ella:

*En ociosos sueños de antaño
imaginé a mi verdadero amor.
Una pareja perfecta, un alma gemela,
un ángel de lo alto.
Ahora estás aquí, y ahora sé
que nuestro amor permanecerá, prosperará y crecerá.*

—Mamá, ¿por qué...? —Se le entrecortó la voz.

—¿Qué ocurre, mi vida? ¿No te ha gustado?

—No, digo... sí. —Enderezó la espalda—. El poema es precioso, pero...

—Oh, Wendy, ¿te ha recordado a Evan? —La miró con ternura.

—Sí —no pudo mentirle—. Él era mi alma gemela.

—No hables en pasado. Sé que aún lo quieres.

—En caso de ser verdad, nada podría importar ya, mamá —se lamentó—. Él ha conocido a otra mujer.

—¿Estás segura?

—Él mismo me lo ha dicho. Bueno, en realidad, eso no es del todo exacto, pero tampoco lo ha desmentido —trató de explicarse.

—Lo dejaste por Whatsapp, cariño...

—¿Por qué lo sabes?

—Me lo dijo tu hermano.

—Será bocazas. —Sacudió la cabeza—. Me voy a la cama.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Wendy besó a su madre en la mejilla, salió del salón, subió las escaleras que llevaban a la primera planta, giró hacia su izquierda antes de hacerlo hacia su derecha, continuó por un amplio pasillo y se detuvo frente a la puerta de su habitación. Emma ocupaba la recámara contigua. La de Math estaba en el corredor opuesto.

Una vez dentro, se sentó sobre la cama. Pasó varios minutos observando aquel ramillete de primulas púrpura. Se trataba de una segunda floración. Más tarde, abrió uno de los cajones de la mesita de noche y tomó el diario de Aileen. Acarició aquella cubierta de terciopelo marrón antes de abrirlo, al azar. Lo había leído tantas veces que podía recordar párrafos enteros.

Miro a Bruce y sigo viendo a aquel joven tabernero de Mey. Me enamoré de él ese primer día, cuando nuestros caminos se cruzaron, junto al lago. Mi corazón lo elige segundo tras segundo. Siento que todo mi mundo gira en torno a él. El amor es todo un enigma: llega sin esperarlo, te desarma por completo, se rebela contra ti misma, no se deja guiar por la razón. Es un todo o la nada, sin dobleces, sin medias tintas, sin renunciaciones, pero sí con rendiciones.

Wendy no pudo continuar. Se veía reflejada en cada una de esas palabras. Aunque no todo su mundo girara en torno a Evan, su corazón sí lo había elegido. No podía decir que se había enamorado de él a primera vista, pero tampoco le había pasado desapercibido. En un principio, solo fue atracción física. Lo tuvo claro en su cuarto encuentro, cuando debieron decidir si apostaban por ellos dos, si querían conocerse realmente o si lo suyo no había sido nada más que una aventura. La sola idea de perder lo que empezaban a construir le produjo pánico. No, no estaba dispuesta a alejarse de él, aunque no se pudieran ver tanto como a ella le habría gustado.

A pesar del desenlace, en sus tres meses en España lo había estado recordando con una sonrisa. Wendy jamás había experimentado una sensación tan gloriosa como saberse enredada en él, piel contra piel. Verse reflejada en su mirada gris era, como poco, pura magia.

—Era el todo o la nada, y tú elegiste quedarte con las manos vacías —se dijo en voz alta.

Volvió a depositar el diario en el cajón, se quitó la ropa de calle y se dejó caer sobre el colchón.

—Has sido una necia, Wendoline Sinclair... Tú, que te creías tan osada y no has sido capaz de luchar por alguien que realmente te importaba, y te importa... Porque sí, sabes que sigues enamorada de él. Puedes negarlo tres veces, o miles; puedes gritarlo a viva voz; puedes cerrar los ojos y hacer como que no existe; o también puedes darte una oportunidad con... ¡Un momento! ¿Pero qué coño estás diciendo? ¿Roland? Antes prefiero la muerte —sentenció.

—¿Dónde está Wendy? —le preguntó Emma a Math en cuanto este se dejó ver, de nuevo, por el bar.

—Se ha marchado a casa.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Por qué?

Math se encogió de hombros. Tampoco era necesaria una contestación. Emma conocía muy

bien el motivo.

—¿Y Evan? —inquirió Ray.

—También se ha largado.

—¿Están juntos? —Se le iluminó el rostro.

—Nada nos gustaría más, pero la respuesta es no, Campanilla.

Capítulo 5

Si pudiera pedir un deseo, Wendy haría retroceder el tiempo. Rebobinaría hasta el instante en el que envió aquel mensaje. Pudo eliminarlo antes de que Evan lo abriera, pero no lo hizo. Quería que él lo leyera, deseaba acabar con esa relación. En ese momento, pensó que era lo más sensato. Esa noche, al verlo, todo su interior se removi6. De nuevo, esos sentimientos que la atropellaban cual tornado, que hacían enloquecer a sus mariposas, que la desarmaban. Dar marcha atrás no era posible. No habría una segunda oportunidad, no para ellos dos. Al parecer, él no había estado perdiendo el tiempo. No había llorado su ausencia. Muy al contrario: no había tardado en arrojarse sobre los brazos de otra mujer.

—Si te duele, te aguantas, mosquetera —se lamentó.

Echó la sábana hacia atrás y se dio media vuelta. Apenas podía apartar la imagen de Evan de su cabeza. A pesar de ello, pudo dormir. Su paz había tocado a su fin cuando los primeros rayos de sol comenzaron a colarse a través de la ventana. Decidió permanecer inm6vil, con los ojos cerrados, y trató de mantenerse en calma. Su padre estaba al caer y eso no haría sino complicarlo todo aún más. Debería escuchar sus reproches y la misma cantinela de siempre. Resopló antes de tumbarse boca arriba. Inspiró y espiró, varias veces, y su pulso se fue serenando.

—Amiiiiiiiiga.

Emma entró en su habitación sin previo aviso, dejó tras de sí un portazo y se arrojó a su lado.

—Me has asustado —la reprendió.

—Wendy, me siento una amiga horrible. —La rodeó por la cintura.

—¿Y eso por qué?

—Anoche te dejé sola.

—Eso no es cierto. Yo decidí regresar a casa —la corrigió.

—Pero... debí volver en cuanto supe que te habías marchado.

—¿D6nde pone eso?

—¿En el *Manual de las mejores amigas*? —inquirió, a su vez, Emma.

—Eso no existe. Además, no te lo habría permitido. No te iba a aguar la fiesta —añadió.

—Aun así...

—¿Lo pasaste bien? —Quiso saber Wendy.

—Me divertí muchísimo. Ray es un encanto y Math... Bueno, Math es Math... Tú ya me entiendes. —Forzó una sonrisa.

—¿Y qué hay de... de Evan?

—Él tampoco se quedó —le respondió.

—¿Se fue con esa chica?

—Es posible... A decir verdad, ella también desapareció. Sí, creo que debieron marcharse juntos porque...

—Ya está, Emma, déjalo.

—Me has preguntado.

—Y tú me has contestado —le dijo al tiempo que se incorporaba.

Emma se sentó a su lado.

—¿Es su novia? —formuló su interrogante con un hilo de voz.

—Todo parece indicar que así es. —Empleó el mismo tono.

—Aaaaaargh... Si es así, este Evan es un idiota... Mira que dejarte escapar.

—¿Tengo que recordarte que fui yo quien lo dejó a él?

—Es verdad. —Cuadró una sonrisa—. Un momento, sigues enamorada de él —afirmó.

—Nunca he dejado de estarlo. —Necesitó ser sincera.

—En ese caso, y dejando constancia de que ya lo sabía, comienza la «Operación reconquista».

—La miró directo a los ojos.

—Está con otra. —Le refrescó la memoria.

—No es seguro.

—Hace un momento sí parecías darlo por sentado.

—Tal vez no me haya expresado bien... Es más, creo que sí volví a ver a la rubia en el bar.

—Emma...

—Está bien, no la vi; pero si Evan tiene algo de juicio, se dará cuenta de que jamás va a encontrar a nadie como tú.

—Solo lo dices porque eres mi amiga y porque me quieres, y también porque sabes que aún estoy enamorada del chico más guapo de toda Escocia.

—En algo te equivocas, Wendy, y me ofendes.

—¿Qué he dicho ahora? —Se encogió de hombros.

—No soy tu amiga, Wendoline Sinclair... Soy tu mejor amiga. —Le sonrió antes de añadir—: Y, ahora, ven aquí, deja que te dé mimitos.

Emma abrió sus brazos y Wendy se refugió en ellos.

—Gracias —susurró.

—Shhhhh... Arriba ese ánimo, mosquetera. —Se apretó aún más fuerte a ella—. Empieza la Operación reconquista.

—Pero...

—Shhhhh... —La mandó a callar.
—Es una idea pésima y no quiero hacerlo.
—En ese caso, déjalo en mis manos.
—Te lo prohíbo, Emma... ¡Emma!
—Está bien, no haré nada. —Le dio su palabra mientras esbozaba una sonrisa traviesa.
—Hablo en serio —insistió Wendy.
—Y yo.
—Bien —suspiró—. Por cierto, apestas a alcohol.
—Yaaaaa, lo sé... Será mejor que me dé una ducha, ¿verdad?
—Deberías... Anda, ve. Nos vemos dentro de un rato, en el desayuno.
—¿Me vas a querer siempre? —Emma consiguió sorprenderla.
—Pero... ¿qué clase de pregunta es esa? —La miró contrariada.
—A veces no podemos evitar decepcionar a las personas que más queremos.

Wendy tendió una mano y Emma no pudo evitar que en sus labios se dibujara una curvatura ascendente que marcó los dos hoyuelos que adornaban sus mejillas.

—Vamos —la animó.

—Ya estoy —le dijo instantes después de depositar la palma de su mano sobre la suya—. Una, dos y tres...

—¡Una para la otra, y la otra para la una! —gritaron al unísono.

—Siempre —musitó Wendy.

—Siempre —susurró Emma.

Un poco más tarde, Wendy buscó refugio en los jardines interiores, lugar en el que sabía que se encontraría con la abuela.

Esa misma mañana, mientras tomaban un delicioso desayuno que casi se le indigesta, Math le había dado una noticia maravillosa: había invitado a Ray y a Evan a ir a la mansión, al anochecer. No se le había ocurrido nada más ingenioso que invitarlos a cenar en la zona de la piscina.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Te lo tengo que explicar, hermanita?

—Mamáááá. —Buscó la complicidad de Meribeth.

—Son sus mejores amigos, hija, y son bienvenidos a casa.

—¿Abuela?

—Ya te ha respondido tu madre, cariño —le dijo Gladis.

—No tienes por qué estar con nosotros —manifestó Math.

—¿Tan ingrata te resulta mi compañía?
—No, claro que no. Lo decía por ti, por si te resultaba incómodo estar con Evan.
—Ya... La que parece algo incómoda esta mañana es mi amiga, ¿te pasa algo, Emma?
—¿A mí? ¡Qué me va pasar, mujer! ¡Nada! —Cuadró una sonrisa.
—Lo sabías, ¿no es cierto?
—Bueno, verás, es posible que anoche escuchara algo, pero Evan no estaba. Él se fue con la chica rubia, y...
—Y eres odiosa.
—Ayyyyy, no... Seré tonta... Evan no se fue con ella. La vimos en el bar, ¿verdad, Math?
—No lo recuerdo.
—Tenías que decir que sí, idiota. —Lo miró por primera vez a la cara esa mañana.
—Nunca sé cuándo habláis en serio o cuándo bromeáis. No hay quien os siga el rollo a vosotras dos.
—¿Estás seguro de eso, hermanito?
—¿Por qué lo dices?
—¿Eso no me lo debería haber preguntado él, Emma? —La escudriñó con la mirada. Math sacudió la cabeza justo antes de resoplar.
—Dejadlo ya —les pidió Meribeth—, y terminaos el desayuno. Y, Wendy, si no quieres estar con ellos esta noche, tu hermano te excusará.
—No soy ninguna cobarde. Además, no tengo ningún problema en que vengan. Lo tengo más que superado.
—¿Quieres aclararte? —Math volvió a sacudir la cabeza.
—Calla —le dijeron Wendy y Emma a la par.

No había superado nada. Desde que supiera que Evan pisaría la mansión esa misma noche y que lo vería en traje de baño, estaba en un sinvivir. ¿Cómo iba a resistirse a mirar ese cuerpo tan escultural? No quería ser descubierta. Debía aparentar una indiferencia que en absoluto sentía, aunque de pequeña era la número uno en clase de Teatro. Siempre se le había dado bien actuar, y eso era lo que debía hacer en adelante respecto al chico del que estaba locamente enamorada. En lugar de tratar de reconquistarlo, como le había propuesto Emma, haría todo lo contrario. Él no debía notar que se había estado arrepintiendo de enviar ese mensaje cada segundo de cada día desde que pulsó sobre aquella maldita flecha.

—¿Estás inquieta?
—No, abuela... Es solo que me apetecía estar contigo un ratito —le respondió.
—Iba a regar estas begonias.
—Deja que lo haga yo.

A pesar del moderno sistema de riego con el que contaban tanto los jardines interiores como los exteriores, a Gladis le gustaba mimar a sus flores. Para ello, usaba una antigua regadera de color verde mientras las animaba a seguir creciendo y alababa su belleza. Decía que ese ritual la hacía sentirse más conectada a la naturaleza.

—¿Así está bien, abuela?

—Muy bien. —Le sonrió—. No puedes esconderte.

—No lo hago.

—Wendy, cariño, si Evan te importa tanto, tienes que luchar por él. Yo estuve a nada de perder a tu abuelo por no querer aceptar que me había enamorado de un vanidoso, y casi lo alejo... Jamás me lo habría perdonado.

—Ahora está con otra chica, y yo no puedo meterme entre medias. Me equivoqué y tengo que vivir con ello. —Sonó apesadumbrada.

—¿Estás segura de eso?

—¿De lo primero, o de lo segundo? —Apretó una sonrisa.

—No creo que Evan te haya olvidado.

—Él mismo me lo dijo, o me lo dio a entender.

—Debe tratarse de un malentendido, cariño.

—¿Por qué pareces tan segura?

—Llámalo intuición.

—Intuición —musitó—. Supongo que debo marcharme. ¡Es la hora!

Wendy la besó en la mejilla y fue abandonando aquella zona ajardinada con paso lento.

—¿Por qué ha venido con ella?

—¿Ahora sí me hablas, Campanilla?

—No estoy para tus gilipolleces, Math... A Wendy le va a dar un bajonazo cuando la vea.

—Pues es lo que hay.

—Joder, cuando se repartió la empatía a ti ni tan siquiera te salpicó.

—Me alegra teneros en casa, chicos —los saludó Math antes de estrechar sus manos.

—Imbécil —dijo Emma entre dientes. Eso de ignorarla se le daba de maravilla.

—No os importa que nos acompañe Brooke, ¿verdad?

—En absoluto —escucharon decir a Wendy—. La chica de mi exchico es más que bienvenida.

—Impostó una radiante sonrisa.

—Gracias.

—Además de ser un pibón es educada —masculló entre dientes—. No os cortéis, ¿eh? Y disfrutad.

—Wendy... Wendy...

—¿Qué? —Se giró para mirarla.

—Necesito decirte algo.

—Si nos disculpáis...

Emma la sujetó del brazo y se le llevó al rincón más alejado.

—No sobreactúes.

—No lo hago.

—¡Oh, vaya si lo haces! Siento que la haya traído, pero es lo que hay.

—Tú también te has dado cuenta, ¿verdad? Joder... Esto es una mierda, Emma.

—Ya... —suspiró—. Solo se me ocurre una cosa.

—No sé si quiero saberla.

—Entonces, no te la digo.

—Jooooo, te odio... Anda, desembucha.

Emma esbozó una sonrisa que Wendy conocía muy bien: era la de la victoria, la que siempre ponía cuando se salía con la suya,

—¿Vamos a reconquistar a tu Peter Pan?

—Mi Peter Pan ya se ha buscado a otra Wendy, ¿es que no lo ves?

—¡Vamos a reconquistar a tu Peter Pan! —afirmó.

—¿Es que a mí nunca me escucha nadie? —Elevó la mirada hacia ese cielo que tanto le gustaba contemplar y que tanto había disfrutado junto a Evan, y suplicó un poquito de piedad.

Capítulo 6

Wendy comenzó a mover sus caderas al ritmo de *Like a Virgin*, de Madonna. Había crecido entre discos de la cantante estadounidense y adoraba esa canción. Minutos antes, se había tomado un cóctel en dos largos tragos. Toda su atención estaba centrada en Evan, quien parecía ajeno a su presencia. Junto a Math, Ray y Brooke, permanecía sentado alrededor de una de las mesas y apuraba su primera copa de whisky. Aquella chica rubia y despampanante debía de tener, además, un sentido del humor bestial, porque esos tres parecían babear en torno a ella.

—Parece tener una personalidad arrolladora —dijo Emma.

—Eso mismo estaba pensando. —Estuvo de acuerdo con ella.

—Ey, ey, ey... No te me vengas abajo, que tú no tienes nada que envidiarle.

—¿Acaba de darle una palmada en el culo?

—Me temo que sí. —Emma se encogió de hombros.

Evan se había girado y le había dedicado una de sus irresistibles sonrisas.

—Antes eran para mí —musitó Wendy.

—¿Qué has dicho?

—Nada —resopló.

Volver a verlo sin camiseta fue otra dura prueba para ella. No quería mirarlo. Su mente le prohibía hacerlo, pero sus ojos iban por libre. En ese instante, supo que iba a ser muuuucho más difícil de lo que pudiera haber imaginado.

Brooke se lanzó al agua justo detrás de él y lo rodeó por el cuello. Math y Emma intercambiaron una mirada, mientras que Wendy se dirigió al minibar y se preparó otro cóctel.

—Esa tía es una lapa —farfulló.

—Y tú estás celosa —escuchó decir a sus espaldas.

—Vaya, Ray, no te había visto... Yo, verás, no quiero que te hagas una idea equivocada. Lo mío con Evan es cosa del pasado. ¿Sabes? —Hizo una pausa—. Se lo ve feliz, y me alegro por él.

—¿En serio? —Se mostró escéptico.

«En realidad, nooooo... Es el amor de mi vida y lo he perdido por gilipollas. Ahora me siento

muy desorientada. Emma quiere que lo reconquiste, pero yo no puedo meterme entre medias de ellos dos. Forman una pareja perfecta y yo... yo parezco un cardo al lado de Brooke, con todo mi respeto a la flor nacional de nuestro país, por supuesto. Mírala, si parece una sirena...», pensó, pero su respuesta fue bien diferente:

—Y tanto, Ray. ¿Acaso no me ves? Rezumo dicha por cada poro de mi piel.

—Entonces, es verdad.

—¿Es verdad el qué? —Lo miró con suspicacia.

—Lo de ese tal Ronald McDonald —le contestó.

—Se llama Roland. —Lo rectificó.

—Juraría que Math nos dijo que se llamaba Ronald.

—Será bocazas —farfulló—. Y... verás, me gustaría saber qué dijo Evan cuando supo que yo...

—¿Que estabas con otro?

—Bueno, eso no es así... En realidad, Roland y yo...

—Eh, Ray... ¿Otra copa?

—Tú siempre tan oportuno. —Le dedicó una dura mirada.

—¿Se puede saber qué he hecho ahora?

—Nada, Math, tú nunca haces nada.

Wendy se alejó de ellos y se sentó sobre el brocal de la piscina, al lado de Emma.

—Aquí viene mi mosquetera. —Le sonrió—. ¿Estás bien?

—Podría estar peor. —Apretó los labios.

Y su frase no pudo ser más oportuna. Comenzaron a sonar los primeros acordes de *All of Me*, de John Legend, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Esa era su canción: de Evan y de ella. La habían bailado abrazados, besándose, decenas de veces; incluso él se la había cantado al oído.

Wendy agachó la mirada. Deseaba echar a correr y encerrarse en su habitación para no volver a salir al menos hasta que sus invitados se hubiesen marchado. Su corazón había comenzado a latir muy deprisa. Se centró en observar sus pies y en mantener bajo control su respiración.

—¿Qué te pasa?

—Ahora no, Emma... No me digas nada, por favor —le suplicó en un susurro.

—Está bien, pero no me marcharé de tu lado.

Quiso agradecerse, pero no tenía fuerzas. Esa letra y los recuerdos que a ella iban unidos la estaban golpeando muy duro. Tanto que dolía. Tanto que empezaba a sentirse incapaz de contener las lágrimas. No deseaba mirar al frente. Si se encontraba con él, se derrumbaría; y no quería dar una imagen de debilidad. Menos aún, formar un espectáculo. Aguantó que ese remolino de emociones jugara con su corazón, lo anudara y lo estrujara. Trató de mantener su mente en blanco. Sin embargo, la presión de las manos de Evan sobre su cintura, la suavidad de sus labios al colisionar contra los suyos, la inmensidad de esos ojos grises o el olor de su piel se habían alzado en su contra.

—Ya, Wendy... Respira tranquila —le pidió Emma.

En ese momento, elevó la cabeza y su mirada, enrojecida, se cruzó en el camino de la de Evan. Él la observaba desde el otro lado de la piscina. No había rencor. ¿Tal vez... amor? Sacudió la cabeza en un intento por ahuyentar ese último y descabellado pensamiento, se puso de pie y caminó hacia el interior de la mansión. Necesitaba estar a solas. No era cómodo sentirse escudriñada por cinco pares de ojos. No se detuvo hasta saberse a resguardo entre las paredes del jardín.

—Ha sido esa canción, ¿verdad?

—Sí. —Fue escueta Emma en su respuesta.

—Entonces, ¿sigue enamorada o no de Evan?

—¿Tú qué crees, lumbreras?

—Tratándose de mi hermana, quién puede saber.

—Hablando de enamoramientos —comenzó a decir Ray—, aún le estoy dando vueltas a esa frasecita.

—¿Qué frasecita? —Quiso saber Emma.

—Ninguna. —Se adelantó Math.

—Fue algo así como... «La putada es estar prometido con una mujer estando enamorado de otra» —soltó Ray.

—¿Quién le ha dicho eso... a quién?

—Evan a Math.

Emma miró al hermano de su amiga y vio en él una expresión hasta ese momento desconocida para ella. Era una mezcla de ira y de vergüenza.

—Para. —Lo sostuvo por una mano cuando se disponía a marcharse.

Ray entendió que debía dejarlos a solas.

—¿Qué quieres? —Rehusó mirarla.

—¿Es eso cierto?

—Claro que no —le respondió.

—Pero... anoche me besaste.

—No, tú me besaste a mí. —La rectificó Math.

—Ambos lo hicimos.

—Sí, y fue un error —admitió él.

—¿Otro?

—Otro más —afirmó.

Emma lo soltó. A veces lo odiaba con toda su alma.

Wendy se sentó en el suelo y apoyó la espalda sobre la pared. Fingir indiferencia se le antojaba un imposible cuando su sola presencia la hacía temblar. Pensó que haber enfrentado a su padre no le habría reportado tanto dolor. ¿Y si la abuela tenía razón y sus temores eran infundados? ¿Era posible que Dougald Sinclair entendiera sus razones? ¿Podía llegar a aceptar que el corazón de su hija ya había elegido y que Roland no era una opción? ¿Acaso importaba ya? Ese fue el último interrogante que tomó forma en su cabeza.

—Estás aquí. —Evan se acercó.

Wendy se giró muy despacio.

—¿Puedo?

—Claro —le dio permiso para sentarse a su lado—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Sé que es tu lugar predilecto. Tampoco olvides que he estado aquí más de una vez, contigo, mientras tu padre se encontraba en Londres.

—Mi padre... ¡aaaaaargh! Siempre está en medio de todo —se lamentó.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada, no me hagas caso.

—No me gusta verte triste, Wendy.

—No estaba triste. Bueno, quizá un poco. —Reculó—. Esa canción...

—Lo sé, a mí también me sigue removiendo por dentro —admitió.

—Lo siento —susurró mientras se perdía en el gris de su mirada—. Sé que no lo hice bien, pero no puedo cambiarlo.

—No, no puedes.

—Ya... —suspiró—. Siempre me has importado. Necesito que lo sepas.

—Y tú a mí, también quería decírtelo.

—Gracias. —Le dedicó una media sonrisa—. Brooke parece una buena chica.

—Lo es.

—Me alegro por ti, por los dos —añadió.

—En realidad...

—No, por favor. No me tienes que dar ninguna explicación. Entre tú y yo ya no hay nada, porque no lo hay, ¿verdad?

—¿Cuál sería tu respuesta, Wendy?

—Yo he preguntado primero.

—Bueno, fuiste tú quien decidió...

—Mejor no digas nada, ¿sí?

—Pero...

—Por favor, Evan. —Se detuvo un instante—. ¿Me puedo apoyar en tu hombro? Solo será un ratito.

—Puedes.

Wendy volvió a perderse en la infinitud de su mirada. Casi sin darse cuenta, sus labios se fueron acercando, hasta llegarse a rozar.

—Yo... Lo siento, otra vez —se disculpó al tiempo que se echaba hacia atrás—. Yo no soy así.

—¿Así cómo?

—Respeto lo que tienes con Brooke.

—¿No será por Roland?

—Ay, noooooo, ¿por qué tenías que nombrarlo?

—Se supone que estás con él, ¿no?

—Evan MacLeod, tengo una proposición que hacerte.

—¿Indecente?

—No seas tonto.

—Te he hecho sonreír.

—Siempre lo haces, lo hacías. —Se rectificó—. ¿Quieres escuchar lo que tengo que decirte?

—Sí —afirmó.

—¿Podemos estar en silencio, sin que nada nos moleste?

—Podemos —le respondió.

—Bien. —Sonrió—. Ahora, me apoyaré sobre tu hombro.

—Es todo tuyo.

—No, no hagas eso —le pidió Wendy.

Evan acababa de entrelazar sus dedos a los de ella.

—Si no hay mano tampoco hay hombro.

—En ese caso... —Se rindió—. ¿Es nuestra despedida?

—¿Quieres que lo sea?

—Debe serlo, ¿no?

—Supongo. —Respiró muy profundo.

—¿Me perdonas? —necesitó preguntarle.

—Te perdono.

Wendy se acomodó sobre su hombro, cerró los ojos y se centró en sentir su piel. Parecía que nada había cambiado entre ellos, pero nada era igual. Imaginó que continuaban siendo la pareja más feliz de toda Escocia y que, tras ese acercamiento, darían rienda suelta a la pasión que continuaba devorándolos por dentro. Como actriz, no estaba teniendo su noche. Sin embargo, a fantasiosa no había quien le hiciera la competencia.

Capítulo 7

En la quietud de la noche, con la única compañía de aquel a quien su corazón elegiría una y otra vez, sintiéndolo tan cerca y sabiéndolo inalcanzable, Wendy volvió a dar rienda suelta a su imaginación. Se vio desnuda, bajo el cuerpo de Evan, con su pecho palpitante y el placer recorriendo cada poro de su piel. En sus labios se perfiló una sonrisa que venía a revelar todo lo que se había empeñado en ocultar. Agradeció que él también mantuviera sus ojos cerrados, así no sería testigo del efecto que continuaba teniendo sobre ella. En ese instante, volvió a sentirlo como su principio y su final. Lástima que se hubiera alejado del camino que siempre la condujo hacia el joven MacLeod.

—Os estábamos buscando.

Al enfocar la mirada, Wendy se encontró con Ray y con Brooke.

—Yo... veréis... —comenzó a titubear—. Esto no es lo que parece. —Soltó la mano de Evan, se apartó bruscamente y se puso de pie.

Le llamó la atención la calma que, en contraposición con el estado de nerviosismo en el que ella había entrado, transmitía él. Su novia acababa de encontrarlo sentado al lado de su ex, con las manos entrelazadas y muy próximos.

—Se os veía muy acaramelados.

—No digas tonterías, Ray. —Wendy cuadró una sonrisa—. Brooke, yo... lo siento. No era mi intención hacerte sentir mal. No quiero que pienses que...

—No tienes que...

—Insisto —la interrumpió—. Jamás me interpondría entre vosotros.

—Pero...

—Hablo muy en serio —volvió a cortarla—. Evan ahora está contigo y yo... Bueno, yo...

—Estás con ese tal McDonald —dijo Ray.

—No es exactamente lo que iba a decir... —farfulló—. En fin, será mejor que regresemos a la piscina.

Wendy, muy avergonzada, se fue alejando de ellos. Evan, que había decidido permanecer en silencio, la siguió con la mirada.

—No te acerques más —le pidió Emma a Math.

—¿Por qué no? —Volvió a acortar distancias.

Ambos se hallaban de pie, junto al brocal. De fondo, sonaba *Say It Right*, de Nelly Furtado.

—Llama a tu prometida y pregúntaselo, igual ella te da la respuesta.

—¿Piensas que soy un tipo horrible?

—¿Por tener novia y besar a otra?

Math respiró profundo.

—Por eso, sí... No quiero que pienses que estoy jugando contigo —añadió.

—Tranquilo, no significas nada para mí.

—No te creo. —Dio otro paso al frente.

—¿Crees que me importa? No estoy aquí por ti —le recordó.

—Eso ya lo sé —le dijo antes de sujetarla por la cintura.

—No lo hagas, Math, no compliquemos más las cosas. —Necesitó mirarlo a los ojos.

Sus respiraciones se iban agitando más y más.

—Tienes algo, tal vez sean esos dos hoyuelos tan irresistibles, que me crea adicción, y que no consigo controlar. ¿Qué me has hecho? —terminó diciéndole en un susurro.

Emma podía sentir su aliento, entrecortado, sobre sus labios.

—No me voy a convertir en esa clase de persona que no respeta una relación, o lo que sea que tengas con Charlize. Reconozco que me cae fatal y que tú tienes algo que me atrae...

—¿Solo es atracción?

—Yo ya no sé nada... —Torció una sonrisa—. Lo único que me importa es que tu hermana esté bien. Y ahora te pido que me sueltes y que evitemos situaciones como esta. Solo estaré un mes. Después, procuraré que no nos volvamos a ver.

—Pero no podré vivir sin tu magia, Campanilla.

—Eres el más grande de todos los idiotas, Math Sinclair. —Se alegró de que dejara de ejercer presión sobre sus caderas. Un segundo más y habría vuelto a besarlo con delirio—. Por cierto, prefieres el dinero, la posición y la superficialidad de tu prometida a la mediocridad de una diplomada en Turismo, así que... ¡qué sabrás tú de magia!

Emma decidió poner distancia de por medio. ¿Qué se había creído? No iba a caer rendida cada vez que él necesitara desfogarse. No quería ser la tercera en discordia, esa que tan solo obtenía migajas y que tenía todas las papeletas para salir mal parada.

Él se apoyó sobre la barra y le dio vueltas a las últimas palabras de la mejor amiga de su hermana.

—¡Oh, Emma! ¿Puedes hacer que se abra un agujero enorme bajo mis pies y que me trague?

—Solo si puedo ir contigo.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Que no te dejaría sola por nada del mundo. —Le sonrió.

Wendy se abrazó a ella. No se había detenido hasta saberse junto a la única persona, de todas las que se habían reunido esa noche —¡maldita idea la de Math!—, con la que podía sentirse segura.

—Creo que he metido la pata —susurró.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos estado a nada de besarnos —le contestó.

—¿Y se puede saber por qué no lo habéis hecho?

—¿En serio, Emma? ¿Hace falta que te lo explique? —Wendy se acomodó en una de las tumbonas—. Tiene novia.

—Ya... Pero si habéis estado a punto de besaros es porque él también quería hacerlo.

—Ha debido confundirse... Evan no es esa clase de chico. Él jamás sería desleal.

—Bueno, los tíos...

—Él no —negó, también con la cabeza—. Él no es así.

Wendy parecía muy segura. Emma, sin embargo, sabía que la fidelidad no era el punto fuerte de Math. No pudo evitar mirarlo. Continuaba abstraído. El único movimiento que había en él estaba propiciado por esa copa de whisky que no paraba de llevarse a la boca.

—Ahí vienen, y acabo de tener una idea.

—No quiero más disgustos esta noche —le pidió.

—¿Es que no confías en mí, mosquetera?

—A veces... —Cuadró una sonrisa que no tardó en desaparecer—. Solo veo a Ray y a Brooke... ¿Y Evan? Seguro que ha tenido una bronca con su novia por mi culpa y...

—¿Y por qué sigue ella aquí?

—Buena pregunta, amiga... Tal vez...

—Joder, Wendy, no puedes tratar de buscarle explicación a todo. Además, lo más sencillo es preguntárselo directamente a ella. ¡Venga, vamos!

—Pero...

—¡Que te levantes!

—No sé para qué la he traído —farfulló.

—Te he oído. —Se giró para mirarla.

—He dicho que te quiero infinito.

—Ya...

Wendy caminó a su lado. Borearon la piscina y se sentaron sobre uno de los sofás. Enfrente, estaban dos de sus invitados. A su derecha, Math.

—¿Y Evan? —Emma no se anduvo con rodeos.

—Ahora viene.

—¿Habéis discutido? —Ni se inmutó al sentir el codazo en las costillas que acababa de propinarle su amiga.

—¿Por qué íbamos a discutir? —Brooke parecía muy sorprendida—. Evan es...

—Hablando de Peter... de Evan —rectificó Math—, por ahí viene.

Wendy prefirió no mirarlo. Estaba avergonzada e incómoda. Esa noche comenzaba a hacérsele muy cuesta arriba.

—Me voy a marchar ya —les anunció.

—De eso nada —le dijo Emma—. Tú te sientas en ese sillón.

—No puedes decirle lo que debe hacer.

—Tengo boca, gracias.

—No hace falta que seas tan desagradable, Evan.

—Ni tú eres quién para abogar por mí, Wendoline.

—¿Por qué me has llamado así?

—Es lo que me ha salido. Además, hasta donde yo sé, es tu nombre.

—Pero siempre me has dicho Wendy.

—¿Qué puede importar eso ahora?

—A mí me importa —susurró.

—¿Se han olvidado de que estamos aquí? —se preguntó Math en voz alta.

—Parecen dos críos —señaló Ray.

—¡Aquí hay amor del bueno!

Las miradas de Wendy y de Evan se dirigieron hacia Emma, quien esbozó una inquieta sonrisa.

—Deja de decir estupideces —le pidió su amiga—. Me marchó a la cama.

—No hace falta, ya me voy yo.

—Tú te puedes quedar. Eres uno de los invitados de mi hermano.

—Hace un rato no parecía molestarte tanto mi presencia.

—Nunca podrías molestarme.

—No lo parece, Wendy —resopló—. No quiero pelear contigo.

—Ni yo contigo.

—¿Preferís besaros?

—Joder, Emma, ¿es que nunca sabes cuándo callarte? —Wendy comenzaba a desesperarse.

—¿No es parte de su encanto? —sugirió Math.

—Lo es. —Estuvo de acuerdo Ray.

—Brooke, Ray, Evan... me ha encantado estar con vosotros, pero me voy a retirar ya. Os quedáis en vuestra casa.

—Pero yo quería que jugáramos a adivinar la película... Quédate, lo pasaremos bien —trató de convencerla Emma.

—Lo dejamos para otro día, ¿sí?

—Jooooo. —Puso morritos, y Math se imaginó inclinándose sobre ella y mordiéndoselos muy despacio.

—Buenas noches.

—Buenas noches, hermanita. —Regresó a la realidad.

Evan la observó en silencio. Cuando dejó de distinguirla, vio a Brooke y esta le dedicó una mirada cómplice.

Wendy se sentó sobre la cama. Alguien había cambiado aquel ramillete de primulas, algo marchito, por otro. Lo tomó entre sus manos y sonrió. Lo hizo con tristeza. El día le había regalado un momento mágico, pero también otros menos amables. Estar al lado de Evan, con sus manos entrelazadas, había sido un regalo que en ese momento le supo a despedida. Debía evitar que sus sentimientos la llevaran a cometer una imprudencia, a ponerlo en un aprieto. Y, para lograrlo, la única opción era alejarse de él.

—Deja que tu Peter Pan vuele lejos de ti... Estuvo a tu lado y lo empujaste a marcharse. Así que no seas egoísta y desaparece de su vida. Hazle ese favor, y háztelo a ti misma. Imagina que ha regresado a *Nunca Jamás*.

Capítulo 8

Decidida a no autocompadecerse ni un segundo más, Wendy le propuso a Emma una tarde solo de chicas. Tenía algo importante que mostrarle. Al día siguiente, Dougald Sinclair estaría de regreso en Mey y debía aprovechar el poco tiempo de paz, si podía llamarse así, que le restaba. Cuando Math se ofreció a acompañarlas, su respuesta fue tajante:

—Ni de coña.

—¿También te molesta mi presencia?

—¿Tú eres idiota? —intervino Emma—. ¿Es que no tienes filtro?

—Anda que quien lo dice... —Se hizo acompañar de una provocadora sonrisa.

—Aaaaargh... —Rumió Wendy—. ¿Nunca os han dicho que sois tal para cual?

—Aaaaargh. —Sacudió la cabeza Math.

—Preferiría besar a un sapo antes que estar con alguien como él. —Hizo acompañar sus palabras de una mueca de asco claramente impostada, tanto como el gruñido que acababa de proferir el hermano de su mejor amiga.

—Te quedas aquí y punto, hermanito. —Dio por terminada aquella conversación.

El castillo de Mey se había salvado del abandono, e incluso de la demolición, gracias a la intervención de la Reina Madre, quien se había enamorado de él mientras visitaba una casa cercana y lidiaba con la pérdida del rey Jorge VI, su esposo. Aprovechando su amor por esas tierras, lo compró y mandó restaurar tanto la construcción como los jardines que la rodeaban.

Era usual que se cerrara al público durante unas semanas en la época estival, y se hacía para recibir a la realeza. Ese día no había nadie, y Wendy pensó que a Emma le gustaría conocer el lugar en el que Aileen y Bruce Sinclair habían compartido toda una vida y un gran amor.

—Apenas puedo creer que vayamos a hacerlo. —Sonaba muy emocionada.

—Pues estamos caminando hacia el castillo. —Le sonrió.

—¿Podemos?

—Pues claro, para algo trabajo en él. Alguna ventaja debo tener, ¿no?

—Supongo, pero...

—¿Emma Duarte es una niña pequeña que tiene miedo a una regañina? —se burló de ella.

—¿Sabes? Me gusta cuando eres tú.

—¿Y cómo soy?

—Alegre, cariñosa, soñadora, empática, luchadora, valiente, sensible... y muy loca; y por eso te quiero tanto, y no quiero verte mal.

—Has olvidado añadir a tu lista las palabras «cabezota, visceral, desordenada»...

—Y para ya de buscar calificativos que no te definen —la interrumpió.

—¿Sabes? Me gustaría ser tan segura como lo eres tú. Desde que llegamos a Mey, y no llevamos ni cuarenta y ocho horas, no he hecho otra cosa que cagarla con Evan, y todo por mis inseguridades... Pero se ha acabado.

—¿A qué te refieres?

—A que se ha acabado... Aún lo quiero, nadie lo sabe mejor que yo, y es por eso por lo que me voy a hacer a un lado y le voy a permitir ser feliz con Brooke.

—¿Y qué harás cuando los veas juntos?

—Fingir indiferencia —le respondió con seguridad—. Por cierto, ¿cómo lo pasaste anoche?

Wendy no quiso sacar el tema ni en el desayuno ni en la merienda. No deseaba que su madre y la abuela descubrieran lo mal que estaba haciendo las cosas respecto a Evan.

—Bien, supongo.

—No pareces demasiado convencida.

—Bueno, después de que te de fueras todo eran caras largas. Sorprendentemente, tu hermano no tardó en seguir tus pasos...

—¿Math, el alma de las fiestas, se marchó a dormir tan temprano?

—Como te lo digo.

—Es muy raro —farfulló—. ¿Y los demás?

—Puuuuf, ni me lo recuerdes... —Entornó la mirada—. Parecían tres muermos, así que yo misma les pedí que se fueran a casa.

—Siento haber arruinado tu noche; pero, para compensarte, te diré que ya estamos llegando. Mira al frente —le pidió.

Al final de aquel camino de tierra ya se podía vislumbrar el castillo de Mey.

—Mi corazón ha comenzado a latir muy deprisa —dijo Emma mientras se llevaba una mano hacia el pecho.

—Es el efecto que suele causar. —Sonrió.

A medida que se iban acercando, en ambas se iba agudizando la sensación de haber viajado atrás en el tiempo. Wendy siempre se sintió así. Se dejó conquistar por ese lugar al verlo por primera vez. Gladis y Chad, los abuelos, la llevaron por su quinto cumpleaños. Sus enormes y expresivos ojos verdemar no sabían hacia dónde dirigirse. Todo era nuevo para ella, y todo le

parecía sacado de una de esas leyendas que llevaba escuchando desde que era una bebé, y con las que seguiría creciendo.

—Algún día viviré aquí —les dijo a los abuelos.

No lo había conseguido. El castillo que un día perteneciera a sus antepasados había pasado a manos de la Corona británica y, antes de ellos, tuvo otros dueños que nada tenían que ver con los Sinclair; pero había logrado trabajar en él, y pocas cosas la hacían tan feliz.

—Primero visitaremos el interior y, después, nos perderemos por los jardines —le anunció.

Emma, completamente conmovida, se limitó a asentir. Su mirada recorría el exterior de aquella formidable edificación: desde sus torretas, a sus chimeneas o ventanales. Era su segunda visita a Mey. En la anterior, con motivo del vigésimo séptimo cumpleaños de Wendy y que solo duró tres días, no tuvo ocasión de conocerlo.

—¿Lista?

—¡Lista! —confirmó.

Accedieron al castillo por la puerta principal donde se hallaba el *hall* y unas escaleras talladas en mármol blanco que llevaban a la primera planta, pero su primer destino sería el salón. Emma no tardó en acomodarse en uno de los sofás mientras que Wendy permaneció de pie, junto a la chimenea.

—Hay que ser muy tonto para no conservar este castillo.

—¿Hablas de los Sinclair? —Emma asintió—. Ya... Tienes toda la razón. Mi tío, o incluso mi padre, podrían ser sus propietarios —suspiró—, pero me conformo con trabajar en él.

—A pesar de Dougald Sinclair.

—A pesar de él —afirmó.

Emma no estaba dispuesta a dejarse un solo rincón sin visitar, por lo que continuaron con su recorrido.

—En este salón, la Reina Madre firmaba personalmente todas las tarjetas navideñas que enviaba —le fue explicando.

—Debía ser agotador.

—Esta otra habitación perteneció a la princesa Margarita... Se dice que aquí pudo vivir su historia de amor prohibida con Peter Townsend, un hombre divorciado que trabajaba como caballerizo de su padre.

—Si estas paredes hablasen...

—Igual hasta nos escandalizábamos —continuó bromeando Wendy.

—Pues no te voy a decir que no —sonrió—, pero, déjame adivinarlo, acabó fatal.

—Sí —confirmó Wendy—. El bueno de Peter fue desterrado a Bruselas y ella... bueno, ella se casó con otro.

—Típico de la realeza —farfulló Emma—. Aunque, allá por el siglo XIX, hubo una jovencita valiente y rebelde que le puso las cosas bien difíciles a un Sinclair.

—Hablas de Aileen y de Bruce.

—¿De quién si no?

—La culpa fue toooooooda de Bruce.

—¿Ahora sales en defensa de una Wright? —Frunció el ceño.

—Te equivocas, salgo en defensa de la verdad.

—Ya...

—¿Continuamos?

Su siguiente parada fue aquella recámara que ocupara la mismísima Reina Madre.

—Vaya, la imaginaba más recargada.

—Creo que fue una mujer sencilla a pesar de vivir entre lujos, pero solo es una impresión —añadió Wendy.

Uno de los pasillos era todo un homenaje a aquella reina que allá por el año 1952 salvó a un castillo que parecía condenado a la destrucción.

Aún pasarían horas recorriendo su interior, deteniéndose casi a cada paso, admirando cada cuadro, cada pintura, cada cortina, cada libro o cada ramo de flores.

Antes de salir de la fortaleza, les aguardaba un último destino: la torre. Sin llegar a alcanzar la cima, accedieron a una austera habitación y Emma sintió un escalofrío.

—Son varias las leyendas que hay en torno a este castillo —comenzó a explicarle Wendy—. Una de ellas tiene como protagonista a Isabel, una de las hijas del quinto conde de Caithness...

—Seguro que hay una historia de amor detrás —la interrumpió Emma.

—Estás en lo cierto... Isabel se enamoró de un labrador...

—¡Vaya por Dios! —Se llevó una mano a la frente, exagerando su locución—. Disculpa, continúa.

—Pues imagínate... Cuando su padre se enteró de que amaba a una persona considerada muy inferior, decidió encerrarla en esta torre, en esta habitación.

—Pero qué pocas luces —suspiró—. Déjame adivinar: acabó fatal.

—Y tanto. —Respiró muy profundo—. Cansada de derramar unas lágrimas que a nadie podían importar, y sintiendo que jamás podría estar con el hombre al que su corazón había elegido, decidió arrojarse por la ventana. Desde entonces, se dice que su fantasma, conocido como la Dama Verde, vaga por los pasillos protegiendo a los amantes.

—Ooooooh, es tan triste. —Emma caminó hacia Wendy y la abrazó—. Dime que tú jamás harás algo así.

—¿Quitarme la vida?

—Eso, sí —farfulló.

—Claro que no. ¿Estás loca? Yo nunca atentaría contra mi vida. —Se apartó de ella—. No ha sido una opción, ni lo será. Me gusta quién soy, a pesar de todo. Fíjate, trabajo en un lugar incomparable, y tengo a una familia a la que adoro y que me adora; y, sí, tú formas parte de esa familia. En cuanto a Evan... Bueno, al igual que Isabel, también he perdido al amor de mi vida, y me duele; pero quiero vivir, por muchos años, espero, y ser superfeliz... ¿Estás llorando?

—¿Tú qué crees? —Gimoteó.

—Anda, ven aquí, tontuela.

En ese momento, fue Wendy quien la abrazó con todas sus fuerzas y con todo su cariño.

—Te quiero muchísimo, Wendoline Sinclair.

—Y yo a ti, Emma Duarte. —Le sonrió—. Y ahora nos vamos a recomponer un poco y te voy a enseñar en qué se han convertido los antiguos establos y el granero.

Desde hacía unos años, esos espacios se habían habilitado como hotel, contando con diez habitaciones, así como con varias zonas comunes, como salones, en los que no faltaba una chimenea para caldear el ambiente en los meses más fríos.

—Maravilloso —dijo Emma mientras se dejaba caer sobre una de las camas.

—Anda que si te viera el rey de Inglaterra...

—O Camila. —Sonrió—. ¿No deberían estar ellos aquí ahora?

—Creo que vienen mañana o tal vez pasado. De ahí que hoy estemos tú y yo... Tampoco soy tan descerebrada.

—¿Qué pasaría si nos pillaran?

—Es muy posible que perdiera mi trabajo, Emma.

—Pero eres una Sinclair.

—Y pronto hará un siglo desde que el castillo dejó de pertenecer a este apellido —le recordó antes de añadir—: Anda, levántate de ahí y sígueme.

—¿Dónde me llevas ahora?

—Al paraíso —le respondió.

Wendy siempre había afirmado que los jardines del castillo de Mey eran un pequeño edén en la tierra, y Emma comprobaría que no exageraba. Caminaron entre caléndulas, pensamientos, dalias, capuchinas, rosas y plantas trepadoras. El colorido, el aroma, la sensación de plenitud y de libertad, incluso de grandeza que la naturaleza, en su máxima expresión de belleza, les regalaba, las mantenía en una especie de ensoñación.

—No me he dado cuenta de que te has parado. —Rompió su silencio Emma.

—Son primulas —dijo Wendy—. ¿Sabes? El día en que llegamos, había un ramillete de estas flores en mi mesita de noche...

—Son tus favoritas.

—Exacto... Anoche, alguien las cambió.

—¿Quién?

—No lo sé, pero supongo que es obra de la abuela.

—¿Por qué no se lo has preguntado?

—Bueno, yo... no puedo responderte sin parecer una ridícula.

—Vamos, Wendy, tú y yo no tenemos secretos. Somos las dos mosqueteras y confiamos la una en la otra con fe ciega —le recordó.

Aunque era ella quien parecía haberlo olvidado al mantener ocultos sus deslices con Math.

—Me gusta imaginar que es obra de Evan... ¡Ala, ya lo he soltado!

—Ay, mi pequeña Wendoline... ¿Y por qué no se lo preguntas?

—Definitivamente, estás bastante peor que yo... ¿Cómo se te ocurre? Él no entra en mi habitación a hurtadillas y las coloca, Emma. Solo es un pensamiento mío, y solo en mí se tenía que haber quedado —concluyó.

—¿Adónde vas?

—A sentarme en ese banco.

—Te acompaño. —Emma no tardó en acomodarse a su lado—. ¿Estás enfadada conmigo?

—Claro que no. —Le sonrió—. Aquí mismo, se sentaba la Reina Madre por las tardes. Lo hacía en compañía de sus *corgis*.

—Esos perretes tan adorables. Y... ¿en cuál de esos árboles crees que se subiría Aileen?

—En el más alto de todos, sin duda —le dijo—. Por cierto, he traído su diario.

—¿En serio? —Wendy hizo un gesto de afirmación con la cabeza—. ¿Me lees algo?

—¿Al azar?

—Al azar. —Estuvo de acuerdo con ella.

—Ahora mismo, mosquetera.

Abrió su mochila y sacó aquellas memorias que tantas veces había leído. Cerró los ojos y comenzó a pasar las páginas, hasta que se detuvo.

—La suerte está echada. —Le guiñó un ojo.

—Y yo estoy emocionada. —Se mordió el labio inferior mientras sonreía.

Wendy enderezó la espalda y comenzó a leer:

El pequeño Alistair, a quien su hermana ha comenzado a llamar Alis, ya ha empezado a seguir su estela, y mi querido Bruce está desesperado. En más de una ocasión, los hemos encontrado encaramados a la rama más alta de un mismo árbol. Mi esposo me mira con el ceño fruncido y yo me encojo de hombros. A veces me dice que va a correr la misma suerte que la Dama Verde, pero que él se arrojará desde el acantilado a las aguas del Atlántico. Si lo hace, que no lo hará, yo saltaré detrás de él y lo llevaré de vuelta a la orilla. Es muy probable que lo bese allí mismo e incluso que hagamos el amor. No me importa si es a plena luz de día... Sé que no debería tener estos pensamientos, pero los tengo. No hay nada más sublime que sentirlo piel con piel y que saberlo dentro de mí. Amo a Bruce Sinclair con toda mi alma. No pude escapar de su embrujo, y ya no quiero hacerlo. No me imagino la vida sin él y sin nuestros dos hijos. Mary y Alis han venido a darle sentido a todo. Y, sí, son valientes, obstinados y corajudos, como buenos escoceses, pero también han heredado mi rebeldía, y eso es algo con lo que su padre batalla día tras día. Reconozco que, a veces —muchas, diría—, me divierte verlo correr detrás de ellos con el semblante descompuesto. Trato de disimular. Sin embargo, llega un punto en el que no puedo más y rompo a reír. Él se enoja aún más, pero termina rindiéndose y soltando carcajadas. Somos un todo que comenzó con algo torcido, con un engaño, una promesa, y muchas dudas. Yo, que creo en el destino, sé que nuestra unión estaba escrita. Los dioses apostaban y siguen apostando

por nosotros, que hemos pasado a ser cuatro. Bruce es mi mundo; y mis hijos, mi vida...

—Adoro a Aileen Wright —suspiró Emma.

—Era única, y amaba taaaanto a Bruce.

—Como él a ella —afirmó.

—Cierto... Debemos regresar ya. Empieza a anochecer y nos esperan para la cena —le recordó Wendy.

—Tu madre nos lo ha repetido... ¿diez veces?

—Alguna más, seguramente.

Las dos mosqueteras deshicieron el camino que las había llevado desde la mansión hasta el castillo. Cuando alcanzaron el hogar familiar de Dougald y Meribeth Sinclair, la luna ya se había ganado un lugar destacado en aquel cielo estrellado de mediados de julio.

—Buenas noches, hija... Mujer, cualquiera diría que acabas de ver a un fantasma.

—Hola, papá.

Capítulo 9

Wendy besó a Dougald en ambas mejillas y le dio un afectuoso abrazo. Era innegable que entre padre e hija existía un fuerte vínculo que en los últimos años, y debido a las presiones de él, se había debilitado.

—Emma...

—Hola, señor Sinclair —lo saludó guardando las distancias.

Siempre había pensado que el padre de su amiga debía ser uno de los barones más apuestos de todo el Reino Unido. Ni tan siquiera esas canas que adornaban su cabello, cobrizo en otra época, habían mermado un ápice su atractivo.

—Te he dicho que me llames Dougald.

—Lo sé, señor... Dougald —rectificó.

—¿Nos sentamos?

—Claro, papá.

Meribeth, Gladis y Math ya se había acomodado en sus respectivos asientos. Emma odió quedar justo en frente del primogénito de la familia. Wendy, sabedora de que las preguntas y los reproches no tardarían en llegar, se sirvió una copa de vino. Nunca le había sentado demasiado bien, pero pensó que la ayudaría a capear mejor el temporal.

—¿Y cómo lo has pasado en España, hija?

—Muy bien, papá. Estar con Emma siempre es... maravilloso.

—Te vas a tener que mudar a vivir a Escocia, o a Londres.

—Oh, no —negó con la cabeza también—. A mí no se me ha perdido nada ni aquí ni en Londres... a excepción de Wendy, claro —puntualizó.

—Ya veo. —Volvió a mirar a su hija—. ¿Tienes pensado volver a trabajar en el castillo?

—Por supuesto. —No lo dudó—. Me reincorporaré en cuanto pase la época estival.

—Sabes que no me gusta...

—Dougald, cariño, no es momento para hablar de esto. No olvides que tenemos una invitada —le dijo su esposa.

—Emma es como de la familia, querida... ¿Verdad? —La joven española se limitó a asentir—.

Desaprovechas tu talento, Wendy.

—No es verdad, papá. Me dedico a mi gran pasión. Ese castillo me hace feliz. Soy una afortunada, ¿es que no lo ves?

—Lo cierto es que no... Te permití que estudiaras Turismo porque pensé que te aburrirías y lo dejarías. Bueno, y porque tu madre insistió.

—¿Me permitiste? Soy una mujer libre, papá, y puedo hacer lo que me dé la gana.

—No mientras estés en mi casa.

—En ese caso, me largaré de aquí. —Wendy se puso de pie.

—Haz lo que te plazca, niña malcriada.

—¡Ya basta! También es mi hija, Dougald, y no se va a marchar de esta casa, que también es mía, y suya. —Meribeth le dejó bien clara su postura.

—Con permiso, me voy a retirar, mamá... Te prometo que tomaré un buen desayuno mañana.

Wendy besó a su madre en la mejilla, hizo lo propio con la abuela y abandonó el comedor.

—Acabas de llegar y ya te has coronado —le dijo Math a su padre.

—¿También te pones de su parte?

—Tiene veintiocho años, papá. No puedes decirle cómo ha de vivir su propia vida.

—Tu hijo tiene toda la razón, Dougald.

—Es posible, Gladis, pero siempre he tenido grandes planes para ella.

—¿Y uno de ellos es que salga con ese tal Ronald McDonald? —intervino Emma.

—¿Ese no es el payaso de la cadena de comida rápida? —preguntó el señor Sinclair.

—Lo es. —Sonrió Math—. Se refería a Roland.

—Esa es otra de nuestras batallas —suspiró.

—Wendy no ama a ese tipo.

—Ese «tipo», como dices, es uno de los jóvenes más pudientes y mejor posicionados de toda Europa —le aclaró Dougald a Emma.

—¿Y eso qué importa? ¿Acaso hay algo que pueda estar por encima de los sentimientos? El amor no se vende ni se compra; y bien sabe que su hija jamás estaría con alguien por mero interés, no como otros —apostilló—. Y, con vuestro permiso, voy a ver cómo está mi amiga.

Wendy se había refugiado en el jardín interior. Se había recostado en una mecedora y mantenía su mirada imantada a una rosa blanca, símbolo de pureza y de ese amor que dura toda una vida. Sus referentes más cercanos eran sus abuelos y sus padres. La relación de Gladis y Chad se vio truncada por la muerte del abuelo, pero mantuvieron el afecto y la complicidad hasta el último momento. En cuanto al barón y su esposa, era usual que discutieran, especialmente en lo que concernía a sus hijos. Aun así, era indiscutible que entre ellos continuaba prendiendo esa llama que los llevaba a necesitarse, a no poder permanecer demasiado tiempo alejado el uno del otro,

pese a las obligaciones de Dougald. También era cierto que las idas y venidas en las relaciones, las rupturas y los divorcios estaban a la orden del día. Una compañera de trabajo, a quien siempre le brillaban los ojos cuando hablaba de su marido, se había separado hacía unos meses. De repente, la ilusión se había hecho añicos y habían decidido tomar caminos distintos. Tampoco era extraño que dos personas que se amaban se alejaran sin más.

Estaba pensando en esto último cuando la imagen de Evan volvió a dibujarse en su cabeza. Recordó el instante en el que sus labios estuvieron a nada de acariciarse y el momento en el que él le permitió apoyarse sobre su cuerpo.

«Si no hay mano tampoco hay hombro», evocó sus palabras y en sus labios se perfiló una rendida sonrisa.

—¿Piensas en mí?

—¡Ay, gansa! Me has asustado. —Se revolvió.

—¿Me haces un hueco?

—Siempre.

Emma se acurrucó a su lado.

—Entonces, ¿en quién pensabas?

—En Evan. —No quiso mentirle—. En la otra noche, cuando nos despedimos.

—¿Fue una despedida en toda regla?

—Lo fue, y estoy tranquila.

—Me da a mí que esa tranquilidad de la que hablas no es real.

—Joooooooo... Odio que me conozcas tan bien —se lamentó.

—No quiero que sufras.

—No lo haré, te doy mi palabra... He de soltar para continuar. —Le dedicó una triste sonrisa.

—¿Por qué no luchas por él?

—¿En serio me lo preguntas? Las razones son obvias.

—Tal vez no lo sean, Wendy.

—No, no me animes a mantener la esperanza, por favor. —Sonó a súplica.

—Está bien.

—¿Sabes? No es justo que esté llorando por las esquinas, Emma. No has venido hasta aquí para eso... Te prometo que a partir de mañana voy a volver a ser la misma de siempre.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Por completo.

—¿Me estás queriendo decir que a partir de mañana nos tomarán por locas o por heroínas, dos clases de imbéciles que se parecen bastante? —Versionó una de las frases de Athos en *Los tres mosqueteros*.

—Eso mismo —le respondió con rotundidad

—Ahora que lo pienso... ya eres una loca... Pero dime, Wendy —la miró fijamente—, ¿quieres ser una heroína?

—¿Una heroína... de qué?

—De tu propia vida.

—Quiero —susurró.

—No te he oído.

—He dicho que quiero. —Elevó el tono de voz.

—¿Y qué es lo que quieres? —La azuzó aún más.

—¡Ser la heroína de mi propia vida! —gritó.

—¡Esta es mi mosquetera! —se vanaglorió Emma.

—Esto es increíble, abuela.

Wendy y Emma se giraron y se encontraron con los enigmáticos semblantes de Math y de Gladis.

—¿Lleváis mucho tiempo ahí?

—El suficiente para corroborar que sois maravillosas —le dijo Gladis.

—El suficiente para corroborar que sois dos taradas —le aseguró su hermano.

—¿Dos taradas maravillosas? —inquirió Emma.

—Bueno, eso te lo puedo comprar. —Le sonrió Math.

Gladis caminó hacia ellas y ocupó uno de los sillones. Su nieto también se unió a las dos mosqueteras.

—Me dijiste que mi padre era un gran hombre, abuela, y ya ves... No ha tardado ni cinco minutos en volver a reprocharme mis elecciones.

—Lo lamento tanto, pequeña; pero sigo pensando que lo es.

—No conmigo. —Agachó la mirada.

—Acabará entrando en razón —aseguró Gladis.

—No las tengo todas conmigo, abuela. Sabes tan bien como nosotros lo autócrata que puede llegar a ser —manifestó Math.

—Siempre os doy el mismo consejo.

—Hablar con él, ya... —dijo Wendy—. Se lo he repetido miles de veces, y no parece enterarse. Y menos mal que no ha sacado el temita del dichoso Roland.

—Ya lo ha sacado Emma por ti —le reveló Math.

—¿Por qué has hecho eso? —La miró con censura.

—Tan solo para abogar por el amor verdadero y para hacerle ver al cuadrulado del barón Sinclair que no te puede obligar a nada —le explicó.

—¿En serio le has dicho eso a mi padre?

—En toda su cara. —Se sintió orgullosa de sí misma.

—Si es que te tengo que querer... —La apretujó—. Ya te podías haber fijado en mi Emma, Math, y no en la estirada de Charlize.

—Ey, ey, ey, para el carro, amiga... Ni en veintisiete vidas que tuviera me fijaría en tu hermano. —Se apresuró Emma en despejar cualquier duda.

—Pues anda que yo en ti...

—Hacen muy buena pareja, ¿verdad, abuela? —Decidió ignorarlos.

—La mejor, junto contigo y con Evan —le respondió.

—Pero él y yo...

—No, no, no... ¿Qué hemos dicho hace un momento? Nada de melodramas. Locas y heroínas, ¿lo recuerdas?

—¿Y mosqueteras?

—Eso siempre.

Math comenzó a sacudir la cabeza una vez más. No parecía dispuesto a admitir lo mucho que le divertían los desvaríos de Emma y de su hermana. Gladis, por el contrario, lucía una radiante sonrisa.

Abuela, nietos y esa joven española a la que todos, sin excepción, adoraban pasarían dos largas horas conversando y compartiendo anécdotas, leyendas y creencias tan arraigadas a las Tierras Altas de Escocia.

Antes de subir las escaleras que llevaban a la primera planta, Wendy se dirigió hacia la cocina. De una de las despensas, tomó un jarrón y vertió agua sobre él. Una vez en su habitación, lo adornó con aquel ramillete de primulas. No deseaba que se marchitara tan rápido, como le sucedió a ese otro que le había dado la bienvenida a su hogar tras su huida a España.

Dougald Sinclair estaba de vuelta en Mey y ya habían tenido su primer desencuentro. Eran muchas las ocasiones en las que se retrotraía a un pasado mucho más amable, en el que no había tiranteces, en el que todo era muy distinto. Su padre siempre fue protector con sus hijos, pero no le correspondía decidir por ellos. Math resolvió trasladarse a Londres libremente, y ella había optado por permanecer en el lugar que la hacía feliz y dedicarse a aquello que llenaba por completo su vida. ¿Tan difícil era de entender y de aceptar?

Loca y heroína... Ese sería su mantra desde esa noche en adelante, y nada ni nadie iba a estropear los días que las dos mosqueteras tenían por delante antes de que Emma debiera regresar a Madrid.

Capítulo 10

Días más tarde

Wendy, acompañada por su inseparable Emma, había desaparecido de la mansión Sinclair.

Antes de que amaneciera y tuviera que enfrentarse al semblante adusto de su padre y a sus fastidiosas cantinelas, despertó a su amiga, la obligó a echar unas cuantas prendas de ropa en su maleta, la arrastró escaleras abajo, salieron por una de las puertas traseras, se montaron en el Mercedes deportivo de Math y se pusieron en la carretera.

Durante varios días, recorrerían parte de Escocia. En Edimburgo pasearon por el Princes Street Garden, un parque público situado junto al castillo. Una parada obligada fue frente a la torre gótica construida en 1844 en honor a Sir Walter Scott.

—«La rosa es más bella bañada por el rocío de la mañana, y el amor es más hermoso humedecido por las lágrimas». —Evocó Wendy una de las frases del célebre novelista y poeta escocés.

—«El amor y la razón son dos viajeros que nunca moran juntos en el mismo albergue. Cuando el uno llega, el otro parte» —dijo Emma.

—Vaya, nunca me habías dicho que habías leído al señor Scott.

—¿Al señor Scott? —Le sorprendió que lo llamara así, y Wendy le sacó la lengua—. Valgo más por lo que callo que por lo que cuento.

—¿Ah, sí? —suspiró—. ¿Sabes? Su poesía siempre me ha recordado a Evan.

—¿Y existe algo en este mundo que no te recuerde a él?

—A ver que lo piense... creo que no —terminó admitiendo—. ¿Quieres que te cuente otro secreto?

—Solo si no me pides que te cuente otro a cambio.

—¿Me estás diciendo que...?

—Solo bromeaba, mosquetera —salió al paso—, y desembucha.

—Pues resulta que no he vuelto a escribir un solo mensaje más de Whatsapp, no desde que la cagué a lo grande y perdí al amor de mi vida... Aaaaaaargh, lo sé, ha sonado supercurso.

—No todo está perdido.

—¿Otra vez con esas?

—Te recuerdo que has sido tú quien has sacado el tema, y te recueeeerdo —remarcó la palabra— que el pensamiento es libre.

—A mí me lo vas a decir. —Respiró muy profundo—. ¿Continuamos?

—*Andiamo, principessa*. —Sonrió Emma.

—Olvidaba lo perfecto que es tu italiano. —Le devolvió el gesto antes de añadir—: *Thig air piuthar*.

—Eso no vale, no conozco el gaélico —se quejó.

—Te he dicho: «vamos, hermana».

En los labios de Emma se dibujó una radiante sonrisa, se asió a su brazos y, juntas, echaron a andar.

—Quiero mostrarte algo que nos quedó por ver cuando estudiamos en la ciudad —le dijo Wendy.

Para ello se desplazaron hacia los jardines de Occidente.

—¿Me has traído hasta aquí para ver una estatua? ¿Y... estás segura de que no la hemos visto ya?

—Yo, sí; tú, no.

—¿Y es...? —No mostró el más mínimo entusiasmo.

—Allan Ramsay, otro ilustre poeta.

—Oh, vaya, casi me emociono y todo —ironizó.

—Eres lo peor, Emma Duarte... Este escocés que, por cierto, fue padre de un ilustre retratista, escribió lo siguiente: «Prefiero reírme de la locura que mostrar disgusto por la melancolía».

—Pues... ahora me cae muuuucho mejor... Este era de los nuestros, ¿eh? —Le dio un sutil codazo.

—Eres incorregible.

—¿No te dejas algo?

—Eres una loca incorregible. —Rectificó y ambas sonrieron.

Antes de marcharse de allí, hicieron un alto en el primer reloj floral del mundo, que se ubicaba junto a aquella estatua. Se trataba de una gran alfombra repleta de colores sobre la que se hallaba un reloj en funcionamiento, cuyas agujas también habían sido tomadas por la naturaleza más hermosa.

—Y ahora es cuando...

—Shhhhhh... —La mandó callar Wendy.

Entonces, el cuco que se dejaba ver cada quince minutos emergió de su casita de madera y ellas se miraron. No hizo falta que se dijeran nada. De nuevo, se habían visto rodeadas de magia.

También pasearon entre los senderos arbolados del Meadows, un parque situado al sur del centro de la ciudad, como habían hecho en incontables ocasiones, años atrás.

El Real Jardín Botánico y el Little Sparta Garden, ubicado en Dunsyre, en Pentland Hills,

cerca de Edimburgo, hicieron las delicias de Emma. Este último, obra del poeta Ian Hamilton Finlay y de Sue, su esposa, estaba repleto de flores, plantas, árboles, agua, poesía e inscripciones en inglés, alemán y latín.

En su tercer día en la ciudad, se dejaron ver por The Elephant House, aquel bar en el que Wendy y Evan se habían visto por primera vez. Fue expreso deseo de ella.

—Necesito demostrarme que lo tengo más que superado. —Trató de sonar convincente.

—Ya... —farfulló Emma, pero, como de costumbre, le siguió la corriente.

—¿Sabías que J. K. Rowling se refugiaba del frío escocés y tomaba café en este lugar mientras escribía *Harry Potter*?

—Me lo dijiste en una ocasión.

—¿Y sabías que justo detrás hay un cementerio? —Emma negó con la cabeza—. Pues eso debió darme alguna pista acerca del desenlace.

—Eso que dijiste es una auténtica gilipollez, amiga. Además, ¿no acabas de asegurar que lo tienes superado?

—Eso he dicho, sí.

—Pues quién lo diría —farfulló.

Se sentaron alrededor de una mesa alta y pidieron dos cócteles. Wendy pensó que nada había cambiado en ese lugar. Hasta el jefe y algunos de los camareros continuaban siendo caras conocidas.

—Oh, vaya, tu hermano vuelve a llamarme —dijo Emma.

Math llevaba días tratando de dar con el paradero de su hermana y de la amiga de esta, y como Wendy había decidido apagar su teléfono, el suyo no paraba de sonar.

—Pasa de él —le pidió.

—Pero tu familia debe estar preocupada. Nos marchamos a escondidas... Debería responderle.

—Es posible que tengas razón.

Emma salió del bar y atendió la llamada.

—Hola, Math.

—¿«Hola, Math»? ¿En serio? ¿Se puede saber dónde os habéis metido y qué habéis hecho con mi coche? —Se notaba muy alterado.

—Tu coche no ha sufrido un solo rasguño, así que relájate, fiero —le sugirió.

—¿Dónde está Wendy?

—Conmigo.

—Muy graciosa... ¿Y dónde estás tú?

—En Edimburgo.

—¿Y se puede saber qué demonios hacéis ahí?

—De turismo.

—Joder, Emma, sois dos insensatas... ¿Cómo se os ocurre marcharos sin decirnos nada?

—¿Estás preocupado?

—Todos lo estamos —le respondió.

—¿Por Wendy?

—Por las dos.

—¿Tú también?

—Por supuesto. —Se hizo un silencio—. Evan también está preocupado por mi hermana.

—Pues ella está ahogando sus penas en el bar en el que se conocieron. Como ves, no hay manera de que se olvide de él —añadió.

—Eso le pasa por ser una niñata.

—Eso le pasa por estar enamorada —le dijo Emma.

—Ya... No se daña a quien se ama.

—Eso es una gilipollez, Math... La vida es complicada. A veces las circunstancias son una putada, y las personas seres absurdos que... —Decidió parar.

—Sigue —le pidió.

—No me da la gana.

—¿Hablabas de Wendy o de ti? —le preguntó.

—Ya sabes que tu hermana está bien, y dile a tus padres que volveremos en un par de días. Adiós.

Emma colgó. No quería seguir hablando con ese vanidoso que era capaz de sacar lo mejor y lo peor de ella.

De vuelta en el bar, le explicó que todo estaba bien, que ya sabían dónde se encontraban y que regresarían pronto.

En la mañana siguiente, pusieron rumbo a Aberdeen, a la ciudad natal de Meribeth y de Gladis. Allí, visitarían Duthie Park, en la orilla norte del río Dee. Se perdieron por sus jardines, por una colina de rosas en la que se detuvieron durante horas, incluso dieron un paseo en barca. También accedieron a los invernaderos tropicales y áridos en los que se hallaban unas colecciones impresionantes de bromelias y de cactus gigantes.

Era este el parque en el que los abuelos habían pasado gran parte de su vida. También Meribeth. Wendy recordaba haberlo visitado de pequeña. Para Emma, era su primera vez.

Desde allí, y necesitando echar un poco el freno, se acercaron a la casa familiar de los MacCarthy. Era una vivienda bastante más austera que la de Mey, pero a Wendy le trajo de vuelta al abuelo y también ese amor tan incondicional que siempre se tuvo el matrimonio formado por Gladis y Chad.

Se dejaron caer sobre una alfombra, junto a la chimenea que, por ser época estival, no prenderían. Sus miradas se fueron deteniendo sobre las fotos familiares que aún había colgadas sobre las paredes.

—¿Nunca venís por aquí? —preguntó Emma.

—No desde que el abuelo enfermó y mi madre los obligó a venir a Mey —le explicó.

—Pues es un lugar mágico.

—Lo es... Huele tanto a hogar, ¿verdad? —Emma asintió—. En esa foto, Math solo tenía diez años. ¿Verdad que siempre ha sido muy guapo?

—Verdad —admitió—. Como tú, Wendy.

—¿Sabes? No entiendo por qué quiere unir su destino al de Charlize.

—Es multimillonaria.

—Pero Math no es así... Él siempre ha sido todo corazón.

—La gente cambia, las prioridades cambian...

—Tú y yo no hemos cambiado, Emma. Tú y yo nos dejamos llevar por los sentimientos, aunque...

—No lo hiciste en el caso de Evan. —Terminó la frase por ella.

—Bueno, en parte, sí... No quería que Dougald Sinclair se convirtiera en su enemigo.

—No estamos en el siglo XIX... ¿Crees que lo habría retado a un duelo?

—¡Pero qué tonta eres!

—Pues esta tonta te he hecho sonreír.

—¿Y cuándo no lo haces? —La miró con cariño.

—Creo que deberíamos regresar —admitió Wendy.

—Yo también lo creo... Me has regalado unos días inolvidables, pero toca volver. Math me ha dicho que Evan está preocupado por ti.

—Solo lo dices para hacerme sentir bien.

—Jamás te mentiría con algo así, Wendy.

—Tal vez podamos llegar a ser amigos, algún día —suspiró—. Como te dije, y mantengo, voy a ser consecuente con mis actos. Ya he aceptado que está con otra y...

—Bueno...

—No me interrumpas —la cortó—. Yo seré feliz con todo lo bueno que me da la vida, que no es poco... No debo ser una desagradecida.

—No, no debes. Entre otras cosas, porque tienes a la mejor amiga del mundo.

—¿Del mundo?

—Weeeeeendy.

—¡Del mundo! —Sonrió.

Esa noche, tumbadas sobre aquella alfombra, dormirían plácidamente. Una de ellas pensaría en lo mucho que le iba a costar ver a Evan y fingir indiferencia. De momento, no le había ido nada bien. La otra trataría de olvidar la mirada de Math, sus dedos ejerciendo presión sobre su cintura y sus labios besándola como si no existiera nadie más.

Capítulo 11

—¿En serio tenemos que volver?

—Tú misma lo dijiste anoche, Wendy.

—Es verdad... —dijo acallando un bostezo—. Desayunaremos en el bar favorito del abuelo.

—Hecho.

Se dieron sendas duchas y, aún con el cabello suelto y mojado, salieron de la casa. A Wendy le entristeció volver a cerrar la vivienda que fuera el hogar familiar de su madre.

Se detuvieron en una cafetería de Cults, una aldea enclavada en el extremo occidental de Aberdeen, a orillas del río Dee.

—¿Qué hacen? —preguntó Emma al bajarse del coche.

—Pescan salmones.

—Pobres.

—Pues tú bien que te lo comes.

—Ya... —Cuadró una sonrisa.

Accedieron a la cafetería y eligieron una de las mesas que estaba escorada en una esquina, junto a un amplio ventanal.

Uno de los camareros se acercó a ellas. Debía rondar la cincuentena y, por un momento, las miró con detenimiento.

—Eres Wendoline Sinclair —afirmó.

—¿Cómo lo sabe?

—Jamás olvido una cara.

—Pero llevaba años sin venir por aquí. —Continuaba muy sorprendida.

—Tus abuelos eran clientes habituales, podría afirmar que eran mucho más que eso. Y ¿ves el río? —Wendy asintió—. Tu madre y yo correteábamos por la orilla cuando éramos unos críos. ¿Cómo está? ¿Y Gladis?

—Se encuentran bien. ¿Quiere que les dé recuerdos de...?

—Lean Murray.

—Lo haré. —Le dio su palabra.

—Hola, Lean... Yo soy Emma, y me conmueve este reencuentro o lo que quiera que sea, pero... me estoy muriendo de hambre, porque anoche no cené nada, y mis tripas reclaman comida, muuuuuucha comida. ¿Sería posible aplacar esta gula que me está devorando por dentro?

—Estás en el lugar adecuado. —Le sonrió a pesar de haberse sentido un tanto abrumado—. ¿Qué deseas tomar?

—El mejor café escocés de la carta, tres gofres, el bollo de pera y miel más grande de todos los que tenga, una porción generosa de *cranachan* y un helado... el *westie*, que tiene una pinta deliciosa.

—¿Eso es todo?

—En realidad...

—Eso es todo, sí —la interrumpió Wendy—. Yo tomaré otro café y un gofre de chocolate.

—Enseguida vuelvo —les dijo Lean.

—Mira que eres exagerada para todo, Emma. —Sacudió la cabeza.

—Pero es que estoy famélica.

—Ya, pero tu presentación ha sido digna de un Óscar a la mejor actriz de drama.

—¿Y te sorprende?

—En realidad, no. —Tuvo que rendirse ante la evidencia.

—En cambio, tú sí me tienes preocupada, Wendy... Has perdido peso en los últimos meses y apenas has pedido nada.

—Te recuerdo que, aquí, la glotona eres tú.

—Eso es cierto, pero...

—Pero nada... Ahí viene tu festín —le anunció, y Emma comenzó a salivar.

Desayunaron tranquilamente. No en vano, la joven española tenía una larga lista de alimentos que llevarse al estómago. Wendy, que había terminado hacía un buen rato, aprovechó para ir al baño.

—¿De qué conoces a ese? —le preguntó nada más tenerla de vuelta en la mesa, después de ver que estaba conversando con un muchacho.

—De nada, hasta ahora —le respondió.

—¿Quién es?

—¿Ahora eres detective? —se burló de ella.

—Ja, ja, ja... pero qué graciosa es mi amiga. ¿Quién es? —insistió.

—Se llama Alec, y es el hijo de Lean.

—Aaaaaah, vaya, con que esas tenemos...

—¿Se puede saber qué está pasando por tu cabeza?

—Pues es muy sencillo: como el padre no pudo con la madre, el hijo lo intenta con la hija.

—Joder, Emma, ¿se trata de un trabalenguas?

—No te hagas la tonta, que sabes muy bien de lo que te hablo.

—Solo me ha dicho que conoció a mis abuelos y que eran encantadores...

—¡Ja! Como su nieta, ¿no?

—En ningún momento me ha piropeado, Emma.

—Peeeeero...

—Bueno, me ha dicho que en unos días viajará a Mey por motivos de trabajo y...

—Por motivos de trabajo —repitió.

—¿Has terminado de desayunar?

—Esta era la última cucharada del helado —le respondió.

—En ese caso, nos vamos.

Wendy fue la primera en ponerse de pie. Emma, mientras se limpiaba la comisura de los labios con una servilleta, no tardó en imitarla.

—¡Se te olvida pagar! —le gritó.

—Nos han invitado. —Se acercó a ella y la censuró con la mirada.

—¡Oh, vaya, qué conveniente!

—Aaaaaaargh... A veces, eres un auténtico coñazo.

—Wendoline. —La detuvo una voz varonil—. No olvides...

—Le daremos recuerdos a Meribeth de su parte, Lean Murray, no se preocupe. —Se adelantó Emma.

—Y a Gladis.

—Lo haremos, Lean; y permítame agradecerle su amabilidad. —Se mostró más comedida Wendy.

—En realidad, la idea de invitaros ha sido de mi hijo... Se lo descontaré de su sueldo. —Bajó el tono de voz.

—De su hijo... —masculló Emma entre dientes—. ¡Mi amiga tiene novio, y lo ama con locura! —gritó desaforada.

Wendy se despidió del dueño y salió de la cafetería como alma que lleva el diablo.

—Joder, Emma... ¿Tenías que hacerlo?

—Era necesario despejar cualquier duda.

Se montaron en el Mercedes deportivo de Math, y pusieron rumbo a Mey. La ruta de los castillos de Aberdeen tendría que esperar.

Sobre Emma recayó la tarea de aparcar el deportivo en la cochera. Tras un viaje de algo más de cinco horas por carretera, esta última tan solo pensaba en entrar en su dormitorio, dejarse caer sobre la cama y dormir.

Wendy entró a hurtadillas en la mansión y puso rumbo directo al jardín interior.

—Hola, abuela.

—Pequeña, nos teníais muy preocupadas.

Wendy besó a Gladis en ambas mejillas y se dejó abrazar. En los brazos de la abuela siempre se había sentido en su hogar.

—Me ha venido muy bien estar fuera unos días —le dijo.

—¿Tu corazón está más tranquilo?

—Lo está. —Sonrió—. Hemos ido a la casa de Aberdeen.

—Me trae tantos recuerdos...

—No, abuela, no quiero que te pongas triste, por favor. —Se detuvo un instante y la miró directo a los ojos—. ¿Nunca has pensado en regresar?

—Alguna vez, pero sin el abuelo no sería lo mismo.

—«Una alegría compartida se dobla, mientras que una aflicción compartida se reduce a la mitad»... Él me enseñó este proverbio.

—Mi amado Chad era un hombre sabio.

—Era el mejor —afirmó—. Si algún día decides volver a ver vuestro nidito de amor —la hizo sonreír—, yo iré contigo.

—Anda, ven a mis brazos.

Gladis, con lágrimas en los ojos, volvió a acurrucar a su nieta sobre su pecho.

—¿Papá está enfadado?

—¿Tú qué crees?

—Que sí —emitió un profundo suspiro—. Acabo de tomar una decisión.

—¿Y me la vas a decir?

—Claro, abuela... Antes de que se desate la tormenta, voy a montar a Thor y me voy a perder por nuestras tierras.

—No te alejes, cariño.

—No lo haré.

Siempre se había sentido libre al cabalgar a lomos de su caballo. Amaba aquellas tierras que la habían visto nacer y crecer. En su mente jamás se paseó la idea de marcharse a Londres. Si su padre pensaba que acabaría cediendo, estaba muy equivocado.

Pronto comenzó a vislumbrar las diáfanas aguas de aquel lago en el que Aileen y Philip se encontraron por primera vez; o, más bien, cuando hablaron por primera vez. Dado que, teniendo en cuenta que Philip era Bruce, ya se habían visto, o algo así, en la mansión de los MacAllister.

Wendy recordó, una a una, las palabras que Aileen gritó en los jardines, y que había dejado escritas en su diario:

Si no llego a sentir un amor como ese, tan arrebatado y tan fiel, no me desposaré. ¡Jamás!... ¡No me desposaré si no es por amor! ¡Que se entere mi tía! ¡Que se entere Mey! ¡Que se entere

todo el condado de Caithness! ¡Que se entere el jefe del clan! ¡Y que se entere también el hijo de Robert Sinclair!

No pudo evitar sonreír. Ella sí que fue una loca y una heroína en plena Regencia. Lo suyo sí fue valor. Y su rendición fue inevitable, ya que lo que estaba en juego era el amor.

Se apeó del caballo y lo ató al tronco de uno de los muchos pinos que los rodeaban. Antes de dirigirse hacia la orilla del lago, cual ritual siguiendo las directrices de su antepasada, se quitó las zapatillas y sintió el fresco y reconfortante tacto de aquella hierba al ser aplastada por sus pies descalzos. Se detuvo justo en el margen de aquella albufera y miró al horizonte.

—Me tapas las vistas.

—¿Se puede saber qué...?

No pudo terminar. Los nervios hicieron que se trastabillara y cayera a las aguas del lago. Evan no tardó en lanzarse a por ella.

—Sé nadar.

—No demasiado bien —la rebatió.

—Eso no es verdad.

—No me lles la contraria.

—Y tú no estés tan cerca de mí.

—¿Te incomodo?

—Sí... No... Bueno... Aaaaaaay... No me hagas preguntas difíciles.

—Siempre has estado preciosa con el pelo mojado.

—Evan MacLeod, eso que acabas de decir es del todo inapropiado.

—¿Es inapropiado decir lo que pienso?

—Lo es si...

—Mírame a los ojos, Wendy.

—No.

—Mírame a los ojos —repitió, y su voz sonó a súplica.

—Yo no...

—¿Me miras?

—Te miro.

Capítulo 12

Emma logró que nadie advirtiera su llegada, subió a la primera planta y se refugió en su habitación. Tan solo fue capaz de descalzarse antes de dejarse caer sobre la cama. En el viaje de vuelta desde Aberdeen, Wendy y ella se habían estado alternando al volante.

Habían sido días intensos, y haberlos compartido con aquella que se había convertido en la persona más importante de su vida los había llevado a rozar la perfección. Por un momento, pensó en su familia; pero no tardó en ahuyentar cualquier pensamiento. Necesitaba dejar la mente en blanco y dormir.

Lo hizo. Abrazada a uno de los cojines, con una sutil sonrisa perfilando sus labios, le sobrevino ese sueño que tanto estaba necesitando. Habría permanecido así el resto del día, y de la noche, allí, alejada de todos y de todo. Su deseo no le fue concedido.

—Emma... Emma. —Le dieron una sutil palmada sobre el hombro—. ¡Emma!

—Quiero dormir —farfulló.

—Y yo quiero que te despiertes.

—Me importa una mierda lo que tú quieras, Math. —Continuaba medio dormida—. ¿Math?

Emma se despertó de un sobresalto y quedó sentada sobre la cama.

—Tranquila —le pidió.

—Sal de mi habitación.

—No sin que antes hablemos.

—Hablar, ¿de qué? —Torció el gesto.

—En primer lugar, quiero saber dónde está mi hermana.

—Fue a ver a Gladis al jardín.

—No está con ella.

—¿Te has colado también en su habitación?

—Lo he hecho, y tampoco se encuentra allí.

—Pues... ni idea. —Se encogió de hombros.

—Vamos, Campanilla, necesito decirle algo importante.

—No me llames así.

—Me gusta hacerlo. —Le sonrió—. ¿Dónde está Wendy?

—Me dijo que necesitaba pasear con Thor —acabó diciéndole la verdad.

—En ese caso, no sabría dónde encontrarla —se resignó.

—Ya te puedes levantar de mi cama y marcharte —le dijo con sequedad.

—¿Por qué no me cuentas cómo lo habéis pasado?

—¿Acaso te importa?

—De no hacerlo, no te lo habría preguntado, Emma. —Se mantuvo unos instantes en silencio

—. ¿Siempre vas a estar a la defensiva conmigo?

—A veces no me pones las cosas nada fáciles, Math.

—¿Te has enamorado de mí?

—Por supuesto que no... ¡Serás creído!

—Al menos, reconoce que te gusto un poquito.

—Estás prometido, imbécil... Deja de jugar conmigo de una maldita vez.

—Yo jamás te haría daño, Emma... Dime qué te pasa.

—Nada.

—No es verdad... Veo tristeza en tus ojos. Hoy te noto diferente.

—Eso es porque estaba dormida y porque no dejabas de incordiarme —emitió un profundo suspiro.

Sin previo aviso, Math se acercó aún más a ella y la envolvió entre sus brazos.

—Habla conmigo —le susurró.

—Déjame, por favor —le suplicó Emma.

—No hasta que me digas qué te tiene tan abatida.

—Lo haré si me sueltas.

—¿Lo prometes?

—Síiiii.

Math se apartó tan solo unos centímetros y la miró a los ojos.

—Adelante —la animó.

—Verás, yo... Solo tengo a Wendy.

—¿Y tu familia?

—No existe, Math. —Agachó la mirada—. Mi padre murió en un accidente de tráfico cuando apenas me quedaban unas semanas para nacer.

—Oh, Emma, no sabes cuánto lo siento. —Estrechó su mano y ella, por esa vez, no la apartó

—. ¿Y qué hay de tu madre?

—No pudo soportar la pérdida de su marido. Comenzó a beber y a mezclar el alcohol con pastillas antes incluso de mi nacimiento... Y, bueno, no supo quererme.

—Es imposible no quererte, Campanilla.

—Gracias, supongo... —Se atrevió a mirarlo a los ojos—. Me crie con mis abuelos paternos. Ellos me procuraron una buena educación; y gracias a mis dos ángeles, a los ahorros de toda una

vida, pude estudiar Turismo, viajar a Edimburgo y conocer a Wendy.

—¿Dónde están ahora?

—En el cielo, si es que existe... También supe, hace unos diez años, que mi madre había fallecido. Entraba y salía de centros de desintoxicación continuamente, hasta que un día la encontraron tirada en un callejón. Estaba muerta.

—Necesito abrazarte.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, yo también necesito que me abrases —le dijo.

Math la atrajo hacia él y ella entrelazó sus brazos alrededor de su espalda.

—¿Cómo puedes ser tan vital y estar tan loquita con todo lo que has vivido?

—Es mi manera de no caer, de decirle a la vida que no podrá conmigo, de plantarle cara al infortunio...

—Eres admirable, Emma; y hueles tan bien...

—No empieces. —No pudo evitar sonreír—. Y ahora deberías marcharte. No queremos que nadie te vea aquí.

—A mí no me importa. Eres la mejor amiga de mi hermana, y...

—Y ya, Math... Eso es todo.

Emma apretó fuerte los ojos antes de separarse de él, quien entendió que debía hacer lo mismo.

—Prométeme que no vas a cambiar nunca —le pidió antes de dejarla a solas.

—Jamás. —Sonrió a pesar de tener lágrimas en los ojos.

Solo Wendy conocía su historia y, a partir de ese momento, también Math. Era posible que se arrepintiera por haberle abierto las puertas de su corazón, pero ya estaba hecho. No había vuelta atrás.

Mientras permanecía con sus manos alrededor de su cuello, manteniéndose a flote junto a Evan, quien la sostenía por la cintura, pensó que nada en ellos había cambiado, que eran los mismos de antes, que el tiempo separados, un inoportuno mensaje y el temor a un padre orgulloso y cuadrículado no habían hecho mella en una relación que no siempre fue idílica, pero que los colmaba de felicidad y de deseo.

—¿Eres un *kelpie*?

—¿Qué? —La miró muy sorprendido—. ¿Crees que te voy a arrastrar al fondo del lago y me voy a alimentar de ti?

—Bueno, a veces lo has hecho... ¡Oh, Dios, Wendy! ¿De verdad acabas de decir eso? —se lamentó en voz alta.

—Lo has dicho... Y, sí, en ocasiones, aunque no las suficientes, me he alimentado de ti, de tu cuerpo, de tus labios, de...

—Para, y salgamos de aquí, por favor —le pidió.

—¿Te he puesto nerviosa?

—Para nada.

—Tu corazón no dice lo mismo.

—¿Qué sabrás tú de mi corazón?

—Más de lo que crees.

—Ah, ¿sí?... No, no, no. —Sacudió la cabeza—. No me enredes y salgamos del agua. Empiezo a tener frío.

Evan tan solo necesitó dar una brazada para alcanzar la orilla. Se agachó y le tendió ambas manos a Wendy quien, por argucias del destino, o del joven MacLeod, acabó vencida sobre su cuerpo.

—Yo no pretendía... —Trató de quitarse de encima de él—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Te impido que te apartes de mí.

—No puedo estar encima de ti, Evan.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y dónde estás ahora? —Le sonrió.

—Sé que me voy a arrepentir de decir esto, pero hubo un tiempo en el que esta fue mi posición favorita —admitió Wendy.

—También la mía. Adoraba cuando me mirabas con ese deseo —suspiró—, y cuando...

—No sigas —lo interrumpió.

—¿Vuelve a haber fuego dentro de ti?

—Fuego, dices... Estás fatal. —Trató de incorporarse, pero él la apretó aún más fuerte contra sí.

—Puedo sentir los latidos de tu corazón y sé que late por mí.

—Nooooooo... Qué va... Es solo que... ¡Evan MacLeod! ¿Eso que estoy notando es tu...? —No quiso terminar su pregunta.

—Siento que me sigas excitando tanto...

—Oh, Dios, Dios, Dios... ¿Pero nos hemos vuelto locos? ¿Qué estamos haciendo?

—¿Dejarnos llevar?

—Definitivamente, te has vuelto loco.

Wendy logró apartarse de él y se dejó caer sobre la hierba. Su respiración continuaba muy agitada.

—¿En serio me has comparado con un *kelpie*? —Quiso que se relajara.

—Ya sabes que esos caballos habitaban en las proximidades de los mares y de los lagos, y que hechizaban con su mirada a los humanos...

—¿Y yo te sigo hechizando con mi mirada?

—¿Pero lo has hecho alguna vez?

—Bien sabes que sí... Como también sabes que, a veces, los *kelpies* adquirirían la apariencia de

un apuesto hombre.

—No sería tu caso.

—¡Ah!, ¿no?

—Para nada.

—Ya... ¿Sabes? Me gusta más la leyenda de la Dama del lago Awe.

—No te creo. —Soltó una risilla.

—No sé por qué te ríes. —Evan se giró, apoyó la cabeza sobre una de sus manos y la observó.

—Es que no sé si realmente te gusta la leyenda de la Dama, esa en la que espera a que su marido regrese de las Cruzadas y este lo hace justo a tiempo, antes de que ella se vuelva a casar con otro; o lo que a ti te mola es que Colin el Negro, el marido en cuestión, fuera el heredero de sir Nigel Campbell, cabecilla independentista que luchó al lado de William Wallace y de Robert de Bruce.

—Ay, mi pequeña Wendy, qué bien me conoces.

Que Evan antepusiera ese apelativo a su nombre, y que lo hiciera con tanto cariño, volvió a removerla por dentro.

—Me tengo que ir.

—¿Por qué?

—¿En serio me lo preguntas? Nos despedimos para siempre el otro día.

—Porque tú quisiste.

—Te hice daño, Evan.

—Eso es el pasado.

—¿Y qué me dices del presente? —Se puso de pie—. Por el amor de Dios, Evan... ¿Qué pasa con Brooke?

—Ella...

—Ella se merece todo mi respeto y, sobre todo, el tuyo.

—Pero...

—No, no, no. —Comenzó a caminar hacia Thor—. Me prometí a mí misma pasar página, y eso es lo que voy a hacer. Esto no puede volver a repetirse.

—No me escuchas, Wendy.

—¿No crees que ya nos lo hemos dicho todo? —Se subió a lomos de su clydesdale—. Adiós, Evan. —Espoleó a su caballo.

—Aileen y Bruce encontraron el camino, tú misma me lo contaste —susurró mientras la veía alejarse.

Wendy no se detuvo hasta hallarse en las tierras de la mansión. Se desvió por un camino de tierra que la llevó hasta las cabellerizas.

—Hasta pronto, Thor —le dijo mientras lo acariciaba.

A pesar de continuar empapada, decidió entrar por la puerta principal.

—Wendy, al salón —escuchó decir a Math.

Después de lo vivido, poco podía importarle que su padre la reprendiera por llegar mojada a casa. En su cabeza tan solo había lugar para Evan, para sus palabras, y para todo lo que había vuelto a sentir entre sus brazos.

Al elevar la mirada, se encontró con el rostro estirado de la prometida de su hermano.

—Vaya, parece que tenemos visita... —dijo con desgana antes de centrarse en los rostros que tenía delante—. Charlize y... ¿Roland?

Capítulo 13

—Si me disculpáis...

Wendy, aún con la ropa ceñida al cuerpo tras su incidente en el lago, les dio la espalda y se dispuso a salir de allí.

—¿Esta es la clase de educación que te hemos procurado tu madre y yo? —Escuchó decir a Dougald.

El señor Sinclair se encontraba de pie, al lado de Roland. Ambos sostenían sendas copas de whisky. Charlize se aferraba al brazo de Math cual lapa invasora, mientras que Gladis, Meribeth y Emma permanecían sentadas en uno de los sofás.

Wendy desoyó por completo las palabras de su progenitor.

—Por cierto, recuerdos de Lean Murray, mamá.

Salió del salón sin volver la vista atrás y no se detuvo hasta saberse en su habitación.

—Esto es intolerable —dijo Dougald—, y encima saca a relucir el nombre de...

—Solo fuimos amigos, y de eso hace mucho tiempo.

—Lo ha hecho para molestarme aún más.

—¿Te has parado a pensar qué le ha pasado o por qué está así? —lo rebatió su esposa.

—Imagino que se trata de otro de sus despropósitos.

—No sea tan duro con ella, lord Sinclair. —Se mostró conciliador Roland, y a Emma se le revolviéron las tripas.

—Voy con ella —le susurró a Gladis en el oído.

—Emma Duarte, quieta ahí.

—Disculpeme, señor, pero por muy invitada suya que sea, aunque teóricamente eso no sea del todo cierto porque es por Wendy por quien estoy aquí, no es mi padre... ¡A Dios gracias! Uuuuuups... Esto último se me ha escapado.

Math no pudo evitar sonreír. Tampoco ocultaron su satisfacción las dos mujeres que hasta

hacía unos segundos compartían sofá con ella.

—Será pueblerina y maleducada —declaró Charlize.

—Te he oído, reina de Saba... Y, ¿sabes? Prefiero ser eso que has dicho a ser una ridícula como tú.

—¿Es que no vas a decir nada, querido? —Estaba a punto de bufar.

—Lo único que se me ocurre decirle a Emma es que ya está tardando en ir a ver a su amiga —manifestó Math para descontento de su prometida y de su padre.

—Es odiosa —continuó mostrando su animadversión la joven londinense.

—Pues yo le veo cierto encanto. —Los sorprendió Roland.

Ese último comentario no pareció gustarle a nadie.

—Dile que la esperamos a la hora de la cena, y que no tiene excusa alguna para no bajar. —Dougald le dio su recado antes de poder salir de un salón en el que el ambiente estaba muy cargado.

Wendy se quitó el vestido y se metió en la ducha. Necesitaba entrar en calor, aunque le habría gustado mantener el olor de Evan y el rastro que su piel había dejado sobre la suya.

No tenía prisa. Dejó que el agua corriera por su rostro y, de este, resbalara por su cuerpo hasta desaparecer.

Aún podía sentir la excitación de Evan al estar tan próximos, sin nada ni nadie que se interpusiera entre ellos. Aquella erección la había llevado a humedecerse. Había vuelto a ver ese mismo deseo que nunca había podido reprimir, no cuando se trataba de ella. Se mordió los labios y respiró muy profundo. Entonces, cuando su mano comenzaba a descender hacia su sexo, la imagen de Roland se coló en su mente.

—¡Maldita sea! ¡Maldito seas! ¡Malditos seáis! —gritó antes de derrumbarse y caer de rodillas.

—Oh, Wendy...

Emma cerró el grifo, se agachó a su lado y la rodeó con sus brazos.

—¿Qué hace él aquí? —Se hizo entender entre lágrimas.

—Será obra de tu padre, obviamente. —Se la notaba muy molesta—. Angus fue al aeropuerto a recoger a la estirada de Charlize y vino con los dos.

—¿Math lo sabía?

—A juzgar por su cara de sorpresa, no debía estar al tanto; tampoco tu madre y tu abuela. Ya te digo que esto es obra de Dougald Sinclair.

—Quiere castigarme por hacer lo que me da la gana.

—Pues lo vas a seguir haciendo, aunque esta noche tengamos una cena familiar y sea inexcusable —le hizo saber.

—Te lo ha dicho él, ¿verdad?

—Alto y claro... Pero ahora nos vamos a levantar, te voy a dar una toalla, te vas a colocar un albornoz y nos vamos a sentar en la cama, ¿vale?

—Vale.

Wendy dejó que Emma la secara y le cepillara su larga melena dorada.

—Alguien ha vuelto a cambiar las primulas por unas nuevas —musitó.

—¿Aún no le has preguntado a Gladis quién las coloca?

—No he querido romper la magia —dijo a pesar de sentirse una necia.

—Ay, mi pequeña mosquetera... ¿Me vas a contar cómo has llegado de esta guisa?

—Me he caído al lago.

—¡Venga ya!

—Que sí. —Torció una sonrisa—. La culpa ha sido de él.

—¿Y él es...?

—Evan.

—Anda, pero qué calladito te lo tenías... ¿Habéis estado juntos?

—Sí... Bueno, no... He querido besarlo, he necesitado hacerlo...

—Peeeeero...

—No lo he hecho.

—Me lo temía. —La miró con detenimiento—. ¿Él deseaba besarte a ti?

—No lo sé.

—Vamos, Wendy, no seas mojigata... Eso se sabe.

—Verás, es que... pude sentir su... sobre mí... y...

—Joder, mosquetera, estás empezando a perder habilidades. Como a los turistas que visitan el castillo les expliques todo así, te veo en Londres, ¿eh?

—No digas eso ni en broma.

—A ver, lo que me has querido decir es que Evan, por algún motivo, imagino que habéis estado muy cerca el uno del otro —comenzó a elucubrar—, se ha empalmado.

—Mira que eres bruta. —Se sintió avergonzada.

—Hay que llamar a las cosas por su nombre, ¿no? —Wendy prefirió guardar silencio—. Lo sigues excitando, y él a ti, es taataan evidente.

—No, no lo es.

—¿A mí me vas a engañar? ¿A mí? —repitió.

Wendy se llevó ambas manos a la cara y comenzó a sacudir la cabeza.

—No está bien, Emma... No está nada bien... Te juro que habría hecho el amor con él allí mismo, sobre esa hierba, con nuestros cuerpos mojados... ¡Oh, Dios! Soy una persona horrible.

—Estar enamorada no es nada malo.

—Sí cuando yo misma me he encargado de fastidiar lo más bonito que me había pasado en la vida...

—¿Más que conocerme a mí?

—Tú ya me entiendes... La cagué, él se refugió en otros brazos y yo tomé la determinación de olvidarlo.

—Ya veo que vas por el buen camino.

—No seas mala. —Le puso morritos—. Y, para colmo de males, llego a casa y me encuentro con Roland... ¿Se puede ser más desgraciada?

—Se puede, créeme... Por cierto, ese tío es toda una decepción.

—¿Por qué lo dices?

—¿Pero tú lo has visto? —Emma le respondió formulándole otra pregunta.

—Desgraciadamente.

—¿No te recuerda a un pajarito?

—¿Tú crees?

—A uno con mucho pedigrí —continuó bromeando.

—Pues... ahora que lo dices... Pero, vamos, que ni siendo el mismísimo rey de Inglaterra lo querría cerca de mí.

—Ni yo... ¡Si se parece a un agaporni! —exageró—. Aunque te puedo asegurar que una vez tuve uno y era bastante más bonito que este ricachón —dijo Emma, y Wendy no pudo evitar romper a reír.

—Somos muy malas —se lamentó—. ¿No se suponía que no juzgábamos a los demás por su aspecto?

—Y no lo hacemos, nos hemos limitado a sacar un parecido razonable... Nos cae mal simplemente por ser quien es, no por su físico.

—Más bien, por aquello en lo que mi padre quiere convertirlo —aclaró Wendy.

—En tu marido.

—Aaaaargh... Suena terrible.

—Y eso es algo que jamás va a suceder —dijo Emma con contundencia.

—Jamás, mi mosquetera.

—Es el momento, ¿verdad?

—Más que nunca, diría. —Wendy sonrió al tiempo que alargaba una de sus manos—. ¿A la de tres?

—¡A la de tres! —La secundó—. ¡Una, dos y... tres!

—¡Una para la otra, y la otra para la una! —gritaron al unísono.

—Parece que Emma lo ha logrado —dijo Math.

—¿Hay algo que esa jovencita no consiga? —interpeló Gladis.

Abuela y nieto, preocupados por el estado de ánimo de Wendy y tanto, o incluso más, por la

presencia de Roland en la mansión, se habían acercado, con sigilo, hasta la puerta de aquella recámara y habían logrado escuchar, al menos, aquel grito de unión, aquella arenga que tan solo les pertenecía a ellas dos.

—No lo creo, abuela —le respondió.

—Tu hermana nos va a necesitar estos días. —Adoptó un semblante más serio.

—Lo sé, y no voy a consentir que nada ni nadie la importune. ¿Sabes, abuela? —le dijo mientras se iban alejando de aquel pasillo. No deseaban ser descubiertos—. Nunca he entendido por qué no le habló de Evan a papá.

—Creo que sentía miedo.

—Miedo, ¿a qué? —No lograba entenderlo.

—A que tu padre tomara represalias contra él, contra Ray y contra su negocio.

—Él no haría algo así.

—Wendy no piensa lo mismo.

—Mi hermana es una gran idiota, ¿acaso desconoce la estima que nuestro padre les tiene a esos dos?

—Yo tampoco manejo esa información. —Gladis parecía sorprendida.

—Todo el whisky que entra en esta casa, y en las propiedades de Londres, procede de sus destilerías. Incluso nuestro tío, el conde de Caithness, no toma otro que no sea el de ese tándem del que me siento tan orgulloso.

—Ya veo... Quizá si ella lo hubiese sabido le habría plantado cara a tu padre y le habría hablado de su amor por ese chico tan encantador —manifestó antes de añadir—: Pero, de un tiempo a esta parte, a tu padre se le ha metido entre ceja y ceja que debe prometerse con Roland.

—Eso es cierto —suspiró—. ¿Crees que mi hermana lo va permitir?

—Jamás, y yo estaré de su parte.

—Pues ya somos dos, abuela.

Wendy sabía que no podía dilatar más el momento. Imaginaba aquella mesa del gran salón adornada con los mejores centros florales, con la cubertería más refinada, y a dos de los comensales más indeseados sentados a su alrededor.

Tampoco se esmeró demasiado en arreglarse. Se había propuesto molestar a su padre, y haría todo cuanto estuviera en sus manos por llevarlo a término. Se dejó el cabello suelto y estimó que con un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta en el que se podía leer «¡Que te den!» estaba espléndida.

Se miró en el espejo antes de abordar aquel pasillo que la acercaría a una especie de patíbulo y se sonrió.

—Mosquetera, loca y heroína —se repitió varias veces.

Y cuando accedió al salón más rimbombante de la mansión no la acobardó que todas las miradas se posaran sobre ella.

—Dios, ¡cómo te quiero! —Se le escapó a Emma.

Math apenas pudo contener la risa al leer aquella frase. Gladis y Meribeth sacudieron la cabeza, pero no había severidad en sus miradas. Charlize la observaba con vergüenza, ajena, por supuesto. Roland paseaba sus ojos castaños por las curvas de su cuerpo. En cuanto a Dougald, apretó los labios antes de respirar muy profundo.

—Buenas noches, familia y... Roland. —Jamás lo consideraría parte de ellos—. Bienvenida, Charlize.

La prometida de su hermano se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Ay, querida, qué ganas tenía de verte para enseñarte esto.

En el dedo índice de su mano izquierda lucía un diamante que debía haber costado una fortuna.

—Muy bonito —le dijo sin hacerle el más mínimo aprecio.

Entonces, llegó el turno de Roland. El multimillonario londinense se plantó delante de ella y la abrazó.

Wendy quiso que la tierra se abriera y lo engullera. Lástima que su deseo no se cumpliera.

—Cuánto deseaba volver a verte, Wendoline —le dijo.

—¿No me digas? —Cuadró una sonrisa al tiempo que se deshacía de sus brazos.

—Será mejor que vayamos ocupando nuestros asientos o la sopa se enfriará. —Salió Math en su auxilio.

También lo haría Emma, que estuvo avispada y se sentó al lado de su amiga antes de que aquel inesperado y nada agradable invitado se le adelantara. Roland quedó relegado a una esquina, lo más lejos posible de ella.

Que se hablara de negocios fue un bálsamo para Wendy. Su mente, mientras tanto, se había quedado en aquel lago, junto a Evan. Había vuelto a verse reflejada en su mirada y ese era un momento que nadie podría robarle.

Una vez terminada la cena, pasaron a una sala más pequeña. Carys, la asistente de confianza de Gladis, la acompañó a su recámara.

—Hija...

—¿Sí, papá? —Wendy le dio un trago a su copa de vino.

—No me lo estás poniendo nada fácil.

—Estoy aquí, ¿no? Con mi mejor cara, sonriendo sin parar, haciendo el paripé, porque eso es lo que quieres de mí, ¿verdad?

—Quiero que entres en razón, Wendy.

—No me marcharé de Mey.

—Roland está dispuesto a fijar su residencia aquí y a viajar a Londres cuando sea imprescindible —le hizo saber.

—¿Para eso lo has hecho venir?, ¿para convencerme de que lo acepte? —No hizo falta que su padre le respondiera—. No es una opción.

—Lo será.

—No me vas a obligar a estar con él en contra de mi voluntad. No soy una niña a la que manipular.

—Pasaré unos días con nosotros... Conócelo, al menos. —Relajó su tono de voz y su semblante.

—Jamás podré estar con él. ¿Quieres saber por qué? —Dougald asintió—. Porque estoy enamorada de otra persona, papá, pero tú nunca has preguntado, ni te han importado mis sentimientos.

Wendy le dio la espalda y, una vez más, desapareció de escena.

—Tu hija me acaba de decir que está enamorada, y no es de Roland. ¿Tú sabes de quién se trata?

—Lo desconozco, querido —Meribeth le mintió deliberadamente.

Capítulo 14

Aquella noche, Emma se coló en su habitación y durmieron abrazadas. No necesitaron hablar. Les bastaba con tenerse la una a la otra. Ninguna de las dos pasaba por su mejor momento. La llegada de Charlize y de Roland las había trastocado a ambas.

Esa mujer era tan superficial que costaba entender que Math realmente la amara. En cuanto al doble del agaporni de Emma, era insufrible ver cómo trataba de congraciarse con todo el mundo contando chistes de mal gusto, o algo por el estilo, que solo parecían hacerle gracia a la prometida del primogénito de Dougald Sinclair.

—Buenos días, mosquetera.

—Buenos días, mosquetera —la saludó Wendy—. No podías dejarme sola, ¿verdad?

—Nunca.

—Te vas a tener que quedar a vivir en Mey, en esta casa, conmigo... O nos alquilamos algo para las dos —le sugirió.

—Pero mi trabajo está en Madrid.

—Pero tu familia está aquí... Además, te puedo «enchufar» en el castillo.

—¿Podrías hacer eso? —La miró con escepticismo.

—¿Olvidas quién soy? Mi nombre es Wendy Sinclair, mi tío es el actual conde de Caithness, y...

—El castillo le pertenece a la Casa Real Británica —le recordó Emma.

—Eso es verdad, peeeeeero... no sería un escollo, créeme. ¿Lo pensarás, al menos?

—Lo pensaré —afirmó—. Y ahora será mejor que nos pongamos en marcha.

—¿Por...?

—Nos espera un apasionante viaje a la isla de Skye. Pasaremos al menos dos días en ella y, no sé tú, pero yo estoy emocionadísima.

Wendy la observaba absorta.

—¿Y eso cuándo se ha decidido?

—Anoche, después de que te marcharas... La idea fue de Math.

—No lo entiendo, ¿mi hermano quiere que viaje con Roland?

—Bueno, esa es la parte que no acabo de comprender del todo; pero a tu padre le pareció una idea maravillosa.

—¡Cómo no! —farfulló—. Anoche le dije que estaba enamorada de otra persona.

—Lo sé, porque él se pasó el resto de la velada queriéndonos sonsacar el nombre del afortunado a tu madre, a tu hermano y a mí; y todo sin que Charlize ni Roland se enterasen. Aunque me da a mí que esos dos, o no son nada espabilados, o se hacen muy bien los tontos.

—¿Lo descubrió? —Se asustó.

—Claro que no. Todos nosotros cerramos filas en torno a ti.

—No sé cómo agradeceros esto.

—Tengo la mejor de las ideas, amiga.

—Soy toda oídos.

—Vamos a disfrutar de este viaje como si fuésemos dos enanas que recién comienzan a descubrir el mundo —le dijo Emma.

—¿A pesar de Roland?

—De él, ya me encargo yo... No dejaré que se te acerque y, por favor, algún día ponte otra de esas camisetas que tanto me chiflan. —Se quedó pensativa un instante—. Por cierto, ¿el mensajito era para tu padre o para él?

—Para los dos —admitió, y ambas sonrieron.

—Espero que recapacite —manifestó Dougald cuando los vio partir.

—¿Lo hacías tú cuando tenías su edad? ¿Lo haces ahora? Tu hija se parece más a ti de lo que crees —le dijo su esposa.

—No va a aceptar a ese joven —declaró Gladis—. A mí nadie me dijo con quién debía desposarme, ni Chad ni yo le impusimos a nuestra hija con quién formar una familia; no es justo que tú presiones a Wendy.

—Anoche me dijo que está enamorada de otro, pero eso es algo que tú ya sabías, ¿verdad? Todos sabéis de quién se trata, menos yo —se lamentó.

—No nos corresponde a nosotros hablarte de ello, Dougald... Tal vez si intentaras volverte a ganar su confianza...

—Es cabezota. —Sonrió—. Y sigo pensando que Roland es su mejor y única alternativa.

—Eres imposible. —Meribeth sacudió la cabeza—. Wendy no se va a casar con Roland, empieza a asumirlo; y, cuando regrese, no quiero que la sigas atosigando con el dichoso temita, o al final vamos a tener un problema serio tú y yo.

No le dio opción a réplica. La señora Sinclair se fue alejando de ellos hasta perderse en los jardines.

—¿Crees que sería capaz de pedirme el divorcio?

—Vaya si lo creo, querido... Lleva la sangre de los MacCarthy.

Gladis y Meribeth le habían pedido que no viera a Roland como a un enemigo, sino como a uno más. La animadversión que Wendy había empezado a sentir hacia él no estaba provocada sino por las presiones de su padre. En realidad, apenas lo conocía. Aunque sí lo suficiente como para saber que jamás se ganaría un hueco en su corazón.

Se desplazaron hasta el aeropuerto John O’Groats, en Wick, en el coche de Math. Su copiloto, como no podía ser de otro modo, fue Charlize. En los asientos traseros, Emma se las ingenió para situarse entre Wendy y Roland. Desde allí, volarían en jet privado hasta Edimburgo, donde contratarían un vehículo con el que se trasladarían hasta la isla de Skye, en las Hébridas Interiores.

—¿Estamos todos? —preguntó Roland una vez que se hallaban en la pista de despegue.

—¿Tú ves a alguien más? —le replicó Emma.

—En realidad, sí que faltan personas —les anunció Math—. Y... vienen por ahí.

Wendy se dio media vuelta y no pudo evitar sonreír el ver a Evan. En su estómago, como cuando era una adolescente, se elevaron miles de mariposas, que comenzaron a estrellarse unas contra otras en cuanto vio a Brooke. Ray también los acompañaba.

—¿Y esos son...? —inquirió Charlize.

—Mis dos mejores amigos y...

—La novia de uno de ellos —Wendy completó la frase de su hermano.

Le dolió pronunciar esas palabras, pero era la realidad y la había aceptado, a pesar de aquel pequeño desliz del lago. Rechazó pensar en ello o su cuerpo volvería a ir por libre.

En cuanto los tuvieron delante, el caballero londinense dio un paso al frente.

—Roland MacDonald —se presentó.

—¿No era Ronald? —preguntó Brooke, y Emma no pudo reprimir una carcajada.

—Ha debido tratarse de un error, señorita...

—Brooke.

—Encantado de conocerla.

—¿Está flirteando con ella? —murmuró Emma.

—Eso parece. —Rechinó los dientes Charlize.

—Cualquiera diría que te molesta.

—¿A mí? No seas ridícula... ¿Hace falta que os vuelva a enseñar mi anillo?

—Te lo puedes meter...

—Ya, Emma... No caigas en sus provocaciones —le pidió Wendy.

—Yo soy Ray MacAllister.

—Evan MacLeod. —Hizo un sutil gesto con la cabeza.

—Yo a ti te conozco, ¿verdad? —dijo Charlize.

—Debes confundirme con otro. —Salió al paso.

—De eso nada... Eres el novio de mi cuñada.

—¿Qué? ¿Has dicho novio? —Exageró su intervención Roland.

—Vamos a calmarnos, ¿sí? —Intentó poner algo de orden Math—. Evan es un amigo, nada más. Y él y Wendy nunca han sido novios. No sé de dónde has sacado eso.

—No quieras dejarme como a una loca, porque tú mismo me has hablado de él y de... algo de un mensaje que no recuerdo bien.

—No hablaba de mi hermana, sino de... de Emma; y no era este Evan, sino otro... ¿O es que él es el único Evan de toda Escocia?

—Es cierto, se trataba de mí, y no has debido recordarme el tema, bruja —aprovechó para decirle lo que pensaba—. Aún lloro por las esquinas, aún pienso en mi Evan y me dan los siete mil males cada vez que recuerdo que ha rehecho su vida... Yo... todavía anhelo besar sus labios y...

—Déjalo ya, Emma —farfulló Wendy—. Madre mía, aún no hemos salido y ya estamos montando un espectáculo.

—Tan solo tratamos de protegerte —le dijo entre dientes.

—Ya lo sé, y os lo agradezco; pero, como siempre, te has excedido.

—¿Queréis dejar de cuchichear? ¡Nos vamos! —Las apremió Math.

—Gracias, hermanito. —Le sonrió con tristeza al pasar junto a él—. No ha sido buena idea hacerlos venir.

—¿Estás segura?

—Yo ya no sé nada más allá de...

—De que aún lo quieres, y de que Roland es un pedante.

—Casi tanto como Charlize... En cuanto a lo primero, prefiero guardar silencio.

—Que así sea.

Emma estaba cumpliendo con creces la promesa que le había hecho a Wendy aquella misma mañana, mientras aún estaban recostadas sobre la cama: no dejaría que Roland se acercara a ella.

En apenas cincuenta minutos, pisaron el suelo del aeropuerto de Edimburgo, ciudad de la que las dos mosqueteras, prácticamente, acababan de regresar. Allí, alquilaron una furgoneta con cabida para ocho personas y pusieron rumbo hacia la isla de Skye.

Con casi cinco horas de trayecto por delante, en el que Math y Evan se irían alternando al volante, Roland se dedicó a hablar de lo bien que le iban los negocios, de sus coches de lujo, de la mansión que se había comprado en Londres y que pretendía llenar de hijos —Wendy entendió que su padre le había mentado cuando le aseguró que estaba dispuesto a vivir en Mey— rubios y

de ojos verdes como su madre. Evitó pronunciar su nombre, y ella no se dio por aludida. Charlize tan solo hablaba de bolsos de Bulgari, de perfumes de Chanel, de zapatos de Louis Vuitton, de joyas, con una sobresaliendo por encima de todas las demás: volvió a restregarles el pedrusco de compromiso. A Brooke, al igual que a Wendy y a Emma, le interesaba más irse empapando de las tierras que la rodeaban.

—¿No crees que son tal para cual? —musitó Emma.

—¿Roland y Charlize? —susurró Wendy.

—¡Vaya! Veo que también te has dado cuenta.

—Está resultando bastante obvio. —Se les unió Brooke.

Las tres ocupaban los asientos traseros de la Volkswagen.

—¿Qué se rumorea por ahí detrás? —Elevó el tono de voz Ray.

De fondo, en la radio, sonaba *It's a Beautiful Day*, de Michael Bublé.

—Hablamos de las vistas tan increíbles que tenemos —le respondió Brooke, y él le sonrió.

Wendy pensó que había sido un gesto muy cómplice. Estaba claro que esa chica sabía ganarse el cariño de la gente. Ni siquiera ella podía decir que le caía mal, porque no era así.

—Evan, sube el volumen —le pidió Emma—. ¡Me encanta esta canción!

Él le hizo caso y, desde el espejo retrovisor, intercambió una mirada encubierta con Wendy. Esos primeros acordes tampoco les eran ajenos a ninguno de los dos.

—Vamos, chicas, cantad conmigo —las animó la joven española.

Se trataba de *Just Give Me a Reason*, interpretada por Pink y Nate Ruess.

Brooke no tardó en unírsele. A su mejor amiga le costó algo más. Lo hizo justo en el estribillo, cuando ambos intérpretes buscaban esa razón, cuando solo un segundo era suficiente, cuando aseguraban no estar rotos sino desviados, cuando se pedían aprender a amarse de nuevo porque estaba escrito en las estrellas.

Y, de nuevo, esa mirada gris, intensa como ninguna otra, la observaba desde el espejo retrovisor.

—No sé a qué coño estáis jugando Wendy y tú, pero solucionadlo —le dijo Math a Evan en un tono apenas audible.

—Yo tampoco sé qué coño haces tú con Charlize pudiendo tener a Emma. —Fue su réplica.

—¿Os podéis callar? —gritó la flamante prometida—. Me estáis provocando dolor de cabeza.

—Son un tanto estridentes. —Estuvo de acuerdo Roland.

—Pues a mí me parecen encantadoras —intervino Ray—. De hecho, me voy a unir a ellas.

Evan y Math sonrieron.

En esa ocasión, las dos mosqueteras no eran las notas discordantes, sino aquellos dos ingleses que parecían sacados de una urna de cristal: tan estirados, tan mustios, tan pejugueras.

Capítulo 15

—Me gustaría...

—Que hagamos un alto en el castillo de Eilean Donan —la interrumpió Evan.

—¿Cómo has sabido lo que iba a decir mi cuñada? —lo interrogó Charlize.

Cada vez que la llamaba así, Wendy sentía un escalofrío.

—Pura intuición, supongo —le respondió, restándole importancia.

—Ya... —masculló.

—Yo estaba pensando lo mismo —dijo Roland—. ¿No es casualidad, tesoro?

—¿Acaba de llamarte...?

—No lo repitas, Emma —farfulló.

—¿Y desde cuándo te interesan a ti los castillos?

—De toda la vida, Charlize.

—Pues nunca lo has mencionado. —A juzgar por la expresión de su rostro, no creía una sola palabra.

—Oye, y... ¿vosotros dos desde cuándo os conocéis? —Quiso saber Emma.

—Y a ti qué te importa —le respondió la joven londinense con muy malos modales.

—Dijo doña Educada —ironizó—. Veréis, es que me da la sensación de que os lleváis muy bien.

—Yo también veo una gran complicidad entre vosotros. —La secundó Brooke.

—¿Y tú eras...? —Interpeló con desprecio.

—La novia de Evan, ya te lo hemos dicho —intervino Wendy.

—He de decir que...

—Tú no te metas, Ray —lo interrumpió—. Y, para que conste y quede muy claro de una maldita vez, no eres mi novio, Roland.

—Aún no, tesoro; pero sé que te gusto y tú me gustas, vaya si me gustas... Este viaje será nuestro nuevo comienzo.

—Joooooder... —Estaba a punto de comenzar a hiperventilar.

—Esa lengua, futura señora McDonald...

—Que alguien haga callar a este tío o me tiro del coche —manifestó Emma.
—No estaría mal —masculló Charlize.
—Bruja.
—Envidiosa.
—¿Envidiosa, yo? ¿De ti? No me hagas reír. —Se revolvió en su asiento.
—Cálmate, Emma; y no caigas en su provocación.
—Ya está bien, no estamos aquí para pelear —intervino Math—. Y una cosa, Charlize: «Pasa por alto las pequeñas faltas de los demás, porque tú mismo las tienes más grandes».
—¿Y eso qué quiere decir? ¿Te pones de su parte?
—Es un proverbio escocés, y todos debemos aplicárnoslo. —Decidió suavizar la situación. Claramente, había salido en defensa de Emma, y ella pudo sentirlo.
—«Los pájaros del mismo plumaje se juntan en bandada»... Es un dicho inglés —dijo Roland.
—Que no viene a cuento —señaló Charlize.
—¿Escoceses con escoceses e ingleses con ingleses? ¿Es eso lo que has querido decir? —le preguntó Ray.
—Bueno, en realidad, no ha sido mi mejor intervención —admitió.
—Es aún más tonto de lo que parece —farfulló Emma.
—¿Y qué hay de las españolas? ¿Mejor con ingleses o con escoceses? ¿Eh, Math? —le dijo Evan.
—Con escoceses, sin duda —contestó sin tapujos, manifestó lo que pensaba.
Emma disimuló una sonrisa que no le pasó desapercibida a Wendy. Las dos mosqueteras se conocían demasiado bien, aunque una de ella no estuviera siendo del todo sincera con la otra.
Charlize le daba vueltas a aquella última frase, pero optó por no añadir nada más. Los ánimos ya estaban bastante caldeados. En realidad, todos estaban deseando llegar a destino y poder, así, poner algo de distancia de por medio.

—Hola, mamá —le dijo Meribeth a Gladis.
—Siéntate conmigo, hija. —Le hizo un gesto para que se acomodara en aquel sofá de la biblioteca.
—¿Qué lees?
—El libro favorito de tu padre: *Ivanhoe*, de...
—Walter Scott —continuó la señora Sinclair.
—Su historia, salvando las distancias —aclaró—, me recuerda a nuestra pequeña Wendy... Ella también está inmersa en su particular cruzada, con su padre en contra y debiendo luchar por recuperar a Evan, aunque aún no se haya dado cuenta de esto último.
—«¡Arrancaré esta locura de mi corazón, aunque cada fibra sangre al arrancarla!»... Tienes

razón, mamá... Creo que nunca ha amado a nadie, no como a él; pero se equivocó.

—Ya conoces los motivos.

—Dougald Sinclair —suspiró—. Espero que Wendy sepa lo que hace y, sobre todo, espero que se deje llevar por el corazón, como siempre ha hecho.

—Encontrará el camino de vuelta a él y, entonces, ya no le dará miedo enfrentarse a nada ni a nadie.

—Y contará con nuestro apoyo.

—Como siempre, hija, como siempre —recalcó la señora MacCarthy.

—Y, en unos minutos, comenzaremos a vislumbrar la torre del castillo de Eilean Donan —les anunció Evan, y la respiración de Wendy se aceleró.

Por increíble que pareciera, nunca había visitado la zona de Kyle, lugar elegido para pernoctar. En sus años en Edimburgo, se dedicó a estudiar, a visitar los museos de la capital, las bibliotecas y algún que otro bar, como aquel en el que conoció al chico que le había robado el corazón y que aún no se lo había devuelto... Con Emma, también disfrutó de alguna que otra fiesta.

Una sinuosa y estrecha carretera los acercaba cada vez más a aquella fortaleza, erigida sobre un islote que estaba unido a tierra firme por medio de un puente de piedra.

—¿Nerviosa? —le preguntó Emma.

—Emocionadísima —le respondió.

Estacionaron en un aparcamiento público, y lo primero que hicieron fue estirar las piernas, aunque la mirada de Wendy se había quedado imantada al bello espectáculo que se había dibujado ante ella. Se trataba de una imagen impregnada de romanticismo que invitaba a dejar volar la imaginación.

—No sé qué tenéis pensado hacer vosotros, pero yo me quiero acercar —les dijo.

—Yo siempre estoy al servicio de mi mosquetera. —Le sonrió Emma.

—Nunca voy a entender a estas dos —musitó Charlize.

—Yo os acompaño. —Se les unió Evan.

Ni Math, ni Ray ni Brooke estaban dispuestos a quedarse atrás.

—En ese caso... iremos todos —manifestó Roland.

A Wendy solo le hizo falta mirar a Emma para quedarse tranquila. Su hermana del alma no iba a permitir que ese pelmazo inglés le amargara la tarde.

Conforme se iban acercando al puente, se hacía más visible el enclave tan privilegiado que ocupaba el castillo: adentrado en el mar, como queriéndolo besar, y completamente rodeado de agua gracias a la marea alta.

—Tesoro... —Trató de captar la atención de Wendy.

—Ey, Roland, ¿te importa si me explicas un poquito mejor a qué te dedicas? Es que no me ha

quedado del todo claro —le dijo Emma.

—Pero...

—Ya tendrás tiempo de hablar con ella.

—¿Te lo ha dicho? ¿Te ha hablado de mí?

—Madre mía... —resopló—. En realidad, es Dougald quien no para de hablar de ti.

Emma le dio tiempo a Wendy para alejarse. Math, atento a la jugada, y caminando al lado de su prometida, sonrió. Admiraba la unión que tenían las dos mosqueteras, como él había empezado a llamarlas también.

—Es mágico, ¿verdad?

—Evan... —Se giró para mirarlo. De reojo, vio que Ray y Brooke, al igual que el resto, se habían quedado algo más rezagados—. Sabes muy bien cuánto me fascinan los castillos.

—Lo sé... Debo decirte que este no tiene nada que ver con el tuyo.

—El castillo de Mey no es mío. —Sonrió.

—Bueno, como si lo fuera... En este tan solo se puede pasear entre los muros, puedes asomarte a las murallas y visitar algunas salas y habitaciones, pero están decoradas con un estilo modernista —le explicó.

—En ese caso, me quedaré con estas vistas que, como bien has dicho, son mágicas.

En silencio, se fueron acercando al castillo por medio de aquel puente de piedra.

—¿Quieres pasear alrededor de él?

—Me encantaría —le respondió—, pero deberías hacerlo con...

—Shhhhhh... Ahora, estoy contigo.

Wendy lo miró con contrariedad. Aquella ira inicial, la que pudo ver en sus ojos la noche en la que se reencontraron tras su cobarde huida, había desaparecido. No la odiaba, podía sentirlo, y eso, en cierto modo, la consolaba. No estaba con él, no volvería a estarlo, pero podían tener una relación cordial, o eso esperaba. Aunque aún no había olvidado, ni olvidaría, su acercamiento en el lago.

—No me odias, ¿verdad?

—Jamás podría hacerlo, aunque sí hubo un tiempo en el que me caíste muy muy mal —reconoció.

—No puedo culparte.

—¿Sabes? En mi cabeza se repetía una y otra vez una misma frase.

—No sé si quiero saberla, pero... ¿me lo dices?

—Tú lo has querido... —Se detuvo antes de añadir—: «¡Que te den, Wendoline Sinclair!».

—¿En serio?

—Y tanto, y... ya veo que te hace gracia.

—Disculpa, no quería reírme.

—Nunca te justifiques por una sonrisa. —La miró intensamente—. Mi propósito no es otro que verte feliz.

—Has hablado en presente.

—Cuidado. —Le tendió una mano—. No te vayas a caer.

Wendy había pisado mal una piedra y se le había torcido un tobillo. En cuanto fue consciente de que sus manos estaban unidas, se soltó y miró hacia atrás.

—Yo...

—Vamos, Wendy, ¿qué puede tener de malo que nos demos la mano?

—No quiero molestar a nadie.

—Y no lo haces... ¿Estás bien?

—Sí —afirmó—. ¿Continuamos?

—Vamos —la animó, y con la intención de que dejara de sentirse mal por pensar que tocarse era una herejía, siguió dándole conversación—: Se dice que fue uno de los refugios utilizados por Robert de Bruce cuando huía de las invasiones inglesas de Eduardo I. También, el castillo, y todo su entorno, se ha utilizado en los rodajes de películas como *Los inmortales*, *Braveheart* o *El mundo nunca es suficiente*.

—Eso sí lo sabía... «Mi nombre es Connor MacLeod, del clan MacLeod»... y «soy inmortal» —evocó Wendy—. ¿Lo eres tú, Evan?

—¿Inmortal? —Ella asintió—. ¡Oh, no! No imagino ser eterno, qué horror.

—Bueno, yo pienso que el mundo siempre será un lugar más bonito mientras tú estés en él.

—Wendy...

—Os alcanzamos. —Escucharon decir a Brooke—. ¿Todo bien?

—De maravilla —le respondió Evan.

—Terminamos de darle la vuelta al castillo y nos vamos al hotel, ¿vale? —les dijo Math.

—Menos mal que me has hecho caso, tengo los pies reventados.

—Si te hubieses puesto zapatillas como los demás en lugar de usar taconazos, no te dolerían. —No pudo reprimirse Emma.

Tan solo Roland se había decantado por unos mocasines que también empezaban a causarle molestias.

—¿Debo pedir perdón por tener estilo?

—Aaaaaargh... es tan pedante —masculló entre dientes.

Wendy se asió al brazo de su amiga y echaron a andar. No se detendrían hasta hallarse junto a la furgoneta.

—Emma.

—¿Sí, Math?

—¿Vienes?

—¿Puedo?

—Colmas mi paciencia.

—¿Yo? ¡Hay que joderse!

Resoplando, lo siguió. Quedaron apartados del resto. Charlize ya se había montado en el

coche.

—Debes darle algo de tregua —le pidió Math.

—Es insoportable... Es que no puedo entender cómo...

—¿Celosa, Campanilla?

—No seas idiota.

—Sé que estás celosa.

—Y yo sé que no eres la clase de chico que creía, o que en algún momento he querido que fueras —admitió—. Tu prometida me enerva la sangre, lo reconozco; pero no es por ti, es por su falta de humildad, entre otras muchas cosas.

—No es tan mala como crees.

—Lo que no es tan malo para ti es su posición y lo que representa... Otras solo somos unas simples graduadas en Turismo, pobrecitas de nosotras.

—No seas injusta, Emma. Yo te admiro, y...

—Y esta conversación se acaba aquí. —Le dio la espalda y ocupó su asiento.

—¿Todo bien? —le preguntó Wendy.

—Tu hermano es otro imbécil, el mayor de todos los imbéciles —le respondió en español.

—¿Quieres que le rompa la nariz?

—¿Lo harías por mí?

—¿Acaso lo dudas?

—Es de mala educación hablar en otro idioma para que no nos enteremos —dijo la encantadora Charlize.

—¡Tú te callas! —le gritaron al unísono, y el resto, a excepción de Roland, no pudieron contener unas risillas.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Math, quien se había tomado su tiempo antes de volver a ocupar el asiento de copiloto.

—¿Pero tú te enteras de algo?

—Ya, Emma, ya —le pidió Wendy.

Capítulo 16

—He pensado que Emma y yo iremos caminando... Solo ella y yo —repitió por si a alguien no le había quedado lo suficientemente claro.

El trayecto hasta el hotel apenas les llevaría unos minutos en coche. De no ser por las maletas —o el maletón, en el caso de Charlize—, no habrían necesitado desplazarse en la furgoneta.

Ambas agradecerían pasar un rato a solas.

—Tú me estás salvando de Roland y yo voy a tener que hacer lo mismo con la prometida de mi hermano —le dijo—. Dime qué es lo que sucede.

—Que es una estirada y una superficial, y ya sabes que esa clase de personas me repatean —le explicó.

—Vale, eso te lo compro, pero sé que hay algo más... ¿No crees que va siendo hora de que me lo cuentes?

Emma se detuvo y clavó su mirada en el suelo.

—No sé qué decirte.

—La verdad, como siempre he hecho yo contigo... Pretendí ocultarte que continuaba enamorada de Evan. No coló. Tú tampoco puedes engañarme, aunque lleves tiempo tratando de hacerlo.

—Wendy, yo...

—Solo tienes que ser sincera.

—Estoy enamorada de Math.

—¿Del imbécil de mi hermano? —Le sonrió.

—Sí, de ese mismo... Sé que suena horrible y que nunca debió suceder.

—¿Y quién dice de quién debemos o no enamorarnos? ¿Cómo luchamos contra lo que sentimos?

—Ignorándolo.

—Sabes muy bien que eso no funciona, mosquetera. —Se detuvo un instante—. ¿Cuántas veces os habéis liado?

—¿Cómo...?

—Resulta bastante obvio.
—¿Siempre lo has sabido?
—Era más una intuición, pero me ha quedado bastante claro tras verte tan celosilla.
—No estoy...
—¡Oh, claro que lo estás!
—Un poco, tal vez... Es que no puedo entender cómo puede estar con ella.
—Ni tú ni nadie... Y ahora desembucha.
—Nos hemos besado muchas veces, más de las que deberíamos; y, bueno, también nos hemos acostado.
—¿Satisfecha?
—¿En serio, Wendy? Está prometido y ya salía con Charlize cuando lo hicimos.
—No te juzgo, amiga... Era él quien tenía pareja, no tú.
—Aun así, fui débil... Te aseguro que estoy tratando de guardar las distancias con él.
—Podemos dinamitar esa relación, si quieres. En realidad, tampoco creo que tengan demasiado futuro.
—¿Tú harías eso con Evan y Brooke, en el caso de que...?
—No, no lo haría. Y tampoco jugaremos sucio con ellos. Lo he pillado. Anda, ven aquí.
Las dos mosqueteras se fundieron en uno de esos abrazos capaces de acariciar el alma.
—Compartimos habitación, ¿verdad? —le preguntó Emma.
—Pues claro que sí.

En la mañana siguiente, desayunaron juntos en el comedor del hotel. No hubo caras largas ni reproches; tampoco miradas indiscretas ni indirectas. Por delante tenían una jornada apasionante que no debían empañar metiéndose en trifulcas que no los llevarían a ninguna parte. Por un día, parecían estar condenados a entenderse o, en su defecto, a tolerarse.

—Siempre he querido hacer un circuito por la isla de Skye —dijo Brooke.
—Pues ha llegado el momento. —Le sonrió Evan—. Ya sabes que, a veces, los deseos sí se cumplen.
—Con qué poco se conforman algunos, ¿verdad, Roland? —soltó Charlize.
—Y tanto —le respondió.

Tal vez pensaran que aquellos que los acompañaban tenían problemas de audición. No era el caso. Emma se mordió la lengua. En la noche anterior, le había prometido a Wendy no entrar al trapo.

Su primera parada los llevaría hasta Portree, un pueblecito costero. Pasearon por Quay Street, la calle que recorría el puerto y que era muy conocida por las fachadas de sus casas, pintadas de diferentes tonalidades, con predominio del rosa.

—¿Sabías que esta ciudad da nombre a uno de los equipos de *quidditch*, el Pride of Portree, de *Harry Potter*?

—¿Se puede saber de dónde sales tú? —Wendy lo miró con asombro. Lo hacía al lado de Brooke, que era con quien debía estar.

—He estado por aquí todo el tiempo —le respondió Evan—. ¿Lo sabías, o no?

—En esta ocasión, señor MacLeod, he de decirle que desconocía ese dato.

—¿Cómo es posible siendo escocesa?

—Es que tengo miles de cosas en la cabeza... Quizá, lo supe y lo he olvidado. —Trató de regular.

—Será eso.

—Oye, que lo digo en serio.

—Vaaaaale.

Unos pasos por detrás, Emma permanecía vigilante.

—¿Eres la guardiana de mi hermana?

—Algo así.

—No quiero que estemos mal, Emma.

—Ni yo, Math; y es por eso por lo que deberías ir con ella.

—Charlize parece muy entretenida con Roland, ¿prefieres que se acerque a Wendy?

—Bien sabes que no... No es justo para mi amiga.

—Es mayorcita, y debe ser ella quien luche por lo que quiere.

—No me hace sentir mejor. —Lo miró con tristeza—. ¿Y tú quién eres, el señor «consejos vendo que para mí no tengo»?

—Debe ser un refrán español, y... no entiendo qué me quieres decir con él.

—Pues el día que lo descubras, haremos una fiesta —se burló.

—Bien, ya empieza a salir la Emma que me gusta.

—No digas eso.

—Es lo que pienso.

—Pues reserva tus bonitas palabras para Charlize.

Algo más rezagados, se hallaban la recién mencionada y Roland.

—Echo de menos Londres.

—Y yo. —Estuvo de acuerdo con ella—. Nunca me han gustado los pueblerinos.

—¿Y crees que a mí sí? Aguanto todo esto por Math.

—Lo sé, y yo por conseguir a su hermana.

—No me lo recuerdes. Por cierto, ¿flirteaste con Brooke?

—No digas sandeces, mujer.

Ray y aquella jovencita escocesa, quienes cerraban la comitiva, apenas podían parar de reír.

—No exagero cuando te digo que los MacAllister hemos sido los mejores colegas de los Sinclair desde hace siglos.

—Ya... ¿No serás otro vanidoso?

—Claro que no, se lo puedes preguntar a Wendy o a Math cuando quieras.

—Es muy probable que lo haga, y si me estás mintiendo tendrás un castigo.

—Pero si digo la verdad, obtendré una recompensa.

—Trato hecho. —Sellaron su acuerdo con una sonrisa.

Desde Portree continuaron hacia un camino que los llevaría hasta The Lump, un parque desde el que alcanzarían la Apothecary's Tower, utilizada para indicar a las embarcaciones que esa ciudad contaba con servicios médicos.

—Algo más que debes saber —comenzó a decirle Evan a Wendy— es que esta torre fue construida en la década de 1830 por el doctor Alexander MacLeod, un hombre muy admirado que era conocido localmente como «el médico rubio».

—¿Y era tan apuesto como tú? Oh, Dios... discúlpame, no he debido decir eso. Yo...

—Deja de disculparte todo el tiempo, Wendy... Estuvimos juntos bastantes años, es de suponer que me vieras y me sigas viendo guapo.

—Ya, no es eso... Si el que es guapo es guapo, y punto; y tú lo eres. ¡Claro que lo eres! Joder, me estoy liando otra vez. Deberías ir con Brooke. Te estoy acaparando, y Ray la está acaparando a ella.

—Estoy a gusto aquí, contigo; pero si quieres que me vaya...

—Sí... Digo, no... No te vayas.

—No lo haré.

Para continuar con su ruta, necesitaron volver a montar en la furgoneta. Lo hicieron para llegar hasta el mirador desde el que se podía ver Kilt Rock, un imponente acantilado cuyo mayor atractivo era una catarata de cincuenta y cinco metros de altura gracias a la cual el lago Mealt se fundía con el mar.

—Me podría pasar el resto de mi vida observando este paisaje —susurró Wendy.

—Y yo lo haría a tu lado, tesorito escurridizo. —Se acercó Roland.

—Joder, se me ha escapado —se lamentó Emma.

—Déjalos, a ver cómo actúan —le pidió Math.

No estaba nada convencida pero, sintiéndolo en el alma, lo dio por bueno.

—¿No me has oído, tesoro?

—Te juro que como me vuelvas a llamar así te arrojo al vacío —le dijo Wendy.

—¿Y cómo prefieres que te llame?

—Por mi nombre, que para eso lo tengo.

—¿Y qué prefieres, Wendoline o Wendy?

—Dios, ¿pero qué he hecho para merecerme esto? —expresó, contrariada, al tiempo que se alejaba lo máximo posible de él.

—No entiendo por qué se ha molestado —dijo Roland, y todos, a excepción de Charlize, sacudieron la cabeza.

Evan detuvo a Wendy cuando esta se disponía a reunirse con su amiga.

—¿Puedes oírlas?

—¿A quiénes? —le preguntó.

—A las *selkies*... ¿No escuchas sus cánticos de amor?

—¿Por qué eres así conmigo?

—¿Así cómo?

—Tan bueno, tan atento, tan maravilloso.

—No me gusta verte triste, Wendy... Entonces, ¿no estás prometida?

—Por supuesto que no. Eso es algo que jamás ha sucedido, tan solo es el deseo de mi padre; pero tampoco es que cambie nada respecto a...

—Vosotros dos, dejaos de tanta conversación a escondidas y venid —los interrumpió Charlize —, estamos muertos de hambre.

—Wendy... —Rozó su mano.

—Será mejor que vayamos, o cualquiera la soporta después.

Evan respiró muy profundo antes de comenzar a caminar detrás de ella.

—¿Todo bien? —Lo besó Brooke en la mejilla.

—Todo bien —le confirmó.

Wendy sintió que estaba siendo muy egoísta; que, una vez más, se estaba metiendo en medio. No se daba cuenta de que era él quien la buscaba todo el tiempo.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —preguntó Emma.

Con el estómago lleno y toda la tarde por delante, no quería perder un solo instante.

—¿Dónde crees que querría ir mi hermana, Evan?

—Lo apostaría todo al Valle de las hadas —le respondió con seguridad.

—Vosotros dos o sois novios o ex —afirmó Charlize.

—Que noooooooo, pesada... Se lo ha debido contar Math, ¿verdad, hermanito?

—Es posible. —Le siguió el rollo.

—Me da pereza.

—Pues no vengas. —No pudo contenerse Emma.

—Tú lo que quieres es que te deje a solas con mi prometido —le dijo Charlize.

—No digas estupideces.

—No le hables así.

—Y sale en su defensa Ronald McDonald.

—¿Ese no es...? ¿Me estás llamando «payaso»?

—¡Ya basta! —Tuvo que intervenir Math, una vez más, para calmar los ánimos—. Iremos al Valle de las hadas, y, si alguien prefiere quedarse en el hotel, lo acercaré ahora mismo.

Por respuesta solo obtuvo silencio, por lo que aquel grupo de ocho, tan heterogéneo, se puso en marcha de nuevo.

Si había un lugar, en toda esa zona, que parecía estar sacado de un cuento era ese. Rodeado de montañas que parecían haber encogido con el paso de los siglos y que llegaban a dibujar figuras imposibles que debían ser el lugar de recreo de criaturas diminutas, rociadas de las tonalidades verdes y marrones más vivas, rodeadas de senderos serpenteantes que parecían rendirles pleitesías, salpicadas de magia y bendecidas por una naturaleza salvaje y armónica a partes iguales.

Caminaron en silencio, abstraídos por ese mundo místico único en el mundo. Tan solo se escuchaban, de vez en cuando, los irritantes cuchicheos de Roland y de Charlize, siempre en la retaguardia.

Bordearon varios lagos hasta detenerse en una de las pozas naturales.

Wendy fue la primera en descalzarse. Emma, la siguiente; y, así, el resto, excluyendo a la pareja discordante.

—¿A la de tres?

—Por supuesto.

Las dos mosqueteras se tomaron de la mano y, antes incluso de terminar la cuenta atrás, se lanzaron al agua, salpicando al resto.

—Niñatas malcriadas —despotricó Charlize.

—Pues... a mí me encantan.

—¿Las dos?

Sin tiempo ni ganas de responderle, Math se unió a ellas. También lo haría Evan. Ray y Brooke, tras mirarse, hicieron lo propio.

—Definitivamente, no pintamos nada aquí —declaró Roland.

—Si no fuera por... Aaaaaaargh, los odio —volvió a maldecir la flamante prometida después de que una gota de agua rozara su mejilla.

Wendy se apostó en la orilla y miró al frente. No había elegido ese punto al azar, Evan se encontraba allí.

—Ahora me toca a mí contarte algo —le dijo—. Hay una leyenda que vincula a una de las hadas de este valle con el castillo de Dunvegan y con los MacLeod.

—Siempre los MacLeod —bromeó él.

—Siempre los MacLeod —repitió ella antes de continuar—: Se dice que un lord del clan MacLeod, dueño del castillo, se enamoró de la princesa de las hadas. Ella le rogó a su padre que le permitiera contraer matrimonio con él ya que también lo amaba. Acabó accediendo, aunque puso una despiadada condición: tras un año y un día, ella regresaría al mundo de las hadas. El tiempo pasó muy deprisa, pero la pareja tuvo un bebé. Cuando llegó el momento de marcharse, le hizo prometer a su marido que jamás dejaría llorar a su hijo...

—Era una promesa difícil de cumplir —dijo Evan.

—Ciertamente... Por eso, el día en el que el pequeño comenzó a llorar, mientras en el castillo se celebraba una fiesta, una mujer acudió a su encuentro, lo acunó, le dio su calor y lo arropó con una bandera en la que se había grabado un hada. El niño creció convencido de que fue su madre quien lo calmó aquella noche... Y hay algo más.

—No me dejes en ascuas. —La miró con cariño y ella pudo sentirlo.

—Ella le hizo una promesa: las hadas acudirían en ayuda de cualquier MacLeod que se encontrara en peligro.

—¿Eso me incluye a mí?

—Me gusta pensar que sí —le respondió.

—Yo ya tuve a mi hada, y la perdí.

—Pero ahora tienes otra, Evan. Brooke...

—¿Habláis de mí? —Los sorprendió.

—Le decía a Evan que es muy afortunado de tenerte en su vida.

—Ya lo creo, Wendy. —Le sonrió.

—Yo... os dejo a solas.

Se iba a reunir con Emma, pero la vio en compañía de Math. Parecían relajados y no quiso importunarlos.

En su lugar, salió del agua, se volvió a colocar las zapatillas y comenzó a andar.

—¿Adónde va? —se preocupó Emma.

—No lo sé, pero déjala —le pidió Math.

Wendy alcanzó unas espirales de piedra que recorrió hasta llegar a su punto central y, allí, de pie, en la cima, sintiéndose en el paraíso, sabiéndose una privilegiada, pidió un deseo.

Capítulo 17

Una semana más tarde

Los ecos de ese viaje aún retumbaban en la mente y en el pecho de Wendy. Por momentos, sintió que nada había cambiado entre ellos: la misma complicidad, la misma magia, el mismo amor. Se había visto reflejada en el gris de sus ojos y se había vuelto a sentir en casa.

Tumbada en su cama, sin poder conciliar el sueño, estaba dejando las horas pasar. La noche en la que regresó a Mey, en su mesita de noche no volvió a faltar aquel ramillete de prímulas. Siempre eran siete, el número vinculado al amor en tantas culturas; el puente entre el cielo y la tierra, entre lo divino y lo humano.

En la víspera de su vuelta a casa, después de pedir su deseo en el Valle de las hadas, necesitó alejarse de todos y de todo. Se refugió a los pies del castillo de Eilean Donan aprovechando su proximidad al hotel y sin importarle que el sol ya se hubiese ocultado tras las montañas, pasándole el testigo a una luna llena que lucía más hermosa que nunca, o eso pensó.

Se sentó sobre el frío suelo y apoyó la espalda contra aquella vasta pared de piedra. No le habría importado saltar a su interior y buscar el mejor refugio del mundo, aquel en el que nadie la pudiera encontrar. Pensó en Aileen y en su lucha entre cabeza y corazón; y en cómo vencieron unos sentimientos que jamás estuvieron en duda pese al engaño de Bruce.

—Eres tan cabezota como ella. —Evocó las palabras que Emma le había repetido en tantas ocasiones.

Y era cierto. Probablemente, tenía más de aquella Aileen Wright de lo que jamás había tenido de los Sinclair, aunque su padre también era un consumado testarudo.

—No deberías estar aquí sola.

—Eres tú quien no debería estar aquí, Evan.

—¿Habrías preferido a Roland? Porque Emma ha tenido que volver a pararle los pies —la informó.

—Claro que no... No lo soporto.

—No te culpo. Es...

—Insufrible.

—Esa es una palabra que lo define muy bien. —Estuvo de acuerdo con ella.

—No soy yo quien lo quiere cerca de mí, sino mi padre... Lleva años presionándome para que me marche a vivir a Londres...

—Eso último ya lo sabía —le dijo mientras se sentaba a su lado.

—Ya, pero nunca te conté que también me quiere imponer con quién he de unir mi destino.

—Con Roland.

—Exacto... Sabes que nunca le hablamos abiertamente de nuestra relación, a pesar de que todos en casa lo sabían.

—Nunca llegué a entender tus reservas hacia tu padre, hasta ahora; pero... ¿qué crees que habría pasado de habérselo dicho?

—Me daba miedo que tomara represalias contra ti.

—Eso no habría pasado, Wendy.

—No conoces a Dougald Sinclair —suspiró—. Aunque jamás voy a aceptar a ese idiota.

—Me alegra escucharlo, porque no te pega nada.

—¿Verdad que no? —Sonrió, y él le devolvió el gesto al tiempo que negaba con la cabeza.

—En una de las habitaciones del hotel han organizado una fiesta, ¿por qué no vienes?

—Prefiero quedarme aquí otro ratito. Yo... necesito pensar.

—No pienses demasiado y déjate llevar —le pidió Evan.

—Si hiciera eso que me dices...

—¿Qué pasaría?

—No te acerques tanto.

—¿Por qué no, Wendy?, ¿qué puede pasar?

Evan apoyó la frente sobre la suya. Ella podía sentir la respiración de él al colisionar contra su boca.

—¿Nuestra última despedida? —acertó a decir.

—Nuestra última despedida.

Sus pechos comenzaron a palpar y sus corazones enloquecieron cuando sus labios se rozaron. Habían pasado meses desde la última vez. Los entreabrieron y se encontraron. Sus lenguas se enredaron, sus salivas se intercambiaron y se dejaron llevar. Se besaron una y otra vez, con pausa, con locura. No podían parar. No querían hacerlo. De repente, el tiempo había dado marcha atrás. Volvían a estar juntos. Eran Wendy y su Peter Pan dando rienda suelta a ese amor que nunca había dado muestras de debilidad. No lo hizo hasta que el miedo la paralizó, decidió escribir aquel mensaje de Whatsapp y Brooke entró en escena.

—No, no, no... No está bien...

Wendy se apartó con brusquedad y se puso de pie. Evan no tardó en rodearla con sus brazos.

—No estamos haciendo nada malo —le susurró.

—¿Cómo puedes decir eso? Tienes que soltarme.

—¿Es lo que quieres?

—Sí —le dijo con un hilo de voz y él atendió su petición—. Brooke no merece que le hagamos esto. Yo... me siento una miserable...

Al darse media vuelta para mirarlo a los ojos, vio que él ya no estaba. Se había marchado sin decirle tan siquiera adiós. En su lugar se encontró con la emborronada mirada de Emma, quien se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Entonces, Wendy no pudo contenerse, no por más tiempo, y dejó salir todo su dolor.

—«Llora, llora, corazón lleno de amor, juventud y vida. ¡Ay! Quién me diera a mí el poder de llorar como tú lloras» —le susurró evocando las palabras que Athos le dijo a D'Artagnan cuando él también sufría por amor.

El calor de esos besos, el ardor de su cuerpo y ese deseo que continuaba quemándola por dentro apenas le daban tregua. No había visto a Evan desde su regreso. Tampoco había ido a hablar con él. En el trayecto de vuelta, la tensión había vuelto a hacer acto de presencia. Tan solo Ray y Brooke estuvieron tan dicharacheros como de costumbre. El resto parecían zombis. Wendy no estaba para hacer preguntas, bastante tenía con su dolor.

Antes de que comenzaran a despuntar las primeras luces del alba, sintió la necesidad de ver a Emma. Salió de su habitación y se coló en la suya, apenas separadas por unos metros.

Lo hizo en silencio y, sin alcanzar a ver prácticamente nada, se sentó sobre la cama.

—Amiga... —susurró mientras la tocaba.

—Eres insaciable...

—¿Math?

—¿Wendy?

—¿Wendy? —Se sobresaltó también Emma.

—Yo... me marchó. —Volvió a incorporarse y salió despavorida de aquella pieza de la mansión.

Emma se colocó la ropa interior y corrió detrás de ella. La encontró apostada junto la ventana de su recámara.

—Mosquetera...

—Hola —le dijo sin apartar la mirada del horizonte.

—Siento que hayas tenido que ver eso.

—En teoría, no he visto nada.

Emma no pudo evitar sonreír.

—He vuelto a ser débil, los dos lo hemos sido.

—Charlize aún está en esta casa... ¿Cómo es posible que Math haya pasado la noche contigo?

—Están sucediendo cosas extrañas.

—¿Ah, sí? —Emma asintió—. ¿Y me las vas a contar?

—Tu padre ha organizado una comida, ¿cierto?

—Por desgracia. —Continuaba mirando a través de la ventana. Había quedado atrapada en los colores del amanecer.

—Pues ten un poquito de paciencia, mi pequeña mosquetera.

—¿Con Roland pululando a mi alrededor? Joder, Emma, estos últimos días te has desentendido por completo de tu labor de guardaespaldas... Aunque ya sé el motivo: te has dedicado a retozar con mi hermano.

—¿Has dicho...«retozar»?

—Eso mismo.

—Sabes que te quiero más que a nadie en este mundo, ¿verdad?

—En este momento, empiezo a dudarlo.

—Vamos, mosquetera, no me digas eso... En realidad, Math solo me gusta porque me recuerda a ti.

—Esa es una de las más grandes gilipolleces que has dicho desde que te conozco, Emma.

—Es muy posible —reconoció—. Estoy enamorada de él.

—Ya lo sé. Solo espero que sepáis lo que estáis haciendo. —Se relajó.

—Lo sabemos.

—Bien... Dile a mi hermano que no es necesario que venga a darme explicaciones.

—Se lo diré... ¿Todo bien entre nosotras?

—Si tú me faltas, yo me muero, Emma.

—No digas eso. —Caminó hacia ella y la abrazó—. Todo se va a solucionar, confía en mí.

Esa mañana, Carys le subió el desayuno. No le apetecía verle la cara a Roland ni aguantar, estoica, que le taladrara el cerebro hablándole de asuntos que nada le importaban. No entendía por qué no se había largado a Londres ya.

Apenas había interactuado con su padre. Si bien era cierto que Dougald había tenido que ausentarse unos días para viajar a la capital británica, en el tiempo que habían compartido se habían mostrado distantes.

Ese día, eligió un vestido floreado, con un escote discreto y manga corta abullonada, y decidió refugiarse en el jardín interior antes de dejarse ver por los exteriores, donde se celebraría aquel evento que no sabía muy bien a qué venía.

—... y gracias por todo, Gladis.

Wendy cerró los ojos y los volvió a abrir. Ver a Evan tomado del brazo de su abuela,

caminando entre aquellas flores que con tanto mimo se encargaba de cuidar, la descolocó por completo.

—Mi pequeña, estás ahí.

Impactada, se fue acercando a ellos. La única sorprendida era ella misma. Evan y Gladis actuaban con total normalidad.

—Hola, Wendy —la saludó.

—No sabía que ibas a venir.

Estaba realmente guapo, ataviado con un pantalón oscuro y camisa azul que realzaba aún más el color de sus ojos.

—Hace días que no hablamos —le dijo.

—Es cierto... ¿Desde cuándo...?

—Siempre me ha gustado este jovencito —le respondió su abuela—. Además de tener el mejor whisky de todo el Reino Unido, sabe de botánica tanto o más que yo.

—Sí, siempre ha sido muy completito y yo... yo no dejo de decir tonterías. —Les dedicó una risilla nerviosa.

—Por cierto, estás preciosa.

—Esto... gracias. —Le sorprendió que no se cortara delante de Gladis.

—¿A que él también está muy guapo, cariño?

—Como siempre, abuela —admitió—. Bueno, será mejor que os deje a lo vuestro.

—Oh, no, puedes acompañarnos; aunque...

La silueta de Dougald se dibujó en la puerta de acceso al jardín.

—A ti te estaba buscando —dijo, y Wendy tragó saliva—. Vamos, hijo, acompáñame.

—Os veo dentro de un rato —se despidió Evan.

Wendy se quedó estupefacta al ver cómo su padre le echaba el brazo por el hombro y él le sonreía.

—¿Qué me he perdido, abuela?

—Me atrevería a asegurar que últimamente te enteras de poco, querida mía.

—¿Y eso qué significa?

—Ay, mi niña... «Nunca permitas que tus pies vayan por delante de tus zapatos».

—Acabas de recordarme a Tobias MacAllister.

—Al tío de Aileen, a su protector, al rey de los proverbios.

—Eso mismo, abuela. —Le sonrió.

—Oh, vaya, ahí viene Carys... Te veo en nada, pequeña.

Había desistido en pedirle que dejara de llamarla así.

Ese día estaba siendo muy extraño y no había hecho nada más que comenzar.

Debía admitir que la zona destinada a la comida había quedado preciosa. Había una pérgola y cestas repletas de flores colgando de las esquinas. En el centro, una mesa en la que no faltaba detalle. El cuarteto de cuerda formado por dos violines, una viola y un violonchelo sí que la descuadró; pero esa parecía la tónica de aquel 29 de julio.

Los comensales empezaron a llegar. Gladis lo hizo tomada del brazo de Meribeth, y Dougald las acompañaba. Emma fue la siguiente en llegar, seguida por Math y por Charlize. Justo detrás lo hicieron Evan y Ray. Por último, un Roland que vestía con traje de chaqueta y que daba sensación de nerviosismo.

—¿Ocupamos nuestros lugares? —sugirió Meribeth.

—Aún no, mi querida y futura suegra —le respondió el joven londinense.

—Joder... —farfulló Wendy.

—Ahora. —Le hizo un gesto al cuartero y este comenzó a tocar una pieza de Mozart.

—Será carca el tío —musitó Emma.

—Wendoline Sinclair, ¿me haces el honor de acompañarme?

—¿Ir, adónde?

—Aquí mismo, tesoro. —Le tendió una mano que ella no aceptó.

Sin poderlo evitar, sus ojos buscaron los de Evan. Eran su refugio, los seguía sintiendo como su hogar. Lo encontró sereno. Pensó que nada le importaba lo que aquel estirado londinense estaba a punto de hacer.

—Lo que quieras decirme, lo puedes hacer desde ahí —le dijo.

—Mira que me pones las cosas difíciles, Wendy... Está bien. —Respiró profundo—. Lo que no sé es qué hacen aquí ellos dos.

—Son mis invitados —se encargó de responderle Dougald.

—Ah, bien... —prosiguió—. En este día tan apacible y acogedor, en las Tierras Altas de Escocia, lugar mágico y...

Wendy no entendía por qué Emma aún no lo había saboteado. También parecía tranquila. Todos parecían estarlo.

—... mágico —repitió porque no se le ocurría nada más que añadir—, pido oficialmente la mano de Wendoline Sinclair.

—Ejem, ejem... ¿No te has equivocado de persona? —intervino, por fin, Emma.

—Por supuesto que no... Esta española desvaría todo el tiempo.

—Esta española es una loca y una heroína, como mi Wendy; y no, tú no eres su Peter Pan.

—¡Que alguien la mande callar! —Elevó el tono de voz Roland.

—¡Que pare la música! —ordenó Emma.

Y cuando todo estuvo en silencio, cogió su teléfono móvil y subió el volumen.

«Oh, Roland, así, sí... No pares, no pares...», se podía escuchar.

Les fue mostrando un vídeo en el que se veía a aquella pareja londinense intercambiando algo más que saliva.

—¡Esto es inadmisibile! —dijo Dougald.

—Padre, aprovecho para romper mi compromiso con Charlize y para deciros que estoy enamorado de Emma. —La tomó de la mano y apretó fuerte.

—Lo primero está más que claro... De lo segundo, ya hablaremos. —Se detuvo un instante—. Vosotros dos, fuera de mi casa, y no quiero volver a veros en mi vida. Cuando nos crucemos por Londres, cambiaros de acera o meteros debajo de la tierra.

—Pero... ese no soy yo —se atrevió a afirmar Roland.

—¿Que no eres tú, malnacido? ¿Cómo he sido tan imbécil? Confiaba en ti, te iba a conceder la mano de mi hija...

—Bueno, eso no iba a suceder nunca —volvió a repetirle Wendy—. ¿Tampoco eres tú la del vídeo, Charlize?

—Por supuesto que no... Todo esto es una argucia de esta pueblerina para robarme al amor de mi vida. —Fingió estar compungida.

—Ridícula —le dijo Emma.

—Ordinaria.

—Ya basta, Charlize... No te voy a permitir que la sigas insultando —intervino Math—. Y ya habéis oído a mi padre, ¡fuera de aquí! ¡Los dos!

—Mis antepasados siempre han dicho que la palabra de un escocés vale más que la de un inglés, y no les faltaba razón —declaró Ray.

Wendy pensó en Tobias, en Aileen, en Bruce... Y sintió un candor en el pecho.

Al menos, su padre ya no volvería a hostigarla con el payaso de McDonald's.

Tal vez, sí había esperanza.

Capítulo 18

Evan y Ray fueron los primeros en desaparecer de allí. Entendían que estaban fuera de lugar. Aquel era un asunto que tan solo les concernía a los Sinclair.

Charlize continuaba asegurando que todo había sido un malentendido, que no eran ellos; que Emma, en su despecho, les había tendido una trampa.

Roland, por su parte, imploró que ese asuntillo no llegara a oídos de su padre. Acordó con Dougald que, en esos días, Wendy y él se habían dado cuenta de que no eran compatibles. Esa sería la versión oficial.

Angus los trasladó hasta el aeropuerto, y en aquella mansión respiraron tranquilos por primera vez en dos semanas.

—¿Te ha devuelto el anillo?

—Qué va, Campanilla... Se ha negado.

—Mira que has sido tonto.

—No puedo rebatirte... Enamorado de ti y prometido con ella... ¡Soy un imbécil!

—Totalmente, pero eres mi imbécil favorito.

—Menos mal. —Le sonrió.

Y Emma se comió a besos aquella bonita sonrisa.

—¿Dejáis las carantoñas para otro momento? —Escucharon decir a Dougald—. Necesito hablar con mi hijo.

—Claro, señor Sinclair.

—Ahora que, al parecer, sí vamos a ser de la misma familia, deja de llamarme así.

—Lo intentaré... Lo haré —se rectificó.

Emma salió de la biblioteca para dejarlos a solas.

—¿La mejor amiga de tu hermana?

—Lleva siendo ella muchos años, papá, pero no me quería dar cuenta.

—Es diplomada en Turismo.

—Como Wendy... Me comprometí con Charlize por ser quien era, por la posición que ocupa su familia en la esfera londinense, y también por ti, por ganarme tu aprobación... En eso, mi

hermana ha sido más valiente que yo. Ella sí te ha plantado cara.

—Reconozco que el poder me ha cegado.

—Ya eres poderoso, papá... Eres el hermano del conde de Caithness, y eres un barón de la Cámara de los Lores. No tienes que demostrarle nada a nadie. Lo has logrado todo, y te casaste con la mujer a la que amabas... Deberías querer lo mismo para tus hijos —añadió.

—Lo sé. Ahora lo veo... No sé si Wendy podrá llegar a perdonarme, hijo.

—Tienes que hablar con ella. Ambos necesitáis mantener una conversación sincera... Antes de que te vayas —lo detuvo—, cuento con tu aprobación respecto a Emma, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Hija, bájate ahora mismo de ahí.

—No quiero.

—Wendoline...

—Dougald...

Wendy, por primera vez desde hacía más de veinte años, se había encaramado a la rama de uno de los árboles del jardín, el mismo en el que aún se mantenía en pie su casita de madera. En ese momento, se sentía más próxima a Aileen que nunca.

—Necesito hablar contigo.

—Y yo necesito estar en paz.

—¿Lo consigues?

—Claro que no, papá... No hay paz posible para mí.

—¿Por qué?

—No creo que quieras saberlo.

—Haz el favor de bajar, Wendy. —Respiró muy profundo—. Hablemos como el padre y la hija que somos.

—¿De repente lo has recordado?

—Eres tan testaruda... ¿Quieres que te lo pida por favor?

—No será necesario. —Recapacitó.

Al pisar tierra firme, miró a Dougald, y él pudo ver que había estado llorando.

—Caminemos —le pidió.

Y ella no puso objeción alguna.

—¿Crees que van a solucionar algo?

—Más les vale —le respondió Math.

Emma estaba muy preocupada por Wendy. Apenas había hablado con ella, ni con nadie, en las últimas horas.

—La quiero a rabiar.

—Lo sé, y ella también a ti.

—Espero que no me odie.

—Jamás podría hacerlo.

—No sé yo... —suspiró mientras se apoyaba en su hombro.

Desde otro de los ventanales de la mansión, Gladis y Meribeth también los observaban.

—¿Se sincerará finalmente con él, madre?

—Eso espero. No merece seguir sufriendo, y menos sin motivos.

—Hay motivos —dijo la señora Sinclair.

—Nada que no pueda ser perdonado y olvidado... El amor lo conquista todo, incluso a un corazón roto.

—Hablas de Evan.

—Hablo del joven MacLeod, sí; pero, para poder llegar a él, antes ha de cerrar heridas con su padre.

—¿Lo hará?

—No me cabe la menor duda.

—Sé que no lo has estado pasando bien, y que por eso decidiste marcharte a España con Emma. —Rompió su silencio Dougal.

—Han sido meses complicados —admitió Wendy.

—¿Este es tu lugar en el mundo?

—Siempre lo ha sido, papá.

—Pero yo no lo he querido ver... ¿El castillo te hace feliz?

—Ya sabes la respuesta.

—Cierto... Lamento haberte presionado para que aceptaras a Roland.

—Solo lo dices porque te ha salido rana, papá... No esperabas que él y Charlize se liaran —le dijo—. De no haber sido por ese vídeo, habrías continuado presionándome.

—Pero tú jamás lo habrías aceptado.

—Jamás... Antes me habría arrojado por un acantilado.

—Wendy...

—Solo bromeaba, papá —suspiró—. No lo he pasado bien.

—Ahora puedo entenderlo, hija; y me parte el alma verte tan abatida por mi culpa.

—Bueno, yo también tengo parte de responsabilidad... Debí decirte que amaba a otra persona.

—Háblame de él ahora.

—¿Para qué? Ya no tiene sentido.

—Nada puede tener más sentido que el amor. ¿Quién es él?

—Evan, siempre ha sido Evan.

—Adoro a ese joven.

—Es fácil cogerle cariño. —Sonrió con tristeza—. Lo conocí en Edimburgo y me enamoré de él. Hemos estado juntos los últimos cuatro años; pero empezaste a presionarme, a quererme meter a Roland por los ojos y yo... tuve miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que tomaras represalias contra Evan, de que echaras a perder su negocio, de que le hicieras la vida imposible y un largo etcétera.

—¿Tan mala persona me crees, hija? —Sonó abatido.

—No, claro que no; pero tenía que ser Roland, y muchas veces has antepuesto el poder y la reputación a cualquier otro asunto. Tenía miedo por él, papá, y por eso lo dejé.

—¿Para protegerlo de mí?

—Por mal que suene, sí; así fue. Me habrías censurado, y lo sabes.

—Es posible... Aunque debes saber que jamás habría actuado en contra suya... Admiro a Evan, y también a Ray. De la nada, han levantado todo un imperio. Tampoco olvido que son los mejores amigos de tu hermano. —Se mantuvo unos segundos en silencio—. No me he opuesto a la relación de Math y de Emma, tampoco lo haré en la tuya con Evan.

—¿Qué relación, papá? Ya no estamos juntos.

—Recupéralo.

—No es posible... Él ha rehecho su vida con otra persona.

—¿Estás segura de eso? Porque no me consta.

—Estuve cuatro años con él y no te enteraste, así que tampoco es que seas un lumbrera, papá.

—Eso es cierto. —Sonrió—. Aun así, quiero que sepas que habrías tenido mi bendición.

—Una bendición que llega tarde...

—Hija...

—Necesito estar a solas —le dijo entre lágrimas.

Wendy entró en la mansión y fue directa a su habitación. Allí, se dejó caer sobre la cama y lloró amargamente.

—Mosquetera...

—Ahora no, Emma.

—Ahora, más que nunca. —Se tumbó a su lado y rodeó su cintura—. Necesito decirte algo.

—No quiero saber nada.

—Esto es importante, Wendy.

—Dímelo, entonces.

—Evan no tiene novia.

—No me toques las narices, por favor.

—Nunca ha tenido novia. Bueno, me refiero a otra que no hayas sido tú.

Wendy se sentó sobre la cama y Emma la imitó.

—¿Y Brooke?

—Es su prima.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Entonces, ¿por qué dejó que pensara que era su novia?

—Trató de decírtelo tantas veces, pero no lo dejaste... Haz memoria —le pidió.

Wendy permaneció unos minutos en silencio. Parecía que Emma podía llevar razón. Tal vez fuera cierto. Evan jamás le había confirmado que tuviera novia. Incluso, era posible que tratara de decirle la verdad y que ella no lo escuchara. Haciendo memoria, hasta Brooke lo había intentado.

—¿Desde cuándo lo sabes tú?

—Desde la noche en la que estuvieron en la mansión. Tú te marchaste enseguida y... ahí descubrí que Brooke y él eran primos. Es Ray quien sale con ella —añadió.

—Sal de aquí.

—Me hicieron prometer que no te diría nada, Wendy. Debías darte cuenta por ti misma de que seguías amándolo y de que querías estar con él.

—Largo.

—Wendy, por favor...

—¡He dicho que te vayas! —le gritó entre lágrimas—. ¿Os habéis divertido burlándoos de mí?

—No, claro que no... Nadie ha hecho eso, mosquetera.

—Vete, Emma.

—Pero...

Wendy no le dijo nada más. Una mirada bastó para hacerle entender que debía dejarla a solas. Seguir allí tan solo empeoraría más la situación.

—Le he dicho la verdad, y me odia —lloraba Emma en brazos de Math.

—Ya se le pasará.

—¿Y si no...?

—Shhhhh... Ni lo pienses... Es imposible que vosotras dos os separéis.

Wendy abrió el cajón de su mesita de noche y cogió del diario de Aileen.

Hice mi orgullo a un lado —comenzó a leer—, y corrí hacia él. No me habría perdonado perder al amor de mi vida por una promesa, ni tan siquiera por una mentira. En realidad, yo misma provoqué ese comportamiento al gritarle que jamás aceptaría a alguien como él. Lo hice sin conocerlo. Lo hice en un arrebato. Entonces, él se buscó una artimaña para ganarse mi corazón, y lo consiguió. Tampoco es que le costara demasiado. Nunca tuve dudas: era él. Philip o Bruce, ¿qué podía importar? Solo el amor está por encima de todo, del bien y del mal... pues ¿quién puede medirlo? ¿Quién asegura qué es lo correcto y qué lo censurable cuando el que está en juego es el corazón? Mi destino siempre estuvo unido al suyo. Tardé en darme cuenta, pero nunca estuve dispuesta a dejarlo ir. Solo él alteraba el ritmo de mi respiración, los latidos de mi corazón, la pureza de mi alma. Solo en sus brazos, entre sus piernas, he sabido lo que es amar y ser amada; y no hay fuerza más bella en el universo.

Wendy apoyó el diario sobre su pecho y esperó a que sus pulsaciones se serenasen. No sabía qué hacer, a pesar de que Aileen le estaba marcando el camino.

—¿Y si aún me ama? —se preguntó en voz alta.

Sin detenerse a pensarlo demasiado, guardó aquellas memorias en el cajón y cogió su teléfono móvil.

Respiró varias veces, muy despacio, antes de escribirle:

Dentro de media hora, en nuestro lago, sabré si sigues siendo mi Peter Pan.

Se cambió de ropa, se soltó el cabello, bajó a las cabellerizas, ensilló a Thor y partió hacia aquel punto de la geografía escocesa que dos siglos atrás fue testigo de un gran amor... ¿Estaría la magia de su parte, también?

Cuando llegó, se encontró a solas. Se acercó a la orilla y se dejó caer sobre la hierba. Estaba dispuesta a esperar el tiempo que hiciera falta.

—¿Lo soy?

—¿Qué? —se sobresaltó.

—Tu Peter Pan.

Wendy se puso de pie y caminó hacia él.

—Has venido. —Le sonrió—. Y ese ramillete que portas en tus manos tiene siete prímulas... Eras tú, y mi abuela era tu cómplice.

—Era yo, y Gladis era mi cómplice —admitió.

—A pesar de todo. —Comenzó a quebrársele la voz.

—A pesar de todo —repitió.

—Brooke es tu prima.

—Y la novia oficial de Ray —añadió Evan.

—Nunca has estado con otra.

—No durante ni después de ti.

—¿Me sigues queriendo, Evan?

—Incluso más que el primer día.

—No te merezco.

—No vuelvas a decir eso, Wendy... Quiero estar contigo.

—Y yo contigo —susurró. Todo su cuerpo había comenzado a temblar.

Evan acortó la escasa distancia que los separaba y la besó con esa misma pasión que ya los había desbordado a los pies del castillo de Eilean Donan.

—¿Me perdonas por haber sido tan tonta?

—Lo hice hace tiempo... Lo que hoy puedo decirte es que ya no habrá renuncias.

—Ni miedo a nada. —Lo miró con amor—. Yo también me rindo ante lo evidente, me rindo ante ti.

—Y yo ante ti... Siempre has sido tú, Wendy.

—Siempre has sido tú, Evan.

—Bien. —Le sonrió antes de volver a besarla con una necesidad que a ambos los había estado devorando por dentro.

Las hadas acababan de cumplir su deseo.

Epílogo

Verla regresar a la mansión, cabalgando sobre Thor, con Evan a su lado y a lomos de un purasangre inglés, fue una visión mágica.

Emma lloraba a pesar de lucir una enorme sonrisa. Math también estaba pletórico. Gladis y Meribeth tampoco podían ocultar su emoción, mientras que Dougald se había quitado un verdadero peso de encima.

—Amiga...

Emma corrió a su encuentro.

—No te odio.

—Eso ya lo sé. ¡Aaaaaaaay, Dios, soy tan feliz por ti, por los dos! —añadió.

—Nos lo habéis hecho pasar fatal —resopló Math mientras estrechaba la mano de Evan.

—Ahora, sí es oficial... Bienvenido a nuestra familia —manifestó Meribeth.

—Siempre has sido un poquito nuestro —le dijo Gladis.

—Y yo sin darme cuenta de nada... —declaró Dougald—. Tienes que saber que nunca he tenido nada en contra tuya, Evan.

—Lo sé.

—Pues yo no sabía que mi hija y tú teníais una relación a escondidas.

—No nos escondíamos, papá... Te recuerdo que tú eras el único que no lo sabías —añadió.

—Ya... A partir de ahora me dejarás el whisky más barato, ¿no?

—Podemos llegar a un acuerdo. —Le sonrió Evan.

—No seas un miserias, papá.

—¡Esta hija mía no tiene pelos en la lengua!

—¿A quién se parecerá? —interpeló Math.

—Ni idea —negó Emma también con la cabeza—. A ver, mosquetera, ¿tú qué crees, que nos toman más por locas o por heroínas?

—¿No son «dos clases de imbéciles que se parecen bastante»? —preguntó Evan.

—Vaya, además de guapo, también es culto.

—¿Acaso has dudado alguna vez de mi buen gusto? —le dijo Wendy.

—¿Yoooo? ¡Jamás! El que es guapo, es guapo. Y tu chico lo es.

—Respecto al tuyo, y al ser mi hermano, no sé qué decirte...

—Ya se han olvidado otra vez de que no están solas —manifestó Math.

—Ni que lo jures... ¿Las dejamos? —le propuso Evan.

—Será lo mejor.

—Nos tomaremos una copa bien cargada del mejor whisky de toda Escocia a vuestra salud —les dijo Dougald.

Mientras ellos se alejaban, Wendy y Emma continuaban enfrascadas en una de esas conversaciones de besugos que mantenían tan a menudo.

—Por momentos, pensé que no volvería a tenerte en mi cama, entre mis piernas.

—Yo pensé lo mismo —admitió ella—, pero me alegro tanto de haberme equivocado.

—Teníamos que volver a encontrarnos, mi pequeña.

—Estaba escrito... No sé qué nos deparará el mañana, pero me gustaría averiguarlo a tu lado.

—Pues no pienso marcharme a ninguna parte. Tú eres mi hogar, Wendy.

—Tú eres mi hogar, Evan... No te alejes de mí. Si vienen días adversos, busca refugio entre mis brazos.

—Y entre tus piernas.

—Eso, siempre. —Se mordió el labio inferior.

—¿Me estás incitando?

—Ahora, sí. —Bajó la mano hasta su sexo.

—Oh, Dios, ¡cómo te he echado de menos!

—Y yo a ti —le susurró antes de besarlo.

Se acariciaron, impregnaron sus cuerpos con sus salivas, se amaron sin censuras, a fuego lento y con pasión, volvieron a convertirse en uno solo, piel con piel; y, enredados, sintiéndose las dos partes indivisibles de un todo, alcanzaron el éxtasis, la locura, la rendición.

En los primeros días de agosto

Viajar con la abuela a la casa familiar de Aberdeen era una promesa que Wendy sabía que debía cumplir. Emma, Math y Evan las acompañarían.

—Me habría gustado ir con vosotros, pero esta migraña me está matando —se lamentó Meribeth.

—Y yo debo volver a Londres. Serán solo unos días. A mi regreso, continuaremos con esa

partida de ajedrez, Evan —les dijo Dougald.

—¿Estás preparada, abuela?

—Creo que sí —le respondió.

Wendy hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¿Me permite, señora MacCarthy? —Math la tomó de una mano.

Juntos accedieron al hogar que durante tantos años compartió con su esposo.

Los recuerdos comenzaron a abrumarla, por lo que su nieto la ayudó a acomodarse en uno de los sillones.

—¿No ha sido buena idea venir?

—Oh, no, querida... Me alegro de estar aquí —le dijo a su nieta—. Es solo que todo me recuerda a él, incluso puedo percibir su olor.

—¡Qué bonito y... qué triste! —susurró Emma.

—No es tristeza. Yo solo tengo motivos para estarle agradecida a la vida, pues me permitió compartir más de sesenta años con el amor de mi vida —declaró Gladis.

Wendy, emocionada, decidió salir a la calle. No quería ponerse a llorar delante de la abuela.

—¿Wendoline Sinclair?

Se dio media vuelta al escuchar su nombre.

—¿Te conozco?

—No, me presento: mi nombre es Alexandra Fretwell y vengo en nombre de los duques de Grafton. Están tratando de reunir a los descendientes de los Wright en Thynne House, y eso me ha traído hasta ti.

Antes, solo había encontrado puertas cerradas. Ni el actual conde de Caithness ni su heredero habían respondido a sus cartas ni le habían concedido una cita.

—Yo... no sé qué decirte.

—No te voy a robar tu tiempo, Wendoline... Esta es mi tarjeta. —Se la entregó—. Si te animas, llámame; pero no lo dejes estar.

—Te doy mi palabra.

—¿Quién era esa?

—Nadie —le respondió a Emma—. ¿Cómo está mi abuela?

—Repuesta y con unas ganas enormes de contarnos sus batallitas con el abuelo Chad.

—No estarás hablando de sexo, ¿no?

—¿Lo comprobamos? —Se encogió de hombros.

Que Emma se quedara a vivir, de momento, en Mey era una de las mejores noticias que Wendy podía haber recibido. Lo de trasladarse a Londres con Math no lo tenían del todo claro, pero... ¿qué no haría por amor?

—Bien, ya estamos todos... Sentaos, queridas —les pidió Gladis.

—Un momento... Antes de nada, tenemos que unir nuestras manos —dijo Emma.

—¿En serio?

—Y tanto, Math.

—Los cinco, ¡vamos!

Gladis fue la primera en alargar su brazo. A ella, le siguieron el resto.

—¡A la de tres! —los arengó Emma—. ¡Una, dos, y... tres!

—¡Uno para todos... y todos para uno! —gritaron.

Y, en esa casa, retumbaron ecos de risas por primera vez en muchos años.

*El amor es todo un enigma: llega sin esperarlo,
te desarma por completo,
se rebela contra ti misma,
no se deja guiar por la razón.
Es un todo o la nada, sin dobleces,
sin medias tintas, sin renunciaciones;
pero sí con rendiciones.*

Aileen Wright

Nota de autora

«Hice mi orgullo a un lado y corrí hacia él. No me habría perdonado perder al amor de mi vida por una promesa, ni tan siquiera por una mentira...», escribía Aileen Wright en su diario.

Su historia y la de Wendy no están exentas de ciertos paralelismos...

Nuestra protagonista, que tiene más de Wright que de Sinclair aunque se niegue a reconocerlo, se aleja del chico del que está enamorada. Lo hace por temor a un padre autoritario (que no resulta ser tan fiero como creía), por no afrontar una conversación... Y es que, en ocasiones, la cobardía se impone a la valentía. Quizá nunca debiera ser así, pero el miedo paraliza. Y huir, a veces, es la única salida que se contempla.

Evan, a pesar del daño que Wendy le ha infligido (un mensaje de Whatsapp no es la mejor forma de dejar a alguien, sean cuales sean las razones), y tras un primer reencuentro en el que le reprocha precisamente ese acto (está en todo su derecho), entiende que la sigue amando, que siempre será ella, que por mucho que le hayan dolido sus formas, volvería a su lado sin pensarlo. Y se lo va demostrando en cada ocasión en la que vuelven a coincidir, pero ella no es capaz de ver las señales.

Un ramillete de primulas es un canto a las segundas oportunidades, esas que no siempre se dan. En ocasiones, dos personas que se gustan, o se quieren, se alejan por otras cuestiones o circunstancias, o porque no es el momento. A veces, son capaces de dar un paso hacia adelante, de luchar, de intentarlo, de no quedarse con ese maldito: «Y si...».

Wendy y Evan han tenido esa segunda oportunidad y la han aprovechado... Pienso que, de darse el caso, todos deberíamos hacer lo mismo.

Queridas lectoras y lectores, gracias por haberos adentrado en la historia de Wendy y de Evan. Ojalá os hayáis emocionado con el devenir de esta hermosa pareja. Ojalá hayáis disfrutado leyendo esta historia tanto o más de lo que yo lo hice mientras la escribía; ojalá hayáis reído y os hayáis emocionado (las dos mosqueteras son únicas); tal vez, también os hayáis enojado; y, ojalá, creáis un poquito más en el amor, un amor que ellos han sabido reconducir y mantener, a pesar del daño, a pesar de la incomprensión, a pesar de todo.

Una vez más, hemos viajado a través del amor y de la magia en el marco incomparable de las Highlands.

No me despido sin hacer una mención a Alistair (Alis), al nombre elegido para el hijo de Aileen y de Bruce. Es en honor a ti, valiente luchador de las Tierras Altas; a ti, que me estás dando una gran lección de vida a diario... En la distancia, estoy contigo. Tampoco voy a dejar pasar la ocasión de decirte, mi querida Ona, que eres MARAVILLOSA.

¡Soñad bonito!

Agradecimientos

En una ocasión leí que la familia es como la música, algunas notas son altas y otras bajas, pero siempre es una hermosa canción. Estoy de acuerdo. Desde que aposté por este maravilloso mundo de soñar, de imaginar, de crear, de pasar horas y horas anclada a las teclas de mi ordenador, ellos han estado cerca. No en cuerpo, quizá; sí en alma y corazón.

Mi primera mención especial es para ti, Marisa, para ti, hermana, mi compañera infatigable desde que diera forma a aquel primer capítulo de la saga *Alas y raíces*. Siempre has estado a mi lado. Ya lo estabas antes de que me arrojara al vacío y me sumergiera, de pies a cabeza, en la que siempre fue mi gran pasión. Nunca has permitido que las dudas, que las ha habido y las habrá, me hagan caer. Siempre has tenido una palabra de ánimo. Siempre has creído en mí, y lo has hecho incluso más que yo misma. Tú eres esa mano que no me permite darme por vencida. Siempre has sido mi gran ejemplo a seguir, ese espejo en el que verme reflejada, por tus valores, por tus convicciones, por tu amor incondicional a la familia; y lo sigues siendo. Hoy, más que nunca, gracias por tanto.

Gracias a mis padres, Antonio y María Luisa. Todo lo que soy, y más aún, todo lo que llegue a ser, os lo debo únicamente a vosotros dos. Por vuestro constante sacrificio, por vuestro carisma, por vuestra humildad y honradez, por vuestro amor, por unos principios y valores que no os ha hecho falta inculcarnos a través de la palabra. Vuestros gestos, vuestro comportamiento intachable ha hablado siempre por vosotros. Gracias por dedicar vuestros días a hacer de mis hermanos y de mí las personas que hoy somos. Gracias por ser mi timón.

A mi hermana María Luisa, por tu positivismo, por repetirme hasta la saciedad que algo bueno está por venir, por tu cariño, por tu incondicionalidad y por hacerme sentir una seguridad plena en que siempre vas a estar a mi lado; y a Antonio, mi hermano, por estar, también, a tu manera, y por tantos buenos momentos que hemos compartido, y que espero y deseo seguir compartiendo.

Gracias a mis sobrinos, Adrián, Éric, Elsa, Izan y Luka, por ser mi luz, por pintar de color hasta el más emborronado de los días, por su bendita inocencia y por sus constantes, revitalizantes e inspiradoras lecciones de vida.

A mi cuñado, Juan Rodríguez, por estar siempre, por ofrecerte a todo, por tus bromas y por arrancarme tantas y tantas sonrisas.

A Nini, por haber sido mi gran compañero de vida. Ahora, que no estás, mi mundo no brilla igual. Hasta que nos volvamos a encontrar, seguiré luchando y contándote todo, como siempre hacía. Sin tu ronroneo, a veces, es difícil seguir caminando entre colores, todo se ha tornado más sombrío... Tú eras mi refugio. Te extraño. Te siento. Te quiero.

A Juan Eladio Palmis, por tantas conversaciones cargadas de aprendizajes, por tanta sabiduría, por tantas risas y sonrisas, por hacer mi vida más bonita y por creer en mí desde aquella noche en la que me viste y me sentiste recitar; la misma en la que nuestros caminos quedaron unidos para siempre. Gracias, «amigazo».

Agradecer, también, a esas personas que ya formaban parte de mi vida y que me complementan. Este año, se han cruzado otras en mi camino. A todas ellas, gracias por lo mucho que me dais, por lo mucho que me aportáis y por lo especial que me hacéis sentir.

Gracias a Lola Gude, mi editora. Gracias por pensar en mí para formar parte de este hermoso proyecto que ha continuado con *El legado de los Wright*, por tu dedicación, por la confianza depositada en mí, por tener siempre palabras de ánimo, por hacerme saber que siempre vas a estar ahí, para subsanar cualquier duda que me pueda surgir... Gracias, de todo corazón.

Un agradecimiento especial va para mis compañeras de editorial y de saga, comenzando por May Bonner —gran artífice de esta serie, pues con ella arrancó todo—, Claudia Cardozo, Elizabeth Bowman, Arlene Sabaris y Julianne May. Un placer formar parte, a vuestro lado, del maravilloso mundo de los Wright.

Gracias, igualmente, a todas las personas que habéis estado trabajando para darle forma a esta novela y a esta serie, haciendo posible, con vuestra generosidad, que llegue a convertirse en una realidad. Gracias, equipo *Selecta*.

Por último, gracias a ti, mi querida lectora, y a ti, mi querido lector. Si he logrado tocar, un poquito, tu corazón... ¡ya he ganado!

Próximamente



Prometo no olvidarte
Serie *El legado de los Wright 6*

Arlene Sabaris

Prólogo

En la sala 31 de la Galería Nacional de Retratos de Londres, algunos policías discuten en voz baja. Una mujer vestida completamente de negro camina en tacones de un lado al otro mientras habla por su móvil. Los murmullos de los intercomunicadores interrumpen por momentos el silencio que sume en un ambiente de tristeza todo el lugar. El olor a químicos recuerda la entrada a un quirófano recién desinfectado, los trabajadores con bata blanca que siguen recolectando huellas hacen que la imagen sea aún más angustiante. Una jovencita de cabello rubio llora

discretamente, sentada en un banco de observación, mientras un hombre le da palmaditas en el hombro, parado detrás de ella.

La pared empapelada en color musgo exhibe un espacio vacío al que todos miran; con preocupación, algunos; con desconcierto, otros. Un policía que parece más preocupado que todos los demás se acerca con paso lento a la chica llorosa.

—Lara, ¿no?

La joven se limpia las lágrimas, inspira profundamente y levanta la mirada. Sus ojos azules brillan con intensidad y con ellos muy abiertos intenta erguirse ante la autoridad que la aborda con voz firme.

—Sí, Lara Johnson.

—Puede irse. Cerraremos la sala, si necesitamos hacerle más preguntas sabemos dónde contactarla. Y a usted, señor... —vacila, toma la libreta en sus manos y busca en ella hasta que finalmente continúa—: Taylor, señor Taylor. Gracias por acompañar el proceso. Estaremos en contacto. Supongo que usted se encargará de informar a la prensa...

—La prensa no debe saberlo... no aún.

—¡Buena suerte con eso! —responde señalando a un chico con anteojos que se asomaba a la sala con una cámara al hombro, mientras una joven de cabello corto y vestida de traje rojo se abría paso, micrófono en mano, desafiando a los policías.

Joseph Taylor se dio vuelta y sus ojos azules se abrieron con incredulidad. Miró de nuevo al policía buscando apoyo, pero este se encogió de hombros y lo abandonó a su suerte. Joseph se pasó la mano por la frente sudorosa, observó con compasión a Lara, que seguía sentada en el banco viendo a la pared vacía, y dándole la espalda caminó hacia la entrada de la sala. Tendría que deshacerse de la periodista de algún modo.

—¿Han descubierto el robo esta mañana? ¿Qué es lo que se han llevado? —gritaba la mujer de cabello corto extendiendo con su mano una grabadora pequeña todo lo que podía, atravesando a los policías que no la dejaban avanzar.

—Haremos una nota de prensa en breve, no podemos interrumpir el trabajo de la policía, ¿señorita...? —respondió él con severidad.

—Andy, noticiero TVL. ¿Y su nombre es? —continuaba ella mientras forcejeaba y hacía señas al joven de anteojos para que apuntara la cámara.

—Andy... no sé cómo ha podido colarse hasta acá, está prohibido el paso para no contaminar la escena. ¿Quiere ser usted sospechosa? ¿No? Les pido que por favor esperen la nota de prensa en el salón de comunicaciones junto al resto.

Joseph Taylor no era el más amable de los hombres de la ciudad, pero como museógrafo era uno de los más respetados. No se especializaba en las relaciones públicas, por eso sus superiores siempre dejaban que alguien más hablara con la prensa; por lo general ofendía con facilidad y hería la sensibilidad del más ecuánime con sus comentarios sarcásticos que más de una vez lo metieron en problemas. Solo estaba allí porque, a esa hora y con las circunstancias que

transcurrían, no tenía alternativa. Por fortuna, la periodista se alejó de la sala y el lugar volvió a quedar en silencio. Lara seguía sollozando frente a la pared y Joseph miraba su móvil calculando la diferencia horaria con la República Dominicana. La llamada que debía hacer era ya inevitable. Gloria Arce tenía que enterarse por él.

Capítulo 1

Al cerrar el ordenador, Joseph Taylor quiso dar por cerrado también el trabajo del día. Le dolía la cabeza y solo podía pensar en los correos electrónicos que tendría que leer al día siguiente. Esa insistente mujer no pararía de regodearse por lo que había ocurrido, pero era mejor que lo supiera por él y no por las noticias. Sin duda los titulares llegarían al otro lado del mundo antes de que él despertara, si es que podía llegar a conciliar el sueño esa noche: «Se extravía importante obra de la Galería Nacional de Retratos de Londres». Ah, pero no... de seguro que usarían otros verbos, y ni siquiera era una obra tan importante. No lo describirían como un cuadro extraviado, asegurarían que había sido un vulgar robo, en un museo con tan altos parámetros de seguridad. Echarían la culpa a los funcionarios responsables, o irresponsables; de seguro usarían esa palabra, y entonces ella se alegraría. Habían tenido robos antes, pero jamás pensó que, con la nueva tecnología, las alarmas, los procesos, la certificación de calidad... no pensó que habría que preocuparse por estas cosas y precisamente a solo días de que el cuadro fuera embarcado hacia Santo Domingo. En aquel momento, estaba más fastidiado por tener que lidiar con Gloria Arce que con la pérdida del cuadro en sí. No podía hacer nada para evitar que la prensa divulgara la noticia, pero sin duda quería evitarla a ella. Y estaba todo el asunto de Lara. Le había roto el corazón cuando escuchó su voz temblorosa al otro lado de la línea más temprano, esa misma mañana.

—Tienes que venir de inmediato. Temo que ha ocurrido algo terrible.

—¿Estás bien, Lara?, ¿te ha pasado algo? —había respondido él, agitado, al escuchar a su antigua novia de secundaria con voz de ultratumba a las seis de la mañana.

—No soy yo. Estoy bien, pero tienes que venir al museo. El retrato de sir Reynolds... no está. Ha sido una estupidez, lo han entregado a la persona equivocada. ¡Solo ven!

—Tienes que calmarte, Lara. Debe ser una confusión, el cuadro lo retiran mañana.

—¿Quieres escuchar por una vez, Joseph? ¡Te digo que se lo han llevado!

Joseph Taylor había colgado confundido. Se alistó tan pronto pudo y se apresuró en llegar a su lugar de trabajo, la Galería Nacional de Retratos. Trafalgar Square lucía aún desierto. No se detuvo como siempre en el Starbucks a por un café, y tan pronto salió del *tube* caminó apresurado a la entrada. Un discreto auto de policía estaba cerca de la puerta con las luces intermitentes, y los madrugadores más curiosos caminaban despacio por los alrededores intentando escuchar lo que sucedía. Subió de dos en dos los escalones, trotando como en sus mejores temporadas de atletismo, y en poco tiempo estuvo atravesando la puerta y mostrando su carné de empleado. Un policía lo interrogó antes de dejarlo pasar y entonces recorrió el primer piso hasta la sala 31. Lara lo esperaba en la entrada.

—Voy a perder mi trabajo.

—¿Lo has robado tú?

—¿Tienes ganas de bromear en un momento como este?, ¿tú, que no haces chistes nunca, quieres bromear hoy? Esto es serio, Joseph, te he dicho que no ha sido la empresa de envíos.

—¿Quieres explicarme lo que ha pasado?

Lara Johnson tenía el cabello rubio, muy corto, bordeando su barbilla. Ese día lo tenía atado en una imposible coleta que no alcanzaba a recoger los mechones más cortos que ocultaba tras las orejas con nerviosismo. De vez en cuando se le resbalaba una lágrima, aunque ella intentaba con todas sus fuerzas no llorar. Tomó a Joseph de la mano y lo condujo a una pared donde había varios cuadros pequeños. Un espacio vacío era evidente al lado de una placa dorada. Justo arriba había un cuadro de mayor tamaño que exhibía a dos hombres posando para un tercero que los plasmaba en un lienzo. Al lado de donde debía estar el cuadro extraviado, una columna de mármol exhibía un busto delicadamente tallado. Lara apretó el brazo de Joseph, que sintió a través de su chaqueta el ardor de los dedos de la mujer que parecía temblar involuntariamente.

—Alguien ha puesto la hoja de rutas de mañana en la carpeta de seguridad de hoy. El guardia me ha llamado porque los de la empresa de envíos han venido a empacar una hora antes. Le dije que era un error, ya que los cuadros salían mañana, y le pedí que me pusiera al empleado al teléfono. Cuando volvió a la sala para buscarlo, no estaban ahí. Eran dos. Han salido sin aspavientos, uno ha dicho que volvía a buscar el material de embalaje en el transporte y el otro ha ido a cambiar no sé qué... el punto es que han salido por sus pies mientras el encargado hablaba conmigo. Cuando consiguió reaccionar, el vehículo ya no estaba en el área de carga. Vine de inmediato porque pensé que simplemente era un error, solo entonces notamos que el cuadro no estaba. No falta nada más, solo el retrato de sir Reynolds.

—Es un cuadro pequeño, cabe en cualquier maletín, incluso en una carpeta quedaría sin llamar la atención. Pero lo más probable es que la empresa de transporte se haya confundido... ¿quién querría llevarse un cuadro sin importancia como ese?

—Alguien que me quiera fastidiar el trabajo... alguien que te odie lo suficiente... de esos hay más de uno en este país.

—Pensé que no haríamos bromas... Escucha esto, debe ser eso, una broma. No tiene sentido.

Mientras los dos se debatían en una infructuosa discusión, un par de policías se acercaron. Habían estado interrogando a los guardias y ahora se aproximaban a ellos con exagerado sigilo. Uno de ellos, de barba y estómago prominentes, anotaba algo en una libreta o por lo menos fingía hacerlo, mientras el otro solo lo seguía.

—El equipo de toma de huellas ya está en camino. Estamos revisando las cámaras de seguridad. Usaban mascarillas, así que no será tan fácil identificarlos. Por lo que dicen los guardias solo eran dos y se marcharon en menos de diez minutos. Habrán recorrido la sala muy aprisa como para salir en ese tiempo. ¿Han tenido casos así? Señor... —dijo el policía de la barba, esperando que Joseph terminara su oración y respondiera su pregunta.

—Joseph Taylor, museógrafo. Soy el responsable por el momento. El director del museo está en una conferencia en Dublín y no regresa hasta la próxima semana.

—La señorita... —dudó y hojeó su libreta—, ¿Johnson, cierto? Sí, la señorita Johnson nos ha dicho. Es la ¿curadora en jefe? Deberán disculparme, no soy muy de museos. ¿Me pueden explicar sus funciones aquí? ¿Quién estaba a cargo del traslado?

—Sí. Soy curadora en jefe, me encargo de seleccionar las obras de nuestra colección, comprarlas, gestionar los préstamos. Joseph se encarga de conservar la colección, decidir la presentación de la colección en las salas, maneja el inventario y demás —explicó Lara mientras caminaban al centro de la sala 31.

—Este cuadro en particular, el que por el momento ha desaparecido, pertenece a una colección de retratos que salían en calidad de préstamo mañana. Es posible que una confusión en la empresa de traslado haya causado un alboroto innecesario. Estoy seguro de que cuando hablemos con ellos se aclarará todo esto —continuó Joseph mirando fijamente al policía que al mismo tiempo escribía notas en su libreta.

El policía los escuchaba con atención. Un equipo con maletines llegó a la sala y entonces el hombre los dejó para guiar a los recién llegados al lugar donde debían tomar las huellas. Lara y Joseph se quedaron solos en aquella parte del recinto, el rostro compungido de Lara reflejaba que el optimismo de Joseph con la situación era infundado.

—¿En verdad crees que iba a llamar a la policía sin antes asegurarme de hablar con la empresa de transporte? Los he contactado antes que a ti, no tienen idea. Desperté al dueño porque ni siquiera habían abierto. Los choferes no están de servicio hoy. ¡Estamos jodidos, Joseph, se han llevado el cuadro! ¡Alguien en verdad se lo ha llevado!

Había tal temor en su voz que Joseph, por primera vez esa mañana, también se asustó. Ese mismo temor lo asaltaba ahora que sabía que en cualquier momento Gloria Arce respondería su correo electrónico. Eran ya las tres de la tarde en Londres, así que en aquellos momentos, en el museo de Santo Domingo, la joven historiadora debería apenas estar abriendo el ordenador en su

oficina. Encontraría un escueto mensaje dirigido a su jefe, el director del Museo de Retratos de Santo Domingo, con copia a ella, como curadora de la exposición temporal que albergaría las obras del museo londinense:

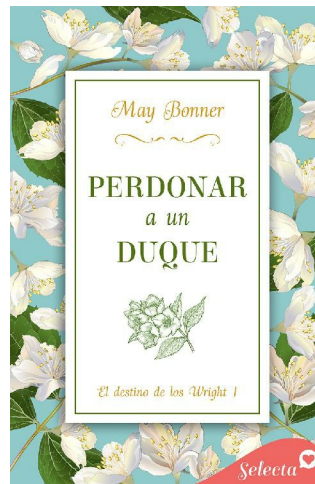
Es posible que lea en las noticias sobre un incidente con una obra de nuestra colección. Ha ocurrido una confusión con la empresa de transporte y estamos activamente investigando el destino de uno de los retratos que debía ser trasladado a su museo esta semana. Esperamos que esto no altere el tránsito del resto de los cuadros; sin embargo, esperamos respuesta de la empresa aseguradora y de la empresa de transporte ya que todos los documentos del embarque incluyen esta obra, que por el momento no aparece. Se trata del retrato de sir Thomas Reynolds, un óleo sobre lienzo de 25 cm x 30 cm, cuya ficha técnica encontrará anexa. Rogamos paciencia mientras ubicamos, en conjunto con las autoridades, el origen de esta confusión. Todos los esfuerzos están siendo realizados para descifrar este misterio. Nos mantendremos en comunicación.

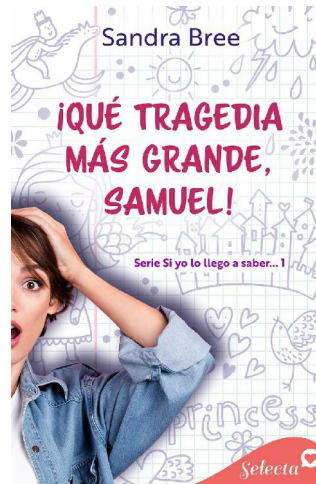
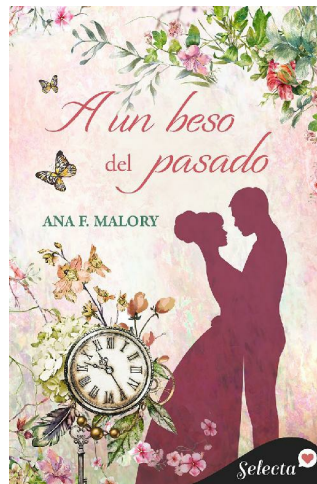
Joseph Taylor había tomado más de dos horas en redactar aquellas palabras. Cuando salió de la sala, una vez que el sargento Pearson terminó con su interrogatorio, dejó a Lara sentada en el banco y subió a su oficina. Miró la carpeta en su escritorio con todos los detalles de la exposición temporal que se realizaría en Santo Domingo y que tenía meses planificando pese a todas sus protestas. No había tenido alternativa, pues el acuerdo de colaboración firmado por los ministros de cultura del Reino Unido y la República Dominicana incluía el intercambio de obras en calidad de préstamo y las exposiciones en consecuencia, con la contribución de los expertos de ambos países. Y sí, él era un experto, pero ¿qué expertos en arte podría haber en aquella insegura isla del Caribe? Cuando el director del museo le dio la noticia, se opuso con todas sus fuerzas a participar en un intercambio de tales características. Su padre ya había sido engañado hacía años por un «experto» en arte caribeño y por poco lleva a toda la familia a la ruina, y él ya sabía que aquella era una situación de desventaja. No obstante, el acuerdo no era una opción, sino un mandato, y el intercambio sería una realidad con su participación o sin ella. ¡Qué lejos se veían esos días en los que puso la inseguridad del Caribe como la excusa perfecta para no llevar a cabo el convenio! Ahora tenía que esperar a que Gloria Arce leyera su mensaje y le respondiera con las palabras largas que tanto le gustaba utilizar y aquel tono de superioridad que tanto sacaba de quicio a Joseph. Miró el ordenador impaciente con la tentación de volver a abrirlo y descubrir si ella había respondido ya, pero en su lugar se puso en pie, abrió el gabinete de su escritorio y sacó un vaso de cristal y una botella de *cognac*. Se sirvió un trago y se echó atrás en el sillón, maldiciendo su suerte.

Si te ha gustado

Un ramillete de primulas

puedes disfrutar de estas





Un mensaje de Whatsapp, una huida y dos corazones rotos.



Wendy Sinclair, sobrina del actual conde de Caithness, no ve otra salida que romper con el chico con el que ha compartido sus últimos cuatro años, y del que está completamente enamorada, por culpa de la opresión a la que se ve sometida por parte de su padre, quien la presiona para que deje su trabajo como guía del castillo de Mey, se traslade a Londres y acepte en matrimonio a un millonario londinense. Lo que Dougald Sinclair no sabe es que el corazón de Wendy ya ha elegido.

Evan MacLeod, un joven empresario de Mey, en las Highlands, y dueño de una de las destilerías de whisky más importantes del Reino Unido, jamás pensó que la mujer de su vida pudiera dejarlo de un modo tan frío, procurándole un dolor que no merecía. Después de pasar tres meses en Madrid, Wendy debe dejar de esconderse y regresar a casa. No lo hará sola. Emma, su mejor amiga, la acompañará. Junto a ella, siente que nada puede hacerle daño; pero... **¿estará preparada para volver a verse frente a frente con Evan?**

¿Tendrá el valor suficiente para enfrentar una conversación que, quizá, lo hubiese cambiado todo? ¿Estará a tiempo de luchar por un amor que llegó sin previo aviso, que la desarmó por completo y que perdió por inseguridad, por temor, por cobardía?

Raquel Gil Espejo vive en Añora, su localidad natal, enclavada en pleno corazón del Valle de Los Pedroches. Trabaja como Agente de Igualdad. Hace unos años, retomó esa pasión por la escritura que tuvo de niña y que la ha vuelto a abordar en plena madurez.

Como novelista, ha publicado, hasta la fecha, dieciséis novelas, siendo algunas de ellas: la serie «Inmarcesible», las novelas históricas *Entre la piel y el alma*, *Bajo el Puente de Rialto*, *El perfume de los céfiros* o la saga de las «Hermanas Atwood», ambientada en el Londres victoriano. Además de la novela de regencia *La rendición de Aileen*, proyecto conjunto con otras cinco autoras de Selecta.

Como poeta, forma parte del movimiento internacional Grito de Mujer o del Encuentro Internacional de Poesía Ciudad de Cabra; entre otros. Del mismo modo, participó en el II Encuentro de Escritores de Los Pedroches. En el año 2017, publicó su primer poemario, *Te olvidaste de Blancanieves*. En 2023, el segundo, *Sobreviviremos en el país de las caricias*, con la editorial Con M de Mujer. Es jurado del Premio de Poesía «Hilario Ángel Calero» ciudad de Pozoblanco.

Raquel es miembro de la Academia Española de Literatura Moderna y pertenece a la Asociación Andaluza Crea para el fomento de la Cultura.

Su mente inquieta y su pasión por la escritura hacen que siempre esté inmersa en un nuevo proyecto literario.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2024

© 2024, Raquel Gil Espejo

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-18-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Un ramillete de primulas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Próximamente

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Raquel Gil Espejo

Créditos